

—¿Conque estamos convenidos?

—Convenidos.

—Y si salgo bien con mi empresa, te juro á fé de caballero, que la recompensa será mas larga y que has de ser dueño de las tierras que ambicionas, sin contar con un empleo de mucha importancia en la casa del rey.

—Mucho os agradezco la buena voluntad, señor, pero os confieso que por ahora me contento con el dinero estipulado.

—Veo que desconfias de tu buena estrella.

—Para deciros la verdad, no desconfio de mi buena estrella, ni dudo ser dueño de algunas tierras, si me las regalais de las muchas que teneis; pero en lo que dependa de favores del rey....

—¿Dudas de mi influencia?

—No la tengo en mucho por ahora.

—No se pasarán tres dias sin que digas lo contrario.

Nuño movió la cabeza con aire de duda, y repuso:

—Difícil es que ganeis la voluntad de la reina doña María.

—Ganaré la del rey.

—¿Quién gobierna?

—Ella, por ahora; no sabemos quién mañana.

—Difícil es conquistar la voluntad de S. A.

—¿Por qué?

—Ya sabeis que la gula domina todas sus pasiones.

—¿Y qué tiene que ver su glotonería con su favor?

—Mucho, señor. Antes de sentarse á la mesa, no piensa el rey sino en la comida, y despues se pone de un

humor de todos los diablos. Come seis veces al día, es decir, pasa la vida comiendo, y no hay ocasión para ocuparse de otra cosa.

Efectivamente, Fernando IV dejó fama de gloton, y quizás sus excesos en este sentido le dieron una temprana muerte en día tan señalado, que le valió el sobrenombre porque es conocido.

—No dejas tú también, repuso don García, de ser aficionado á las tajadas; y sin embargo, he podido conquistarte en los momentos en que comías.

—Porque se trataba de un asunto que había de proporcionarme el mejorar mi mesa. Pero advierto, señor, que hemos interrumpido la cena.

—Me voy, Nuño.

—¿Sin apurar otra botella ni probar el pastel?

—Es verdad, apuremos otra botella mientras acabas de darme las esplicaciones necesarias.

Nuño apuró otro vaso, y repuso:

—Cuando tengais en vuestro poder el deseado pergamino, saldreis nuevamente á la galería, seguireis adelante, y al final....

—Encontraré una escalera....

—Veo que conocéis el camino.

—Sólo falta que me digas cómo podré abrir el postigo.

—Muy fácilmente: el rey tiene una llave y yo otra, que os entregaré ahora mismo.

Y el ayuda de cámara entró en el aposento inmediato, saliendo en seguida con una llave, que puso en manos de don García.

—Está bien, dijo este; pero aun no me has dicho cómo se abre la puerta secreta.

—Encontrareis en la pared un agujerito, dentro del cual está el resorte, que solo con empujar obedece.

—¿Nada mas?

—Nada mas, señor.

—No necesito mas instrucciones.

—Y con ellas saldreis bien, si el rey no despierta y os echan mano.

—Descuida, que el rey no despertará, dijo don García sonriendo maliciosamente.

—Mucho me alegraré, señor.

El caballero se puso de pié, y embozándose en su capa, repuso:

—Me voy, Nuño.

—¿Sin apurar otra botella ni probar el pastel?

—Dá mi parte á tu hermoso gato, que no parece muy contento con la visita.

El gato se lamió el hocico y estiró las patas enseñando las uñas, como si quisiese demostrar su impaciencia.

—Con eso quiere indicar que tiene hambre, dijo Nuño.

—Y para que pueda satisfacer su apetito me voy, replicó don García.

Y saludando al ayuda de cámara, salió del aposento.

Mientras que el ruido de sus pasos se perdía en la galería, Nuño voivió á sentarse junto á la mesa, despues de sacar mas vino, y prosiguió su interrumpida cena.

—Se han empeñado en hacerme rico esos conspiradores, dijo despues de echar un trago. Bien, mientras no exijan de mí nada que pueda comprometerme, vengan negocios como el del pergamino, que al fin y al cabo á nadie perjudica, sino que por el contrario, hace un bien á don García. Regularmente se tratará de algun documento que pruebe una de sus infinitas hazañas.... Si quieren cortarle la cabeza, no faltarán pecados de que acusarle.

Las reflexiones de Nuño concluyeron, como otras muchas veces, por la escena altamente cómica con su gato, y la casualidad quiso que aquella noche cayese el buen ayuda de cámara en su lecho, quedando profundamente dormido.

Nada mas ocurrió aquella noche de particular, porque no lo es el que el Brujo asedió por espacio de tres horas en la estrecha calle de Sol, sin que ningun transeunte le ofreciese la ocasion de ensangrentar su cuchillo.



## CAPITULO XXX.

De cómo Fernando IV dió á Nuño el papel de rey y á Rodrigo el encargo de médico.

Al siguiente día, cuando apenas acababa de asomar el sol, despertó Fernando IV, y antes de llamar á los de su servidumbre, se puso á pensar en los negocios públicos, concluyendo por hacerse algunas reflexiones sobre su tío el infante don Enrique.

—Con hoy, decia el monarca, van siete días, y aun no ha muerto, cuando el judío aseguró que era cosa de tres días á lo mas. ¿Se equivocaria, ó habrá mediado traición dándole un contraveneno? Todo puede esperarse de un perro infiel: los primeros nobles me son traidores, y no debería estrañarse que lo fuese un judío. Mi corta edad alienta á muchos á despreciarme, porque no me temen, y quizás la codicia del israelita le haya hecho caer en la tentacion de engañarme. Es verdad que él no debia saber que el tósigo lo compraba yo, pero puede haberlo

averiguado, porque esas infernales serpientes tienen medios para todo.

Reflexionó algunos momentos el monarca, y luego prosiguió:

—Este es el último día que aguardo; y si el rebelde no espira de aquí á la noche, cierto es que la traicion trata de impedir mi justicia, y entonces.... Pero mi madre.... ¡oh!... mi madre se opondrá, no podré vencer sus temores de provocar la cólera de mis enemigos; y no puedo desobedecerla, no quiero, porque le debo muchos sacrificios; por ella no me han arrebatado mi corona, y ¿qué seria de mí si me abandonase?... Procuraré convencerla, y si no lo consigo, entonces.... ¡oh!... entonces obraré ocultamente, y cuando ya esté ejecutado mi plan, no podrá oponerse, porque será imposible retroceder. Estoy decidido á todo antes que ver á ese traidor burlarse de mí, despreciarme como se desprecia á un niño y.... ¡Oh, imposible, imposible! ¡me moriria de desesperacion!

Los azules ojos del jóven monarca brillaron extraordinariamente y su semblante tomó una espresion tan terrible, que á haberle visto sus vasallos, la hubiesen tenido en mas aun siendo tan niño.

Luego llamó á un ayuda y le preguntó si habian llevado noticias de la salud del infante.

—Sí, señor, le contestó el criado.

—¿Y cómo está mi buen tio? repuso Fernando.

—Dicen que ha pasado la noche bastante agitado, pero que á la madrugada ha dormido algo tranquilamente.

—Preguntad si está la reina levantada y si puede recibirme.

Salió el ayuda de cámara, y el rey dijo:

—Bastante agitado por la noche, pero luego ha dormido algo tranquilamente.... ¡Oh! la traicion se oculta en este asunto.

Media hora despues estaba vestido el monarca y entraba en el aposento de su madre.

—El cielo os guarde, madre y señora, le dijo á esta su hijo, á la vez que la besaba en la frente.

Y sentándose, esperó las primeras palabras de doña María.

Esta lo saludó tambien, y volviéndose hácia la chimenea, junto á la que estaba sentada, aparentó sentir frio, ocupándose solamente en calentarse, sin duda para dar tiempo al rey á que hablase antes que ella. Esta era costumbre tan antigua en la reina, que ya lo hacia má- quinalmente.

Hubo algunos momentos de silencio, durante los cuales Fernando IV pensó la manera mas conveniente de empezar la conversacion, y procuraba dominar el embarazo que le causaba la presencia de su madre, única persona ante quien se sentia subyugado casi siempre.

—Señora, dijo al fin, antes de levantarme he pensado en muchas cosas.

—La corona, le contestó doña María, es el mayor enemigo del sueño.

—Sobre todo, cuando abundan los traidores.

—¿Habeis tenido alguna mala nueva?

- Es una sospecha no mas.
- Yo tambien las abrigo.
- ¿Contra quién?
- Contra todos y contra ninguno.
- ¿Y en qué os fundais?
- En la precipitacion con que han venido don Alonso Perez de Guzman y Rodrigo.
- ¿Crecis que saben algo? preguntó el monarca esperando con alguna ansiedad la respuesta de su madre.
- Sí, pero lo ocultan.
- ¿Y por qué, si son leales vasallos?
- Por evitaros nuevas amarguras.
- Pero su reserva puede ser muy perjudicial.
- Ellos velarán por vos.
- No es bastante.
- Ya visteis anoche el reto entre don Juan y Rodrigo, y esto significa mucho en los momentos en que recibiais un abrazo de paz y amistad.
- ¿Y no sospechais ninguna otra cosa? repuso don Fernando, que queria llevar la conversacion á otro asunto.
- Nada mas.
- Yo sí.
- ¿Pensais tal vez en la Cerda?
- Nó.
- ¿En quién, pues?
- En don Enrique.
- ¿En don Enrique? repitió doña María con tono de sorpresa.

- ¿Os han dado noticias de él?
- Sí.
- ¿Y no os inclináis á creer que vivirá?
- Ya sabéis que es imposible.
- Con hoy van siete dias, y ya sabéis que al tercero....
- Vos tampoco ignorais que su naturaleza ha sido siempre muy robusta y....
- Nó, madre mia, eso no me convence, porque ya es muy viejo y tiene un enemigo en su edad.
- Puede haberse equivocado el judío....
- Seria la primera vez que tal le sucediese.
- Entonces....
- Una nueva traicion.
- ¿De quién?
- Del mismo judío para satisfacer su codicia, ó tal vez... no sé de quién, porque como son muchos los traidores, seria imposible acertar; pero sí puede asegurarse que hay traicion.
- El tiempo nos desengañará.
- No es bastante, contestó el rey moviendo lentamente la cabeza y frunciendo ligeramente el ceño.
- Su madre lo miró, y dijo para sí:
- Abriga alguno de sus terribles proyectos.
- Y luego añadió con la mayor naturalidad:
- Pues yo creo que el tiempo es la mejor prueba en todo.
- Sí, pero tambien el tiempo es la mejor ayuda de la traicion: dad tiempo al asesino, y lo tendrá todo.

—¿Teneis otro medio mas seguro de averiguar la verdad?

—Nó, madre mia, pero lo tengo para evitar que mi justicia quede burlada.

—No acierto cuál pueda ser.

—¿Pensais que seria conveniente asegurar la persona del infante para evitar la traicion?

—¿Lo quereis mas asegurado? ¿Acaso no está sin poder moverse postrado en su lecho?

—Nadie me asegura, contestó el monarca, que no se finge peor cuanto mas se mejora, y que el día que menos se tema no se me escape de las manos para encenderme una nueva guerra. Han pasado ya seis dias y vive, y sus partidarios se agitan como antes. ¿Qué pensais de esto?

—¿Y os atreveríais á aprisionar á un hombre que está á las puertas de la muerte?

—Respondedme de que es así.

—No puedo.

—Entonces, primero es la paz de mis reinos, mi corona y aun mi propia seguridad.

—¿Qué pensais hacer, don Fernando? preguntó la reina con alguna severidad.

—Evitar que se burlen de mí.

—¿Habeis meditado?...

—Mucho, señora; y para prevenir nuevos males, me parece que lo mas acertado será asegurarse esta noche de la persona de don Enrique, si para entonces continúa lo mismo.

—¡Don Fernando!

—Puede hacerse esto con cierto decoro, sin mas que poner en su posada alguna guarda.

—No conteis con mi aprobacion para dar semejante paso, dijo doña Maria con severo tono.

El monarca palideció.

—¿Tiene, dijo, para vos mas importancia la murmuracion de los traidores que la seguridad de mi persona? ¿No pensais que si don Enrique se salva yo sucumbiré tarde ó temprano, porque si otro medio no tiene me asesinará él mismo? ¿Acaso no lo conoceis bastante?

—Don Fernando, tomad cuantas precauciones os parezcan convenientes para evitar la fuga del infante, si es que no llega á morir; pero no lo aprisioneis ni en su casa ni fuera de ella, porque si sucumbe de esta enfermedad, como así lo creo, hasta vuestros mas decididos partidarios os afearán vuestra conducta. Hay mil medios de que se le vigile, pero sin que nadie se aperciba de ello.

—No es bastante, repuso el monarca bajando la vista para no sostener la mirada de su madre.

—¿No valen las razones para vos?

—Es que no habeis pensado bien...

—Decid que lo quereis así, que es vuestra voluntad de rey.

Quedó Fernando IV silencioso, y despues de haber procurado endulzar la espresion de su semblante, repuso:

—Nó, madre mia, no es un capricho; y para que os quedeis convencida, desistiré de mi proyecto.

—Obrareis cuerdamente, porque así evitareis á nuestros enemigos toda ocasion de queja. Procurad que os

llamen justiciero, pero no deis motivo para que os tengan por cruel, por vengativo ó cobarde, porque es crueldad, cobardía perseguir á un moribundo.

El monarca se levantó para disimular la impresion que le causaron las palabras de su madre.

—¿Me acompañareis á almorzar? dijo.

—Ya sabeis que todos los viernes ayuno.

—Pues yo me siento con muy buen apetito.... Dios os conserve, madre y señora.

Fernando IV se retiró á su aposento y dió orden de que le sirviesen de almorzar.

Todo el dia lo pasó el monarca pensando en los medios de llevar á cabo su plan, sin que de ello se apercibiese su madre, y al anochechar mandó llamar á don Alonso Perez de Guzman, y á solas con él, le dijo:

—Necesito de vos esta noche.

—Siempre estoy á las órdenes de V. A.

—Tambien necesito al buen Rodrigo.

—Es vuestro mas fiel vasallo.

—A las doce.... antes, por lo que pueda ocurrir, estareis junto al postigo de palacio.

—¿Solos?

—Sí, solos.

—Bien, señor.

—Esperareis hasta que yo salga, y luego me acompañareis.... á vuestra casa.

—¡A mi casa! repitió sorprendido don Alonso.

—¿Os causa estrañeza? dijo el rey desplegando una dulce sonrisa.

—Me sorprende tanta honra.

—La mereceis, y á fé que la visita no será corta.

—Gracias, señor.

—Cuando estemos en vuestra casa... Ya os lo diré; no quiero que ahora os detengais aquí por si sospechan que tratamos algun asunto de importancia. Os advierto que debéis hacer de modo que nadie os conozca, porque es menester guardar el secreto.

Don Alonso salió del palacio sin acertar á comprender lo que intentaba el monarca, y se fué en busca de Rodrigo para avisarle lo que ocurría.

Fernando IV se retiró á su dormitorio á la hora que tenia de costumbre, dejó que lo desnudasen y se acostó, pero mandó que entrase Nuño.

Cuando el ayuda de cámara se presentó, le dijo el rey:

—Averigua si la reina se ha acostado, pero sin que nadie sospeche que yo quiero saberlo.

—Voy á obedecer á V. A.

—Cuando vuelvas entra por la puerta secreta.

—Bien, señor.

Nuño salió.

El monarca quedó sumido en tristes meditaciones, y su semblante tomó una espresion sombría. La escasa luz de una pequeña lámpara de plata daba en las anchas cortinas de seda azul recamadas de oro de su lecho, proyectando estas su oscura sombra sobre el rostro del real mancebo. Alguna vez se agitó la blanquísima colcha de lana y seda con fleco de oro que cubria la cama; pero

muy pocos momentos despues de haber mostrado en su contraida frente la borrasca que se levantaba en su corazon, su mirada apareció tranquila, sus lábios se entreabrieron con dulzura, y vagó en ellos una sonrisa, que no podia decirse si era el gozo de creer pronta á satisfacerse una mala pasion, ó del triunfo de haber desechado un mal pensamiento.

La cama del rey estaba cerca de una de las paredes del aposento, y en esta pared estaba la puerta secreta de que hemos hablado.

Pocos minutos habian trascurrido desde la salida de Nuño; pero ya don Fernando empezaba á impacientarse, cuando la puertecilla oculta se abrió silenciosamente y el ayuda de cámara apareció.

—¿Lo has averiguado? le preguntó el monarca en voz baja.

—Sí, señor.

—¿Duerme?

—Aun no se ha acostado.

—Quiere vigilarme, dijo para sí el rey.

Y luego añadió dirigiéndose á Nuño:

—¿Qué hora es?

—Las once, señor.

—Ayúdame á vestirme, repuso el monarca.

Y saltó ligeramente del lecho.

—Vá á salir, pensó el ayuda de cámara. Mejor, así podrá don García llevarse con mas seguridad el deseado pergamino.

Al cabo de un cuarto de hora, Fernando IV estaba

completamente vestido y puesta una ancha capa de paño verde oscuro.

—Ahora, dijo á Nuño, desnúdate.

El ayuda de cámara miró con sorpresa al rey.

—¿Qué esperas? le repitió este.

—Nada, señor, pero creí haberme equivocado.

—Te he dicho que te desnudes.

—¿Aquí, delante de V. A.?

—Sí, aquí mismo; no tengas escrúpulo de faltarme al respeto.

Nuño obedeció con presteza.

—Ahora, repuso don Fernando, acuéstate en mi cama.

—Señor...

—Cuando yo mando se obedece, interrumpió el monarca haciendo un gesto imperativo.

El ayuda de cámara no se atrevió á replicar, y sin mas cumplimiento se metió en la cama del rey.

—Ahora, repuso el monarca, apagaré la luz para evitar que te conozcan si se asoma alguno y estás descuidado; y así, aunque entren á encender la luz, te darán tiempo para ocultar el rostro y no se detendrán á mirar por temor de despertarme. Ten presente que no debes volver la espalda á la puerta, porque te conocerian por el color del pelo.

—No olvidaré las órdenes de V. A., contestó Nuño sin habersé desaturdido aun.

—Por las órdenes que acabo de darte comprenderás lo que importa guardar el secreto de mi salida de esta noche.

—Señor, ya sabe V. A. que soy su mas leal y fiel vasallo.

—La indiscrecion ó la torpeza te costarian la vida, dijo el rey con un tono que no dejaba duda de sus intenciones.

Nuño se estremeció, porque pensaba que si bien la salida del rey favorecia el proyecto de don García, tambien era posible que se notase la falta del pergamino al dia siguiente, y entonces nadie sino él, que habia dormido en el aposento aquella noche, seria responsable.

Fernando IV se embozó en su ancha capa y desapareció silenciosamente por la puerta secreta, no sin haber apagado antes la luz.

Despues atravesó una galería que estaba completamente oscura, y gracias al conocimiento práctico que tenia del plano del edificio, pudo encontrar una estrecha escalera, pasar á tientas algunas habitaciones, y llegar por fin al postigo por donde debia salir.

Abriólo, y un segundo despues se encontraba en la silenciosa calle.

Dos hombres que parecian haber salido de la tierra se le acercaron.

—Buenos sois para una sorpresa, les dijo el monarca con afable tono, y os confieso que á pesar de que me hallaba prevenido, no os he visto hasta este instante.

—Estamos á vuestras órdenes, dijo don Alonso Perez de Guzman.

—Ya sabeis á dónde quiero ir, le contestó el rey.

El señor de San Lúcar y Rodrigo, con los aceros desnudos, tomaron calle arriba.

Don Fernando los siguió.

Empezaba á caer una menuda lluvia y á soplar un vientecillo helado y sutil.

Las calles estaban desiertas.

Todos tres iban silenciosos.

Don Alonso y el bastardo caminaban atentos al menor ruido y esforzándose por ver si en medio de las tinieblas se les acercaba algun bulto; pero á veces se distraian de este cuidado para dar tormento á su imaginacion, queriendo adivinar lo que el monarca se proponia hacer aquella noche.

Despues de caminar largo rato, llegaron á la posada del señor de San Lúcar, que era uno de los edificios mejores de la poblacion.

Al entrar ocultóse el rostro el monarca para no ser conocido de ninguno de los muchos criados que salieron á recibir á su señor.

Subieron una ancha escalera, atravesaron algunos aposentos, y por último se detuvieron en uno muy espacioso y adornado, aunque con riqueza, con bastante sencillez. Gruesos troncos de encina ardian en una gran chimenea y templaban aquel vasto recinto.

Dos criados dejaron sobre distintas mesas de maciza encina grandes lámparas de plata, que despedian vivísimos resplandores, y luego se alejaron á una seña de don Alonso, que cerró las tres puertas que en distintas paredes habia en el salon.

Luego, acercándose al rey y quitándole la capa mojada por la lluvia, le dijo:

—Nadie nos interrumpirá, señor. Tomad asiento, si así os place, y dejareis un recuerdo mas de honra en la casa de vuestro vasallo.

—Sí, me sentaré, contestó el monarca, pero sentaos tambien vosotros, porque vos, don Alonso, habreis de acompañarme largo rato; y vos, don Rodrigo, escuchareis así mas cómodamente las órdenes que tengo que daros.

Sentáronse los tres, dando el monarca frente á la chimenea y quedando á sus costados don Alonso y Rodrigo.

Eran dignos de contemplarse aquellos tres hombres. El uno con su rostro infantil y apacible y sus azules ojos, límpidos, serenos, de alegre mirada, colocado en medio de los otros dos de varonil semblante, de miradas severas, duras, y de miembros robustos y atléticas formas.

Hubo algunos momentos de silencio, que al fin rompió el monarca con su dulce voz.

—Mi buen Rodrigo, dijo, vos que sois mas jóven y mas fuerte que don Alonso, vais á ir á casa del infante don Enrique, con pretexto de visitarlo de parte mia, para saber cómo se encuentra. La hora no es muy á propósito, ya se me alcanza, pero es la mejor para mi plan. Esté dormido ó despierto mi tío, entrais en su aposento, y con esa mirada de águila que Dios os ha dado, examináis bien su semblante, su color, el brillo de sus ojos, y en fin, lo examináis hasta convenceros de si debe espe-

rarse que viva ó que muera. En seguida os volvereis á decirme el resultado de vuestro encargo, y.... nada mas, luego hablaremos. Pero cuidad de no equivocaros.

—Señor, dijo el bastardo, me dais una comision que mas cuadra á un inteligente en la ciencia de curar que á un guerrero en la de matar. ¿Cómo he de juzgar yo del estado de salud del infante hasta el punto de decir si vivirá ó nó, mucho mas cuando no he de verlo sino algunos instantes?

—Don Rodrigo, repuso el monarca, siento que por primera vez en vuestra vida se os ocurra una dificultad, pues segun tengo entendido, vos no sabeis lo que son inconvenientes al acometer cualquiera empresa.

—Señor....

—Cuando una persona está cerca de la muerte, prosiguió don Fernando, tiene en su rostro un no sé qué que á nadie se le oculta.

—Es verdad, señor; pero sospecho que de la opinion que yo forme depende una determinacion grave de V. A., y....

—Aun no hemos tratado de eso, interrumpió el monarca; por ahora lo que deseo es saber vuestra opinion con respecto á las esperanzas de vida que pueda dar mi tio.... Aquí os espero, don Rodrigo.

Este se levantó sin replicar una palabra, y despues de hacer una reverencia al rey, salió del aposento.



CAPITULO XXXI.

Del resultado que dió la visita de Rodrigo.

La lluvia comenzaba á espesar y el viento arreciaba. Rodrigo, sin comprender aun el negocio en que él hacia el principal papel, se encaminó hácia la posada del infante con la ligereza que la oscuridad y el piso lo permitian.

No transitaba una sola persona por las estrechas calles de la poblacion, porque á tales horas todos sus habitantes dormian, ó por lo menos no se atrevian á salir de sus casas.

—No podia S. A., murmuraba Rodrigo, haber elegido noche peor para andar al aire libre. Urgente debe ser el negocio y de muchísima gravedad si se piensa en que no ha tenido miedo á la lluvia y en el misterio que guarda sobre sus intenciones. ¿Qué proyectará? Alguna de las suyas, porque á lo que voy observando, el mancebo

no se parece, ni á su padre por la franqueza, ni á su abuelo y mi buen padre, á quien Dios haya dado gloria, por la nobleza y generosidad de corazón.

Así pensaba Rodrigo, y saltando aquí un charco, allí un arroyo, evitando allá el golpe contra una esquina, llegó á casa del infante don Enrique y llamó á la puerta con toda la prisa del que desea ponerse á cubierto del llanto de las nubes después de ir calado hasta los huesos. ¡Oh! bendita una vez la invención del paraguas, y cien veces bendita la invención de los coches para los ricos, en cuyo número no nos contamos, con el más profundo y sin igual dolor.... No hablemos de coches, porque para nosotros los poetas de infantería, no son los coches sino instrumentos que pueden aplastar en un momento toda nuestra poesía entre el fango de una calle.

—¿Quién vá? preguntaron de la parte de adentro los de la casa del infante.

—Abrid, contestó Rodrigo.

—¿Quién sois? volvieron á decir.

—Un caballero.

—¿No teneis nombre?

—¡Vengo en el del rey, vive el cielo y los siete cielos de Mahoma, que todos á la vez se han convertido en fuentes!

La puerta se abrió, y Rodrigo descubrióse el rostro.

—¡Don Rodrigo! dijo un criado al reconocerlo á la luz de una lámpara.

—El mismo, ¿y el infante?

—Muy mal.

—Quiero verlo.

—No está para recibir á nadie.

—Lo manda el rey, que no podrá dormir tranquilamente si no le digo cómo se encuentra su tío.

—Entonces pasad.

Algunos instantes despues se encontraba el bastardo junto al lecho de don Enrique.

Estaba este en extremo pálido, y en los salientes pómulos de sus megillas se veian algunas manchas amoratadas. Tenia hundidos sus ojos, cuyas pupilas habian perdido todo su brillo, y sus secos y blanquecinos lábios se agitaban muchas veces antes de que pronunciasen una palabra. El tósigo obraba sus últimos efectos, y la fiebre le hacia sentir con intensidad sus ardores.

La luz que habia en el aposento era escasa, y sus débiles resplandores hacian aparecer aun mas sombrío el semblante del paciente.

—¡Agua! dijo con trabajoso acento al sentir que llegaba una persona, pero sin conocer al bastardo.

Este lo contempló sin decir una palabra.

—¡Agua! repitió don Enrique. Si ya no quereis obedecerme, por compasion.... ¡oh!... agua, que me abraso... es la última gracia que pido....

Y sus descarnadas manos oprimieron su pecho, y exhaló un suspiro.

—Y decia, prosiguió, que mi muerte... seria dulce...

¡Agua!...

El desdichado sufría horriblemente. Hizo un esfuerzo

desesperado, y luego fijó su vacilante mirada en un jarro de plata que habia sobre una mesa.

—Allí está, dijo: allí está el agua.... agua.... sed caritativos si sois cristianos.... nada os pido sino agua... agua.... allí está, en aquel jarro.... calmaré los tormentos de mi agonía.... ¿No me oís?... ¿Quién sois?... ¡Agua!...

—Razon tiene, dijo para sí Rodrigo. Vá á morir muy pronto, está en la agonía.... al menos que calme esa sed que lo devora, pide agua en nombre de la caridad cristiana.

E impulsado el bastardo por un sentimiento de noble compasion, tomó el jarro, que efectivamente estaba lleno de agua, y lo acercó á los lábios secos del moribundo.

Este cogió la vasija con extraordinaria fuerza y bebió con toda la avidéz del que siente arder el pecho en la agonía.

—Gracias, dijo al sentirse repentinamente aliviado. Dios os bendiga....

No pudo proseguir, porque mas tranquilo ya reconoció á Rodrigo, y la sorpresa primero y el odio despues, suspendieron en sus lábios las palabras.

Hubo algunos momentos de silencio profundo, durante los cuales brillaron con extraño fuego los ojos, antes apagados, de don Enrique.

—¡El bastardo! exclamó al fin. El bastardo.... ¿Qué buscáis?... ¿Quereis gozaros en mi agonía?...

—Calmaos, don Enrique, dijo Rodrigo con dulce acento. Vengo á saber cómo estais.

—¡Asesino! exclamó el infante, cuyos ojos parecieron

querer salirse de sus órbitas. ¿Qué buscas, miserable bastardo?

Y sacando fuera del lecho los brazos, apretando los puños y rechinando los dientes, intentó levantarse. Pero lo engañaba el deseo, y volvió á caer mas abatido que antes. Este esfuerzo pareció aumentar su calentura: su mirada se hizo mas vaga, su frente volvió á sentirse abrasada otra vez, y oprimiósele el pecho como si sostuviese una enorme piedra.

—¿Qué buscas? repitió con voz que repentinamente tornóse ronca. ¿Vienes á decirme que ha muerto el rey?...

—¡Delira! murmuró Rodrigo.

—Responde, ¿ha muerto?

—Vive, contestó el bastardo, apartando de la aterradora del infante su mirada.

—¡Vive!.... Mientes, bastardo..... el rey..... ha muerto....

—No está en su juicio, pensó Rodrigo.

Don Enrique se pasó repetidamente las manos por la frente y se oprimió el pecho.

—Me ahogo, murmuró. Me ahogo.... la garganta.... Responde, bastardo, responde....

—Calmaos, luego hablareis.

—¿Vive el rey? Júrame que vive....

—Os lo juro.

—¡Oh!... ¡Me ha engañado!... ¡No me ha vengado ese traidor!... Pero nó, tú mientes, eres el hijo de una liviana mujer....

Las megillas de Rodrigo se tiñeron de un vivo carmin.

—¡Silencio! exclamó; no habéis de mi madre.

—Me tiendes un lazo, todo lo comprendo, y....

Detúvose el infante porque le faltaba la voz. Su mirada causaba espanto, y en el interior de su abrasado pecho resonaba un continuado ronquido, que no dejaba duda sobre la proximidad de una crisis que debía terminar con la muerte. Empero en medio de los sufrimientos de la agonía no olvidaba el infante su odio ni su venganza, y el extravío de su razón le hizo creer que sus proyectos de asesinato se habían descubierto, ó que Rodrigo iba para arrancarle por la fuerza el acta de su legitimación de hijo del rey don Alonso.

—Todo lo comprendo, repuso don Enrique al cabo de algunos instantes. ¿Quieres abusar.... de tu fuerza.... en este instante?... ¡Oh!... Me ahogo.... Al fin.... eres bastardo....

Las pupilas del infante se dilataron repentinamente; estendió los brazos, hizo un supremo esfuerzo, y después de exhalar un grito arrojó por la boca una gran cantidad de negra sangre. Su rostro se puso cadavérico: la acción de sus miembros se paralizó por un instante; y luego, en el último esfuerzo de su agonía, mas escitado por la desesperación que acobardado por la muerte, levantó la ensangrentada almohada y sacó los pergaminos que ya conocen nuestros lectores.

—No.... te lo llevarás, dijo.

Y se dispuso á romperlos.

Rodrigo no comprendió lo que significaban las palabras del infante, ni pudo sospechar el valor de aquellos

pergaminos, pero si pensó que debian ser de mucha importancia para él cuando el infante en su agonía no olvidaba inutilizarlos; y por esto, sin detenerse á mas razonar, apoderóse rápidamente de ellos y á la vez que el anciano arrojaba una nueva porcion de sangre y con ella el último suspiro.

—Ha muerto, murmuró el bastardo, conmovido por aquella triste escena. Dios lo reciba en su gloria.

Y meditó algunos instantes sobre lo que debia hacer.

—Ante todo, veamos lo que contienen estos pergaminos.

Acercóse á la mesa, y á la escasa luz de la lámpara examinó rápidamente los importantes documentos que la casualidad le enviaba.

En su sorpresa no pudo contener un grito, que hizo entrar á dos criados del infante.

—¿Llamais? preguntaron á la vez.

Rodrigo, aunque muy turbado, tuvo la precaucion de ocultar los pergaminos bajo su capa.

—Vuestro señor, dijo, acaba de espirar.

Los sirvientes se precipitaron á la cama.

—Voy á participar al rey lo sucedido, añadió el bastardo.

Y embozándose en su capa, salió triste y meditabundo para volver en busca del monarca.

Mientras atravesaba nuevamente las oscuras y fangosas calles, y en tanto que la lluvia caía y los truenos retumbaban, pensaba si seria prudente decir al monarca la verdad de todo y entregarle los pergaminos. Largo

rato vaciló, pero al fin decidióse á callar el importante secreto y á pedir satisfaccion á don García, porque de este modo evitaba que el rey, llevando hasta el extremo su enojo, no se contentase con castigar al traidor, y con este motivo se diese lugar á nuevas discordias.

—Sí, murmuraba Rodrigo bajo el embozo de su capa, yo castigaré al asesino infame, y así se evitarán nuevos descontentos de sus amigos. Además, la cuestion me pertenece en parte, segun lo prueba el documento, que referente á mí, está con los otros: no sé qué relacion tenga la muerte del rey con la prueba de que soy el hijo bastardo de don Alonso, pero es lo cierto que de mí se trataba, y no seria con la intencion de procurarme ningun bien. Guardaré este secreto, que así conviene, y que me proporcionará la ocasion de habérmelas con ese villano de don García.

Rodrigo llegó á casa de don Alonso.

El monarca lo esperaba con impaciencia.

—¿Y el infante? dijo apenas el bastardo entró.

—Señor, acaba de espirar despues de una penosa agonía.

Fernando IV no dejó ver en su frio semblante ni la mas leve emocion.

—Acompañadme á mi palacio, dijo á la vez que se ponía de pié y tomaba su capa.

Don Alonso y Rodrigo se miraron llenos de sorpresa por la sangre fria de aquel niño.

Silenciosos como tres mudos, salieron á la calle, y caminando acompasadamente, llegaron á dar vista á la régia morada.

—Un bulto se acerca, dijo el bastardo.

Y cubrió con su cuerpo el del rey.

Pocos segundos despues pasó junto á ellos un embozado, tan aceleradamente, que parecia huir, segun lo poco ó nada que se cuidaba de evitar los arroyos de agua que corrian á lo largo de la calle.

—Mucha prisa lleva, dijo el monarca.

Y apretando el paso, llegó junto al postigo.

—Retiraos, dijo á Guzman y al bastardo, y mañana venid temprano á verme. Nadie sabe que yo he salido esta noche.

Don Alonso y Rodrigo hicieron una profunda reverencia; y cuando vieron que el rey estaba dentro de palacio, tomaron la vuelta de sus casas, pensativos aun porque no habian acertado el motivo de la salida del monarca aquella noche.



—Un pullo sereno, hijo al pastado, y un  
 Y cubrió con su cuerpo el del rayo, y  
 Pocos segundos después pasó junto á ellos un embo-  
 rado, tan velozmente, que apenas hubieron sentido  
 poco ó nada que se cuidaba de evitar las arroyos de agua  
 que corrían á lo largo de la calle, y  
 —Mucha pira le va, dijo el monarca, y  
 Y apuntando el péñ, llegó junto al postigo, y  
 —Bastante, hijo á Guzman y al pastado, y mañana  
 vendrá propaga á verma. Nadie sabe que ya ha salido  
 esta noche, con el viento al nor y la lluvia al sur,  
 Don Alonso y Rodrigo hicieron una profunda re-  
 tencia, y cuando vieron que el rayo estaba dentro del pas-  
 lajo, temieron la vuelta de sus casas, por lo que  
 porque no habían notado el motivo de la salida del mo-  
 narca aquella noche.



## CAPITULO XXXII.

De cómo en el pecado llevó Nuño la penitencia.

Mientras tenían lugar las anteriores escenas, veamos lo que en palacio sucedía.

Cuando Nuño quedó solo, pensó en levantarse para dar aviso á don García de la salida del rey; pero no se atrevió reflexionando que mientras podían entrar los de la servidumbre y descubrirse el secreto, viendo la cama desocupada.

—¿Y á dónde habrá ido? se preguntaba el ayudante de cámara. ¿Y cómo se atreve á salir solo?... Es menester convencerse de que ese rapaz tiene tanto corazón como su padre, pero que es mas disimulado y quizás de peores intenciones.

Nuño estiró las piernas, y después de volverse y revolverse en el blando lecho, convenciéndose de que estaba allí mejor que en su cama, y de que no había para qué mantenerse inmóvil.

—¡Con qué dulcísimo sueño, dijo para sí, descansaría mi humilde persona entre estos cortinajes, si no faltase á mi estómago el calorcillo de un par de botellas del esquisito añejo que adquirí esta mañana! Comprendo que un hombre cometa el feísimo pecado del hurto por hacerse dueño de una botella, pero por llevarse un pedazo de pergamino.... ¡bah! don García debe estar loco. ¡Cómo voy á reirme aquí callandito, cuando lo sienta entrar y piense en el miedo que llevará por si el rey despierta y lo sorprenden!... Bueno fuera asustarlo.... Nó, que puede costarme cara la broma, porque si don García, sobrecogido, grita, ó por huir tropieza en cualquier parte, acudirá una caterva de criados, se me acercarán á preguntarme lo que ocurre y el secreto.... ¡oh!... y un secreto que para el rey vale mas que mi cabeza. Lo mejor será hacerme el dormido, y mañana le referiré el suceso.

En estas y otras reflexiones pasó mas de una hora.

La lluvia arreciaba y el viento dejaba oír silbidos prolongados, que muy pronto llegaron á mezclarse con el estampido del trueno.

—Buena noche para andar por esas calles, murmuró Nuño, á la vez que ocultaba casi toda la cabeza bajo la sábana. En verdad que S. A. no ha tenido mucho acierto en cederme la cama para ir á pasearse.

En aquel instante se oyó un levisimo roce en la pared mas próxima al lecho, y Nuño se estremeció.

—Ya está aquí, pensó el ayuda de cámara.

Y sin atreverse casi á respirar, escuchó cuidadosamente.

Don García acababa de entrar. El crujido de un trueno impidió el oír sus tardos y leves pasos; pero al cabo de algunos segundos, Nuño sintió que tocaban á la cama.

—Si conociese como yo este aposento, seguiria junto á la pared y ahorriaría camino.

Se oyó entonces respirar con agitacion á don García, y su mano trémula tocó el cuerpo del ayuda de cámara.

—Es muy torpe, pensó este. Buena la hubiéramos hecho á estar el rey aquí. De seguro hubiese despertado. ¿Pero á dónde vá ó qué busca? añadió al notar que don García continuaba palpando sobre la cama, sin moverse de aquel sitio. Sin duda ha perdido el tino con la oscuridad, y no acierta, ni á seguir adelante, ni á retroceder.

Pero la estrañeza de Nuño creció, cuando pasados algunos instantes advirtió que el caballero mas parecia buscar la persona del rey que el armario donde estaba el pergamino.

Reinaba un silencio profundo interrumpido solo por la respiracion, cada vez mas precipitada, de don García, y por la lluvia al caer en los vidrios de colores de la única ventana que habia en el aposento. De repente el tableteo del trueno se repitió en el espacio, y al estremecerse involuntariamente el ayuda de cámara, sintióse cogido fuertemente por la garganta. Entonces lo comprendió todo, y un segundo bastó para que se convenciese de que habia sido engañado.

No era Nuño cobarde, ni lo aturdió la sorpresa; así es que, con la misma rapidez del pensamiento, echó

mano á la que lo sujetaba sin permitirle apenas respirar; pero antes de que pudiese desasirse de ella, el alevé puñal de don García le atravesó el corazón.

Ni un grito exhaló la víctima, sin duda porque la mano del asesino lo estorbó.

En medio de la absoluta oscuridad del aposento vieron brillar por un instante, y como dos fosfóricas luces, los ojos de don García. Luego oyóse como si moviesen la ropa de la cama, y la respiracion del caballero indicó que empleaba gran parte de sus fuerzas como si tuviese necesidad de romper algo ó levantar mucho peso. Después nada más que un trueno tan prolongado, que no hubo habitante del palacio que no despertase, ni centilaja que despierta, dejase de santiguarse apresuradamente.

Sin duda los que velaban en el aposento inmediato al dormitorio creyeron que aquel trueno habria podido despertar al rey, porque se acercaron á la puerta y levantaron el tapiz que la cubria. Pero al notar que se habia apagado la luz, fueron en busca de otra, y pronto volvieron con ella.

Andando sobre las puntas de los piés para no hacer ruido alguno, entraron dos sirvientes con una lámpara, que pusieron en una mesa. Luego miraron á la cama, y notando el desorden en que estaban las sábanas y ropas, juzgaron prudente acercarse.

Como si les hubiese tocado la varita de una maga, convirtiéndolos en piedras repentinamente, así quedaron de inmóviles, con los ojos estremadamente abiertos, la

mirada fija y revelando espanto, y la respiracion suspendida. Sus rostros estaban pálidos, perdidas las fuerzas de todos sus miembros y aturdida y confusa la mente.

Don García, en la embriaguez de su triunfo criminal, habia cortado á Nuño la cabeza, llevándosela consigo para presentarla á don Enrique; y los guardianes del monarca, al ver aquel cuerpo tan inhumana y horriblemente mutilado, creyeron que era el de su señor, siéndoles imposible reconocerlo sin cabeza y medio oculto entre la ropa de la cama.

Trascurrió un rato sin que á ninguno de los dos sirvientes les dejase el espanto dar un solo grito; y luego, como impulsados ambos por un mismo resorte, huyeron despavoridos, y al fin, á grandes voces pidieron socorro en la habitacion inmediata.

Ya hemos dicho que el último trueno despertó á todos los moradores del palacio, y esta circunstancia contribuyó á que los gritos de alarma y la voz de *¡Han asesinado al rey!* cundiese con la rapidéz del relámpago.

En pocos momentos se llenó de gente el régio dormitorio, siendo de los primeros en acudir la reina doña María, que solo tuvo fuerzas para llegar hasta el lecho de su hijo, exhalar un grito de maternal dolor, grito que parecia haberle desgarrado el pecho, y luego cayó sin sentido en los brazos de su doncella Violante.

Sin que ninguno supiese á dónde iba, todos corrieron en confuso tropel del uno al otro lado, gritando los unos,

jurando y maldiciendo los otros, todos mandando, ninguno obedeciendo, afanándose á porfía por buscar al asesino, pero sin ocurrírsele á ninguno que la sangre de la víctima debía haber dejado alguna huella.

—Lamentos, imprecaciones y amenazas ahogaron por largo rato el ruido creciente de la tormenta. Al fin empezó á restablecerse el orden, y entonces se dispuso que un crecido número de ballesteros rodease el palacio y no dejase salir á nadie, mientras que otros registraban el interior.

—¿Y por dónde ha podido entrar el asesino sin que nadie lo vea? preguntó un caballero á los que hacían la guardia en el aposento inmediato al dormitorio. ¿Estábais dormidos?

—¿Acaso nos dormimos cuando se trata del servicio de S. A? replicó el que antes había llevado la lámpara.

—¿Pero por dónde ha entrado?

—Por la ventana nó, porque está cerrada.

—Por la puerta tampoco, porque yo lo hubiera visto.

—Estaría ya escondido aquí.

—No puede ser otra cosa.

—Entonces, ¿por dónde ha salido?

Todos se encogieron de hombros á esta pregunta.

—Señores, no perdamos el tiempo inútilmente. Qué lloven á la reina á su aposento y busquemos al asesino.

—Y demos aviso á la nobleza.

—Y al infante don Juan.

—¿Para que venga por la corona?

—Tomará lo que es suyo.

—Le pertenece al infante don Enrique.

—A nadie sino á don Alonso de la Cerda.

—Las Córtes deben decidir.

—¡Castilla y don Juan! exclamó uno blandiendo su espada.

—¡Castilla y don Enrique! gritó otro.

—¡Viva don Alonso! añadió un tercero.

—¡Fuera los partidarios del sanguinario don Juan! gritaron muchos á la vez.

—¡Mueran los parciales de don Enrique el vicjo! exclamaron otros.

—¡Traidores!

—¡Villanos!

—¡Que regente doña María y que decidan las Córtes!

—¡Viva la reina!

—¡Muera!

—¡Viva don Juan!

—¡Viva don Enrique!

—¡Fuera!

—¡Atrás, vive Dios!

—¡A las armas!

Y olvidándose de todo sin respeto á la muerte ni al dolor de una madre, cruzáronse muchos aceros.

En aquel instante se abrió la puerta secreta y entró Fernando IV con la frente ceñida, chispeantes los ojos y pálido el semblante.

—¡Paso al rey! gritó con su acento infantil y á la vez que se colocaba en medio de los combatientes.

Oyóse un solo grito de espanto y de sorpresa, á la

vez exhalado por todos, y al desórden y confusion sucedió la quietud, la absoluta inmovilidad, y al ruido atornador el mas profundo silencio.

Pereibiéronse entonces distintamente las palpitaciones violentas de muchos corazones.

El rey dejó caer al suelo su mojada capa; cruzó los brazos sobre el pecho, irguió la cabeza con un orgullo, con una altivez sin igual, con una majestad impropia de sus pocos años, y paseó su mirada severa por su alrededor.

Todas las cabezas se inclinaron.

—¡De rodillas! dijo el monarca con acento breve.

No hubo uno siquiera que no cayese de hinojos.

Dilatóse el semblante de don Fernando, y en un momento apareció tranquilo, apacible, tal como á su edad convenia; pero luego vagó en sus lábios una sonrisa desdeñosa, y con dulce tono dijo:

—El rey de Castilla lo soy yo, don Fernando IV;—

Hubo algunos momentos de silencio, al cabo de los cuales repuso el monarca con acento de despótico mando:

—¡Há de mi alférez mayor!

—Señor, dijo uno de los caballeros que habían propuesto la regencia de doña Maria y la decision de las Cortes.

—Levantaos, repuso el rey.

El caballero obedeció.

—He escuchado vuestra criminal discordia, prosiguió el monarca hablando con todos, y sé que mi alférez ha

sido el primero en tomar la defensa de los derechos de mi madre y de la autoridad de las Córtes.

Muchos hubieran querido escusarse, demandar perdón; pero no se atrevió ninguno á hacerlo.

— Conde, añadió Fernando IV dirigiéndose á su alférez mayor, disponed que se retiren los ballesteros que cercan el palacio, porque el asesino está fuera de él, lo he visto alejarse, pero ignoraba entonces que se hubiese cometido este crimen. El que veis asesinado es Nuño, mi ayuda de cámara. Alzaos, señores, y no os olvidéis de esta noche. No sé quién habló en favor mio ni quién en contra; pero tened entendido que yo tampoco olvidaré que dentro de mi morada se abrigan traidores como los de fuera de ella.

Luego dió el monarca orden para que las doncellas de su madre la condujesen á su aposento, y dijo á uno de sus ayudas de cámara:

—Acercad esa luz, y veremos por las manchas de sangre el camino que ha seguido el asesino.

Efectivamente, desde el lecho hasta la puerta secreta estaba lleno de sangre el pavimento.

—¿Cómo han podido entrar por aquí? repuso don Fernando. Nadie sino el infeliz que ha muerto en mi lugar conocia esta puerta, y supongo que no habrá vendido el secreto para que lo asesinen.... Sin embargo, él no sabia que esta noche.... Nó, nó, ni aun así. Lo cierto es que el golpe iba dirigido á mí.

Abrió el rey la puertecilla, y vió que la sangre continuaba por la galería, siguiendo por la escalera, y luego hasta llegar al postigo exterior.

—Por aquí se ha escapado, dijeron algunos. Continuemos por la calle y al fin daremos con él.

—Creo que nada adelantaremos, contestó el rey, porque la lluvia es muy abundante, y no habrá quedado señal alguna.

No se equivocaba el monarca: la estrecha calle estaba convertida en un lodazal, y la lluvia, que aun continuaba con mucha fuerza, no había dejado que se estancase la sangre ni que se señalase huella de las pisadas.

Todas las demás pesquisas fueron inútiles; nadie había visto ni sentido nada, y fué preciso abandonar la empresa.

Pocos momentos después, la reina doña María, llorando de gozo, abrazaba tiernamente á su hijo.

—Con razon, decia este, sospechan don Alonso y Rodrigo que se conspira.



CAPITULO XXXIII.

Sorpresa tras sorpresa: intriga tras intriga.

Apenas don García salió del palacio real, encaminóse con precipitados pasos á la morada del infante don Enrique, cuidando de envolver en un extremo de su ancha capa la ensangrentada cabeza del desdichado Nuño, víctima de su misma traición.

La doble emocion de feroz alegría por el triunfo que acababa de alcanzar, y de espanto por el crimen que habia cometido, trastornaron de tal modo al caballero, que ni se apercibió de la lluvia, ni de los relámpagos, ni mucho menos de las tres personas, el rey, don Alonso y Rodrigo, por cuyo lado acababa de pasar.

Pocos minutos bastaron al asesino para llegar á la morada del infante. Su diestra convulsa, que aun empuñaba distraidamente el arma homicida, llamó con repetidos golpes á la puerta, que se abrió en seguida, dejándole el paso franco.

—¿Cómo está don Enrique? preguntó el asesino con trémula voz.

—Hace pocos instantes que acaba de espirar, le contestó el criado que había abierto.

—¡Ira de Dios! exclamó don García.

Y precipitadamente subió la escalera, atravesó algunas habitaciones, y llegó á la en que yacía el infante.

Solo un escudero se encontraba allí: los demás sirvientes iban y venian por toda la casa, donde reinaba el mayor desórden y confusion.

Don García, sin perder un instante, se acercó al lecho y registró debajo de la almohada; pero no encontrando los pergaminos, dejó escapar un grito de sorpresa, y quedó inmóvil y mudo, con la mirada fija en el cadáver y el aliento suspendido.

—¿Qué os sucede? le preguntó el escudero.

—¿Quién ha entrado aquí? dijo don García.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—Hace muy poco, estuvo don Rodrigo.

—¿Se los ha llevado! interrumpió don García con acento de desesperacion.

El escudero lo miró con estrañeza.

—¿Ha estado solo con el infante? repuso el caballero.

—Solo, hasta que dió un grito al espirar nuestro señor, y entonces entramos...

—¿Con qué pretexto ha venido?

—De parte del rey.

—¡El rey, sí! repitió don García, á la vez que sonreía de una manera ferozmente sarcástica.

Hubo algunos momentos de silencio, y luego añadió:

—¿Y qué me importa que se los haya llevado? Cuando vaya á entregárselos al rey...

No dijo mas; y dejando atónito al escudero, salió precipitadamente de la casa.

—Esta será la última hazaña del bastardo, decía mientras se encaminaba al palacio del infante don Juan. ¿Conque si yo no hubiese podido dar el golpe esta noche estaba perdido? Pero, afortunadamente, ya no existe Fernando IV, llevo aquí su cabeza, y mañana será rey de Castilla el infante don Juan. No sabe todavía el buen Nuño el servicio que me ha hecho: bien merece la nobleza, las tierras, el castillo y las alcabalas, y aun algo mas. El atrevido rapazuelo decía que sobran cabezas y faltaban coronas.... ¡oh!... ahora sucede lo contrario, y hay una corona que espera una cabeza.

Inflaméronse los ojos de don García y brillaron mas que un relámpago, que en aquel instante iluminó el negro horizonte. Luego se perdió en el seno de la oscuridad el eco imponente del trueno.

—El cielo está como la tierra, murmuró don García, que hasta entonces no se habia apercibido de la tormenta. Bien, bien. Esta noche corre el agua; mañana correrá la sangre; ahora los truenos amedrentan á la gente pacífica; mañana, tal vez, el ruido de las armas despertará el valor de la gente de guerra.

El caballero apretó el paso. Su cabeza estaba trastornada en fuerza de su criminal alegría.

—No perdamos un instante, añadió. Es preciso ver si podemos apoderarnos de la reina antes que se aperciba de lo sucedido.

Pocos momentos despues llegó á la puerta principal del palacio del infante, y llamó con precipitados golpes.

—¿Quién es? preguntaron con tono de mal humor los de adentro.

—Abrid á don García en nombre del rey, ó mejor dicho, abrid al rey, que viene conmigo.

—Esperad, contestaron, que no podemos abrir sin permiso de nuestro señor, aun cuando venga S. A. en persona.

—Parte de S. A. viene, murmuró don García.

Y mal que le pesase, tuvo que aguardar un buen rato.

Al fin la puerta se abrió.

—¿Venís solo? preguntó un escudero.

—No os importa. Cerrad y guiadme adonde esté don Juan.

Salió este al pié de la escalera creyendo que iba á recibir al monarca, pero al ver solo á don García, le dijo:

—¿Acaso no os acompaña?...

—Ya lo sabreis todo, interrumpió el caballero. Tengo que hablaros de un asunto importantísimo.

—Venid, repuso don Juan. Pero adierteo que estais pálido....

—Los truenos me infunden pavor.... una aprension

como otra cualquiera, cosas de la vejez.... Vamos mas de prisa.

Subieron la escalera y entraron en un salon ricamente amueblado.

El infante cerró la puerta, y solo ya con don García, le preguntó:

—¿Qué sucede?

—Antes habreis de contestarme á una pregunta.

—No os comprendo.

—¿Quereis ser rey?

—Sí, dijo don Juan con su natural laconismo, y á la vez que su rostro enrojecia.

—Pues bien, la corona de Castilla está en mis manos, repuso don García.

Mirólo el infante, como para convencerse de que no estaba loco el caballero, y luego dijo:

—Sentaos y explicaos.

—No me siento, porque son muy preciosos los instantes.

—Es que no sé lo que significan vuestras palabras, volvió á decir don Juan, en extremo confuso.

—Os repito que puedo ofrecer la corona real á quien mas me plazca. ¿Qué dariais por ella?

—Si eso fuese verdad, os daria cuanto pidiéseis.

—¿El título de conde?

—Sí.

—¿Y el adelantamiento de la frontera de Andalucía?

—Tambien.

—¿Y el señorío de Vizcaya, quitándolo al de Haro y renunciándolo vuestra esposa y vos?

—Tambien.

—¿Lo jurais?

—Lo juro, contestó maquinalmente don Juan, que aun sospechaba si estaria soñando.

—Pues bien, repuso don García, sabed que el rey don Fernando ya no existe.

—Ha perdido el juicio, dijo el infante encogiéndose de hombros.

—¿Sabeis lo que os traigo? replicó el caballero dando un paso hácia el infante y mirándolo sombríamente.

—¡Lo que me traeis !...

—La cabeza de Fernando IV.

—¡Don García !

—Miradla.

Y el asesino arrojó al suelo el sangriento despojo, y miró con aire de triunfo á don Juan.

Este retrocedió un paso, dejó escapar un grito y fijó su mirada en la cabeza de Nuño ; pero al ver que nó era la del rey, contempló entre airado y compasivo á don García, y le dijo con áspero tono :

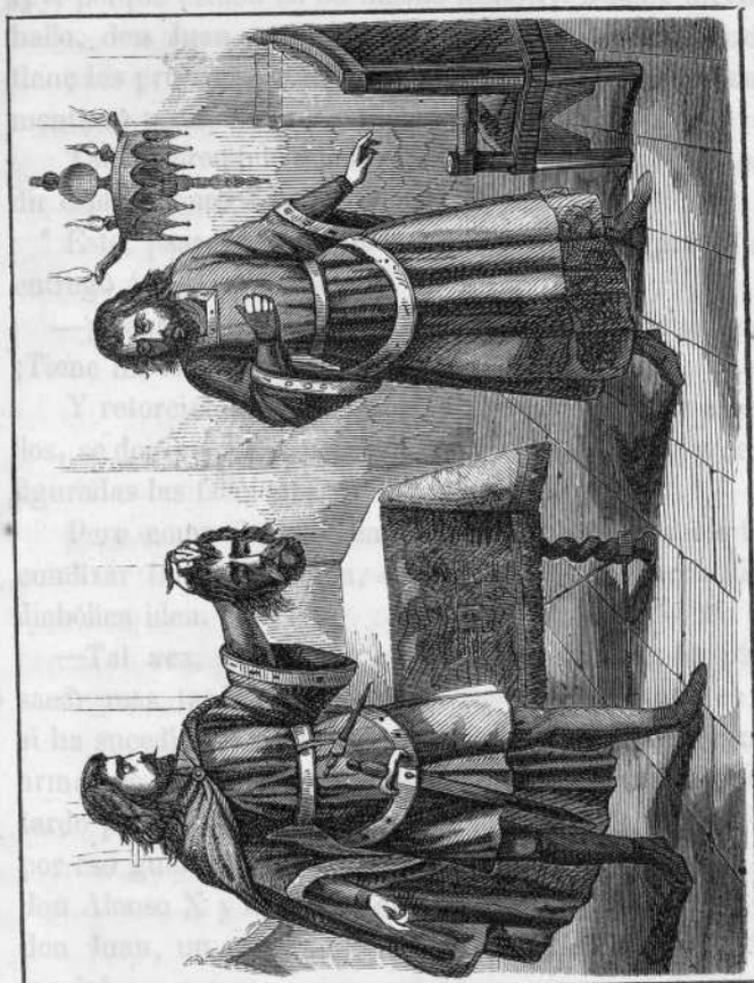
—O queréis burlaros de mí, ó estais loco.

—¡Don Juan !

—Mucho ha desfigurado la muerte al rey, pues que ha trocado sus cabellos rubios y sedosos en negros y ásperos.

Estas palabras hicieron á don García fijar la atención en la cabeza, y al reconocer la de Nuño, sintió perder las fuerzas, y solo pudo exhalar un grito de espanto.

—¡Maldicion ! dijo despues de algunos instantes. Estoy





perdido. He asesinado á ese infeliz creyendo que era el rey, porque estaba en su mismo lecho.... Dadme un caballo, don Juan; necesito huir á toda prisa: el bastardo tiene las pruebas de este crimen, y quizás en este momento se pronuncie mi sentencia de muerte.

Tan sorprendido quedó el infante, que ni acertó á pedir esplicaciones á don García.

Este, pasados los primeros momentos de espanto, se entregó á la desesperacion.

—¡Y el bastardo es dueño de los pergaminos! exclamó. ¡Tiene mi vida en sus manos!... ¡Oh!...

Y retorciéndose los brazos y arrancándose los cabellos, se dejó caer en un sillón, con el rostro pálido y desfiguradas las facciones.

Pero como el coraje enardece el espíritu y suele fecundizar la imaginacion, ocurriósele á don García una diabólica idea.

—Tal vez, dijo, haya guardado los documentos para sacar mas tarde otras ventajas que la de mi muerte; y si ha sucedido así, lo mismo pueden ser los pergaminos armas en contra suya que del infante si viviese. El bastardo pudo ser mi cómplice; ambicionaba la corona, y por eso guardaba el acta de su reconocimiento de hijo de don Alonso X y la declaracion de don Enrique.... Sí, sí, don Juan, un pergamino, un pergamino.... el bastardo morirá.

El infante estaba completamente aturdido, y obedeció maquinalmente á don García.

Este escribió con insegura mano lo siguiente:

«Don Enrique, tengo que huir precipitadamente de Castilla. Me comprometí bajo mi firma á matar al rey, pero equivoqué el golpe. El documento, con otro que es una declaracion del infante don Enrique de haber sido envenenado por el monarca, y el famoso escrito de que hablamos ayer, han caido en poder del bastardo. ¿Por qué no habia de ser este mi cómplice en lugar del infante? Esta idea se me ocurre en los momentos de apuro, y es la que podemos aprovecharla. No tengo tiempo para decirnos mas, ni vos habeis menester otras esplicaciones. Parto ahora mismo para Aragon. Quemad esta carta.»

Don García firmó, y dijo al infante:

—Haced que este pergamino llegue á manos de don Enrique de Alvarado.... dádselo vos mismo, á nadie lo fieis, pero leedlo antes para que esteis al alcance de todo, porque os interesa mucho: en ello vá el éxito de nuestros planes, se trata de la corona, y solo un rival teneis ya que os la dispute, don Alonso de la Cerda, y este bien poco ó nada puede hacer.

Don Juan leyó el escrito, y contestó:

—Aun no comprendo....

—Todo os lo explicará el de Alvarado.

—Pero el infante mi tio....

—Hace pocas horas que espiró.

—¡Ha muerto!

—Envenenado por el rey....

—¡Envenenado! repitió don Juan con acento de la mas profunda sorpresa.

- Y quiso vengarse, y yo me comprometí....
- Ahora lo comprendo todo.
- Un caballo, don Juan, un caballo, repuso aceleradamente don García.
- Pero si el bastardo ha entregado al rey los pergaminos....
- No lo creo: sin duda los ha guardado; pero si no ha sucedido así, paciencia y... Adios, don Juan.
- No es prudente, replicó el infante, escribir una carta como esta.
- ¿Desconfiais de vos mismo?
- Nó, don García; pero ¿quién sabe lo que puede suceder? Y si se pierde....
- Don Enrique la quemará.
- Mejor fuera que yo le dijese lo mismo que le escribís con harta ligereza....
- No os haria caso, porque segun nuestros convenios particulares, á no hablarle yo, solo á mi letra dá crédito.
- Bien, bien.
- Pero dadme un caballo, repuso don García, cuya agitacion iba en aumento. Un caballo que vuele.... quizás se pronuncia en este instante mi sentencia de muerte, quizás me estén buscando, y no dejarán de venir aquí para encontrarme....
- Mientras esteis dentro de mi casa....
- Aun no conoceis al rey niño... ¡Un caballo, don Juan!
- Llevaos esa cabeza, repuso el infante.

Don García recogió con trémula mano la cabeza y la ocultó bajo su capa.

Entonces don Juan llamó á un criado, y le dijo:—

—Mi potro Almanzor.... pronto, pronto.

Cinco minutos despues cabalgaba don García en un potro andaluz, negro como el azabache, y daba un adios al infante don Juan.

Empezaba á cesar la lluvia y se alejaba la tormenta.



#### CAPITULO XXXIV.

Siguen las intrigas.

Al siguiente día por la mañana, cuando apenas había salido el sol, se sabia en toda la ciudad lo sucedido en la cámara del rey don Fernando, y que el infante don Enrique había muerto.

Aun no serian las nueve, y ya el infante don Juan se disponia para salir á la calle con intento de cumplir el encargo de don García, cuando le anunciaron que don Enrique de Alvarado deseaba verle.

—Me evita el trabajo de ir á su casa, dijo para sí don Juan.

Y luego mandó que entrase el caballero.

Este se presentó á los pocos instantes, sin que en su rostro se dejase ver ni tristeza ni alegría, pues como siempre, una espresion de inalterable indiferencia no dejaba adivinar lo que en su interior sentia.

—No os esperaba, le dijo el infante, y si hubiéseis tardado algunos momentos en llegar, no me hubiéseis encontrado.

—¿Segun eso ibais á salir? le contestó don Enrique retrocediendo un paso y como si quisiese alejarse.

—Sí, amigo mio.

—Entonces no quiero estorbaros.

—Al contrario, me habeis hecho un favor con venir, porque así escuso de ir á buscaros.

—Pero tal vez en este momento....

—Nó, nó, porque tenemos que hablar, y es negocio urgente. Sentaos.

—Como os plazca, don Juan, repuso el caballero sentándose junto al infante. Mi visita no tiene mas objeto que el de saludaros.

—Ya sabreis lo ocurrido anoche....

—¿La muerte de vuestro tio?

—No me refiero á eso, sino á lo de palacio.

—Sí, me han contado.... pero ya sabeis que esas cosas se exageran.... vos podreis referírmelo con exactitud.

—El rey me ha dado parte del suceso, y sé la verdad.

—¿Y quién es el asesino?

—No se tienen ni aun sospechas.

—Lo dudo, don Juan.

—Así es lo cierto.

—¿Y vos tampoco sospechais de nadie? dijo don Enrique fijando en el infante una investigadora mirada.

—Yo.... tampoco, contestó don Juan, á la vez que sonreia maliciosamente.

—Tal vez, tal vez....

—Lo único que sé es que anoche, muy á deshora, vino á buscarme un caballero para ofrecirme la corona de Castilla, y me dijo estas palabras: «Ayer decia don Fernando IV que habia muchas cabezas para una corona, y hoy tenemos una corona y nos falta una cabeza donde colocarla.»

—¡Don Juan! exclamó el caballero, á la vez que acercaba su sillón al del infante y brillaban sus ojos.

—Tal como lo oís.

—Entonces ese que tal os dijo debia ser el asesino del rey... es decir, el de Nuño.

—El mismo.

—Poseeis un gran secreto.

—¿Qué daríais por él?

—¡Oh! exclamó don Enrique sin poder contenerse.

Y luego, dominándose, repuso con tono de indiferencia:

—No daría nada, porque nada me importa, y porque ya sabéis que no soy curioso.

—Sabéis fingir á las mil maravillas, repuso don Juan, y no os lo echo en cara, porque os envidio esa facilidad.

—¿Y qué contestásteis al caballero? dijo don Enrique sin hacer caso de las palabras del infante.

—Que estaba loco.

—Y con razon se lo dijisteis.

—Quiso probarme lo contrario, y me enseñó una cabeza....

—Con cara barbuda y morena....

—La del pobre Nuño.

—Y entonces, repuso don Enrique, el caballero quedó espantado, y solo pensó en huir, como efectivamente lo hizo; y á estas horas estará muy lejos de Valladolid, porque habrá llevado un caballo corredor....

—¿Cómo sabeis eso?

—Porque es natural que así sucediese, porque en su caso yo hubiera hecho lo mismo, ni aun me habria detenido en ir á mi casa y os hubiese pedido un caballo.

—¿Tambien sabeis?....

—Nada sé, pero os repito que es lo mas natural. De manera que el asesino es el que falté hoy de Valladolid y no haya dormido en su casa la pasada noche.

—Ciertamente.

—Ya veis, don Juan, cómo puedo ser dueño del secreto, sin dar nada por él.

—Sois muy astuto, don Enrique.

—Vos muy poco prudente.

—Es que nada me importa que adivineis quién es el asesino, sino que por el contrario, tengo que deciros su nombre con otras cosas de mas importancia.

—Entonces, habeis querido poner á prueba mi astucia.

—Sí.

—Mucho tiempo os sobra cuando así lo empleais.

—He querido convencerme mas de lo que estaba, de que valeis mucho.

—Eso es otra cosa.

—Decidme, ¿quién es el defensor mas temible del mo-

narca, y por consiguiente, el enemigo de quien más debemos guardarnos?

—El bastardo Rodrigo.

—Eso mismo decía el que intentó asesinar al rey.

—¿Por qué me haceis esa pregunta?

—Para saber si todos éramos de la misma opinión.

—Sin duda alguna.

—Ahora quisiera saber, repuso don Juan, el partido que tomareis, una vez que ha muerto mi tío don Enrique.

—¿No lo adivináis?

—Nó.

—Pues es cosa clara.

—Sin embargo, bueno es saberlo de vuestra boca terminantemente.

—Yo no puedo ser partidario del rey.

—¿Y de don Alonso de la Cerda?

—Mucho menos, porque no tiene probabilidades de adelantar nada jamás.

—¿Entónces?...

—Estoy dispuesto á trabajar por vos decididamente.

—¿Hará lo mismo don García?

—¿Acaso no lo habeis visto?

—Sí.

—Mejor que yo sabreis entonces lo que piensa acerca de este punto.

—¿Y con qué condiciones, dijo el infante, sereis de los míos?

—Quiero el título de conde y tres villas de la corona.

—Todos quieren ser condes.

—Es que todos quieren ganar algo, repuso don Enrique.

—Bien, amigo mio, aunque mucho pedís, acepto vuestras condiciones. Ahora tratemos de lo que se debe hacer.

—Tendremos una reunion con todos los partidarios de vuestro difunto tio, que os seguirán sin vacilar; pero entre vos y yo habrá secretos que no deben descubrirse á nadie.

—Es verdad, y tanto, que voy á comenzar por revelaros uno de mucha importancia.

—¿Acaso el nombre del asesino de Nuño? dijo don Enrique sonriendo irónicamente.

—Nó, porque ya lo habreis adivinado.

—Tal vez.

—Es don García....

—No me equivoqué.

—Hablo de un secreto de mas importancia, y del cual me hizo depositario don García.

—Escitais mi curiosidad.

—Mi tio, repuso don Juan, ha muerto envenenado.

—¡Envenenado! exclamó don Enrique.

—Sí, envenenado por el rey.

—¿Cómo habeis podido saber?...

—Así lo declaró bajo su firma antes de morir.

—Y esa declaracion....

—Debía ir á manos de don García en pago del asesinato que ha frustrado la casualidad.

—¿Y ahora la teneis vos? replicó don Enrique, cuyo rostro se animó súbitamente.

—Nó, contestó don Juan.

—¡Ah! murmuró el caballero, quedando pensativo.

—Si yo la tuviese....

—Es lástima, porque ese documento....

—Pero sé quién lo tiene.

—Bien, bien, proseguí, añadió don Enrique.

Y sus ojuelos verdes volvieron á brillar.

—Antes tengo que deciros una cosa que ignorais, re-  
puso el infante.

—Sois dueño de muchos secretos.

—Cuando el infante firmó ese documento, prosiguió  
don Juan, firmó tambien otro nuestro amigo don García,  
en el cual decia comprometerse á matar al rey.

—¡Qué imprudencia!

—El uno y otro pergamino quedaron en poder del in-  
fante don Enrique, y debian pasar á don García cuando  
este cumpliese su promesa de asesinar á don Fer-  
nando IV.

—Y á la muerte de don Enrique.... interrumpió con  
impaciencia el caballero.

—Hubo una persona que se apoderó de ambas decla-  
raciones, con mas otro documento no menos importante.

—¡Otro documento!

—El acta famosa de reconocimiento del bastardo...

—¿Y quién es dueño de ese tesoro?

—Rodrigo.

—¡Rodrigo! exclamó don Enrique. ¡Pobre don García,  
está perdido!

—Creo que nó.

—Explicaos, explicaos, repuso afanosamente el caballero.

—Es posible que el bastardo no haya hecho uso ahora de esos documentos, y en vez de entregarlos al rey para delatar á don García, los guarde; en cuyo caso....

—Sí, teneis razon, interrumpió don Enrique, cuya astucia lo habia en un momento adivinado todo.

—¿Comprendeis?...

—Lo mismo pueden esas declaraciones perjudicar á don García, que al bastardo si las conserva en su poder, porque bien pudo ser él cómplice en vez del infante.

—Pues bien, ahí teneis el medio de inutilizar al mas temible de nuestros enemigos. Puede acusarse á don García y á Rodrigo; pero haciéndolo de cierto modo....

Don Enrique meditó algunos instantes, y luego dijo:

—¿Y quién me responde de la exactitud de todo eso?

Esta pregunta no agradó mucho á don Juan, que ya habia pensado que el caballero se contentaria con que le dijese lo ocurrido, y que no habria necesidad de entregarle la carta.

—Yo, contestó el infante. Yo os respondo de que es verdad, que así me lo dijo don García, y él responderá de que es cierto lo que me ha dicho.

—Son asuntos muy delicados, dijo don Enrique.

—¿Dudais de mi palabra?

—Nó, don Juan, pero la empresa es muy arriesgada y por demás difícil.

—Pronto habeis variado de opinion.

—Es que vos no estais en antecedentes de lo que media entre don García y....

—¿Y vos?

—Es casi imposible....

—¿Y si don García os escribiese diciéndoos lo que acabais de oír?

—Si escribe y han variado las circunstancias....

—Acabo de convencerme, dijo el infante, de que es imposible engañaros.

—¿Por qué?

—Tomad, don Enrique, añadió don Juan sacando la carta de don García. Bien me dijo al entregarme ese pergamino que no daríais crédito á mis palabras.

El caballero tomó el pergamino con mano trémula, lo leyó tres veces, y despues de guardarlo, dijo:

—Si el bastardo no ha delatado á don García, tendremos un enemigo menos.

—¿Cuál es vuestro plan?

—Os lo diré cuando lo haya meditado, porque antes es preciso saber lo que Rodrigo ha hecho.

—Teneis razon.

—Antes de tomarse la molestia de cavilar, es menester estar seguros de que no se afana uno en balde.

—Pronto se sabrá lo que ha hecho el bastardo.

—Nadie mejor que vos puede averiguarlo.

—Me encargo de ello.

—Bien.

—¿Cuándo nos veremos?

—Esta noche.

—¿Os espero?

—Sí, vendré á buscaros, dijo don Enrique.

Y se levantó para marchar.

—¿Tan pronto os vais?

—Cuanto menos estemos reunidos, mejor.

—El cielo os guarde, don Juan, dijo el caballero.

Y salió con tanta prisa, que no tuvo tiempo de oír la contestacion del infante.

Este se habia olvidado de hacer que don Enrique rompiese allí mismo el pergamino, y acordándose entonces, se levantó y salió del aposento para llamarlo; pero el caballero habia desaparecido ya.

—No me fio, dijo el infante para sí. Es posible que quiera guardarlo por la misma razon que yo queria tambien tenerlo en mi poder. Pero, en fin, á mí no me comprometeria, sino al que lo ha escrito.

Pocos momentos despues salió don Juan para ir á visitar al rey.



## CAPITULO XXXV.

De lo que sucedió entre don Alonso y su hijo.

Rodrigo no habia dicho nada al rey sobre los documentos de que se habia apoderado, y para obrar así tuvo razones de prudencia, y sobre todo de generosidad, porque previó las muchas desgracias que habian de seguirse, y que el rey, en su primer arrebato de cólera, impondria los mas severos castigos, no solo á don García, sino tambien á muchos de los amigos de este. El bastardo creia mas prudente observar la conducta del asesino, y en último caso castigarlo por sí mismo, aun quando para ello tuviese que esponer la vida en un duelo. Pero esto no importaba al que como Rodrigo tenia la seguridad casi completa de su incontrarestable superioridad y un corazon que nunca habia temblado á impulsos del miedo. —Por lo menos, se dijo el bastardo, prudente será esperar para ver el giro que toman estos endiablados

asuntos, pues siempre será tiempo de obrar como mas convenga. Consultaré con mi amigo don Alonso, aunque de seguro opinará como yo; pero no quiero ser reservado con él, y mas en esto, que á todo caballero interesa.

Con tal propósito, salió Rodrigo de su casa y se encaminó á la de don Alonso Perez de Guzman, mas pensativo que de costumbre, poco ó nada contento, y de vez en cuando vacilando sobre si obraba con acierto.

Mientras atraviesa algunas calles, y aligerando el paso, lo dejaremos atrás para llegar antes que él á la posada del señor de San Lúcar.

Acababa este de entrar con ceño adusto, y despues de sentarse y meditar algunos momentos, mandó que llamasen á su hijo.

Poco despues el mancebo se presentó á su padre, lo saludó respetuosamente y se detuvo á cierta distancia del caballero, al advertir en este cierta espresion de frialdad y aun de enojo, que no eran buen anuncio.

Hubo algunos momentos de silencio, durante los cuales don Alonso contempló á su hijo con penetrante mirada y como si quisiese adivinar en su rostro lo que sentia su corazon.

Turbado el mancebo, bajó la cabeza; no acertó á pronunciar una palabra, y su rostro, poco antes pálido, tornóse rojo en extremo.

—¿Os acusa de algo vuestra conciencia? dijo don Alonso á su hijo.

Este miró á su padre con timidez, y luego contestó:

—Padre mio, no sé por qué me haceis esa pregunta, cuando ningun fundamento hay...

—Respondedme, interrumpió con severidad el caballero, porque no os he llamado para daros cuenta de las razones que tengo para hablaros así.

—No he faltado á ninguno de mis deberes de hombre y de caballero, repuso el doncel.

—¿Y á los de hijo?

—Tampoco.

—Y si no habeis faltado á los deberes de hijo, ¿tampoco habeis olvidado la cariñosa confianza de que me sois deudor?

Don Juan Alfonso bajó la cabeza sin contestar una palabra: habia comprendido bien claramente lo que significaba la pregunta de su padre.

—Si no os acusa vuestra conciencia, ¿por qué vuestro rostro, antes pálido, enrojece?

—Padre y señor, murmuró el mancebo, perdonadme, pero....

—Os perdonaré cuando hayais reparado vuestra falta.

—¡Soy muy desgraciado! exclamó el doncel, á la vez que se arrojaba á los piés de su padre. ¡Soy muy desgraciado!... ¡Perdonadme!.. ¡Siquiera compadecedme!...

—Sí, os compadezco, replicó don Alonso con acento de desden. Os compadezco, porque sois débil.... Levantaos, don Juan Alfonso, que no es así como se reparan las faltas, que no es así como se dominan las debilidades.

—¡Oh! exclamó el mancebo levantándose y apretando los puños en un momento de rábía contra sí mismo. ¡Soy

un niño débil!... Decís bien, padre mio, no merezco llevar vuestro nombre.... Compadeceidme, aunque sea con una compasion humillante....

—Amais, repuso el caballero, á la hija del infante don Juan, del verdugo de vuestro hermano, del sanguinario enemigo de vuestro padre....

—Sí, padre mio....

—Olvidadla, replicó don Alonso con fria severidad.

—¡Imposible! exclamó el doncel.

—Olvidadla; yo os lo mando.

—¡Imposible, padre mio!...

—¿Os falta el valor para obedecerme? repuso el caballero, clavando en su hijo una mirada de desprecio.

—Ya vereis que no me falta, contestó el mancebo. Ya vereis que tengo un corazon que sabe desgarrarse á sí propio sin exhalar una queja. No volveré á ver á doña Sol, mis lábios no volverán á pronunciar su nombre; pero olvidarla.... ¡ah!... olvidarla no puedo.... Pero no temais, padre mio, que mi rostro pregone mi dolor cubriéndose de tristeza: el mundo me verá sonreír...

—Así podreis llamaros Guzman.

—Pero como vos, sufriré en silencio; como vos, sacrificaré mis afecciones, pero no las borraré de mi alma; como vos, mostraré al mundo la faz serena, tranquila la mirada, pero no haré mas que cumplir con un deber, no olvidaré á doña Sol, como vos no dejásteis de amar á vuestro hijo cuando vuestra mano arrojó el puñal para que lo sacrificasen.... ¡Ya sabeis lo que habéis sufrido, lo que sufrís!... ¡eso mismo sufriré!... ¡Oh!... Padre

mio, si en la lucha sucumbo, mi sacrificio quedará recompensado con que en mis últimos momentos oiga que me decís: «¡Hijo mio, has sido digno de mi nombre!»

Trabajosamente pudo don Alonso contener una lágrima de ternura al escuchar á su hijo; pero su severidad dominó su emocion cariñosa, y aunque con voz algo conmovida, contestó:

—Tal esperaba de vos, don Juan Alfonso. Habeis sido débil un momento, pero tenia la seguridad de que sabríais dominar todos vuestros sentimientos, aun cuando tuviéseis que hacer un penoso sacrificio.

—Disponed de mí, padre y señor.

—¿Sabe este secreto don Rodrigo? preguntó el caballero.

El doncel no acertó á contestar, porque dudaba entre mentir y comprometer al hijo de doña Ines; pero cuando iba á decir la verdad, lo sacó del apuro un criado que entró diciendo:

—Señor, ha llegado don Rodrigo, y quiere veros.

—En buen hora, respondió don Alonso; nunca mas oportunamente.

Pocos momentos despues entró Rodrigo y saludó amistosamente al caballero y al doncel.

Una rápida mirada fué suficiente al bastardo para comprender que acababa de tener lugar alguna escena desagradable; y como estaba convencido de que el mancebo era incapaz de faltar á su padre, sospechó en seguida que no podia tratarse de otra cosa que de los amores de doña Sol.

—Sentaos, mi buen amigo, dijo don Alonso al bastardo. Venís precisamente en el momento en que hablaba de vos.

—Soy muy afortunado, contestó Rodrigo, á la vez que se sentaba frente al de San Lúcar.

Don Alonso guardó silencio por algunos instantes, y luego repuso:

—Hoy he sabido que mi hijo ama á doña Sol.

—Es verdad, contestó el bastardo.

—Y segun veo, don Rodrigo, no ignorábais el secreto de estos amores.

—Nó, pero lo supe cuando ya ni el uno ni el otro podían olvidarse.

—Yo he dejado, prosiguió el caballero, que ganeis la confianza de mi hijo, y aun á ello he ayudado, aconsejándole, mandándole que escuchase vuestros consejos como los míos.

—Es cierto.

—¿Qué hicisteis, don Rodrigo, al tener noticia de la fatal pasion de don Juan Alfonso?

—Aconsejarle que olvidase á doña Sol, dándole tantas razones, que vos no hubiéseis hecho mas.

—¿Y luego?

—Conocí que en vano se esforzaria para seguir mi consejo, y lloré su desgracia.

—¿Nada más que llorarla?

—Sí, porque mientras pensé en buscar remedio.

—¿Y cuál se os ocurrió?

—Uno solamente.

—Decídmelo, si á bien lo teneis.

—Hacer todo lo posible hasta conseguir ver unidos á don Juan Alfonso y doña Sol.

—¡Don Rodrigo! exclamó con sorpresa el caballero.

—Como tambien en Tarifa hice todo lo posible para arrancar á vuestro hijo de manos de su verdugo.

—Pero no me aconsejasteis que cometiese una deslealtad.

—Tampoco he aconsejado á vuestro hijo que sacrifique su dignidad al logro de su pasion.

—¡Mi hijo esposó de la hija de un asesino vil, traïdor, cobarde.... de un verdugo!...

—Vuestro hijo, contestó sin turbarse Rodrigo, esposo de una mujer pura, de alma noble... de un ángel. ¿Por qué habeis de hacer á esa criatura inocente responsable de los crímenes del mónstruo que le dió el ser? ¿Por qué en vez de acordaros que por sus venas corre la sangre de su ruin padre, no pensais que en su pecho palpita el corazon grande, sensible y noble de su virtuosa madre? Don Alonso, sed justo.

—¿Vos no pensais?...

—En todo.

—Mi nombre, mi dignidad....

—En nada se amenguan.

—Imposible, don Rodrigo, porque el infante no vendrá á ofrecer la mano de su hija, ni yo puedo rebajarme á pedírsela.

—Segun...

—Estais alucinado.

—Id al infante y decidle: «Dad vuestra hija á don Juan Alfonso, porque se aman, y él se llama Guzman el Bueno y es digno de ella.»

—Y cuando me ofenda con una negativa...

—Le contestareis: «Suya será, mal que os pese, porque entre ella y él no están los muros de Tarifa, ni yo para defenderlos.» Y le volveis la espalda.

—Hoy no os conozco, don Rodrigo, contestó el caballero. No hubiera creído nunca escuchar de vuestra boca esas palabras.

—Ni yo á vos, en quien la rectitud y la justicia son prendas que os distinguen entre todos.

—No las desmiento si dispongo de mi hijo.

—Pero sí acusando á doña Sol.

Mientras se cruzaron estas contestaciones, el doncel permaneció silencioso, con los brazos cruzados, la cabeza inclinada sobre el pecho y el corazón oprimido á la vez de dolor y de gozo, porque á la vez un abismo se abría entre él y Sol, y un amigo noble y leal levantaba su voz para defender á la inocente jóven.

Don Alonso, con el rostro contraído y severa en extremo la mirada, contemplaba á Rodrigo, más que con enojo, con sorpresa, porque no esperaba verlo de parte de su hijo en aquella cuestion; pero el bastardo, con su imperturbable sangre fria, animado por la tranquilidad de su conciencia, arrostraba aquella mirada con serenidad y se disponía á luchar con firmeza, si así fuese menester.

—¿Vos tambien, dijo el caballero á Rodrigo, os declarais en contra mia?

—Me declaro en favor de la justicia. No os digo, don Alonso, que os humilleis para alcanzar del infante lo que seguramente os negará; pero tampoco es cuerdo pensar que pueda el que ama arrancar del pecho su pasión con solo la voluntad, ni hay razón para que la hija del infante os inspire la misma aversión que su padre ruin.

—Pero negándose el infante, como vos mismo decís que se negará, y no pudiendo de otro modo alcanzar su deseo, ¿qué había de hacerse? No pensais, don Rodrigo, que al fin habrá que imponerse el sacrificio que ahora se quiere evitar.

—Entonces vuestro hijo, antes que rebajar su dignidad, sabrá morir sin exhalar una queja.

—¿Lo creéis así?

—Sí.

—¡Gracias, don Rodrigo! dijo el doncel, estrechando entre las suyas ardientes y agitadas las nervudas manos del bastardo. ¡Gracias, porque me juzgais bien!

Don Alonso volvió á quedar pensativo por largo rato, y aunque dos ó tres veces intentó hablar, se detuvo como si temiese que de sus lábios saliesen las palabras.

Entre tanto, el doncel y Rodrigo guardaron profundo silencio, esperando con ansiedad el resultado de aquella meditacion, porque sabian que cualquiera que fuese la determinacion del caballero, no habria que oponerse á ella, porque seria irrevocable.

Al fin, don Alonso, haciendo un esfuerzo que disimuló variando de postura, y clavando en su hijo una mirada severa, le dijo con acento breve:

—Don Juan Alfonso, dos horas os doy para despediros del rey, solo del rey, y salir de Valladolid.

El mancebo se mordió los labios, pero no contestó una palabra.

—Iréis á Toledo, prosiguió el de San Lúcar, y allí esperareis mis mandatos.

—¿Me permitís que os abrace, padre mio? dijo el mancebo con voz ahogada.

—A vuestra vuelta, si sois digno de ello, contestó el severo don Alonso.

Y se levantó, volviendo la espalda á su hijo como si fuese á dirigirse á otro lado.

—Al menos, repuso el doncel, dadme á besar vuestra mano.

El señor de San Lúcar, sin volver el rostro, estendió el brazo derecho, y una lágrima asomó á sus ojos al sentir otra de su hijo y el fuego del ósculo filial en su encañecida mano.

—El cielo os guarde, padre y señor, dijo el doncel.

—Dios os bendiga, don Juan Alfonso.

Salió el enamorado mancebo con el corazón oprimido y la cabeza ardiente, y dando, en el ardiente fuego de sus ojos, claras muestras de la rabia que en su pecho hervía.

—¡Ah! exclamó don Alonso á la vez que exhalaba un penoso suspiro y limpiaba sus húmedos ojos.

Y como si hubiese agotado sus fuerzas, se dejó caer en un sillón, triste y abatido.

Rodrigo lo contempló silenciosamente, y no se atre-

vió á interrumpir el dolor de aquel padre, que acababa de hacer un duro sacrificio negando un abrazo á su hijo.

—¿Quereis acompañarme? dijo el caballero al bastardo cuando ya se sintió mas tranquilo.

—Estoy á vuestras órdenes, don Alonso.

—Pues venid, que tengo que hablaros, y podremos hacerlo mientras paseamos un par de horas fuera de la ciudad. Luego iremos á ver al rey. Cuando volvamos ya no estará mi hijo....

—¡Desdichado mancebo! murmuró el bastardo.



—Vid á interrumpir al dolor de aquel padre, que acababa de hacer un duro sacrificio pagado un abrazo á su hijo: —Queréis acompañarme, dijo el caballero al bastardo cuando ya se salió mas tranquilo.

—Estoy á vuestras órdenes, don Alonso.

—Pues venid, que tengo que hablaros y podreis hacerlo mientras pasamos un par de horas fuera de la ciudad. Luego iremos á ver al rey. Cuando volváis ya no estaré en ella.

—Desdichado mancebol, murmuró el bastardo.



## CAPITULO XXXVI.

## La delacion:

Mientras don Alonso y Rodrigo salian de su casa, el infante don Juan y don Enrique de Alvarado, junto á una esquina cerca del palacio real, tenian la siguiente conversacion:

—Mirad no sea disimulo del rey, decia don Enrique.

—Nó, amigo mio, le contestó el infante, porque está hecho un tigre y no cesa de dictar órdenes para que se averigüe quién es el que intentó asesinarle.

—Y del bastardo ¿qué sabeis?..

—Que esta mañana bien temprano estuvo á ver al monarca, pero se detuvo poco tiempo.

—Entonces casi es seguro que ni ha delatado á don García, ni lo delatará, porque tiene formado algun otro proyecto digno de su diabólica travesura.

—Lo mismo pienso.

—Bien, don Juan, esto marcha á pedir de boca, y creo que no debe dejarse pasar el tiempo.

—¿Qué vais á hacer?

—Delatar al bastardo en seguida.

—¿No seria mejor esperar á mañana?

—Nó, por dos razones.

—Decid.

—La primera, porque puede variar de opinion y adelantarse á delatar á don García; y la segunda, porque ahora se le cogerán fácilmente los pergaminos.

—¡Ahora mas fácilmente!

—Sí, los llevará encima, y con solo registrarlos....

—No lo creo.

—Es demasiado astuto para no tener la misma costumbre que yo.

—Pues opino porque no es el medio mas seguro.  
—El mejor cuando se tiene el valor suficiente para defender el secreto hasta perder la vida; y despues de muerto, nada importa ya que se apoderen de todos los documentos, por interesantes que sean.

—Eso hará el bastardo, dejarse matar.

—¿Qué mas puede descarse?

—¿Conque es decir?...

—Que voy á ver á S. A. para darle una prueba de lealtad, y antes del medio dia estará encerrado ese leon invencible y yo elevado al último grado de privanza del rey.

—Otro enemigo tenemos.

—Cuál, ¿don Alonso?

—Nó, la reina.

—Otro hay mas temible, no porque lo usea vuestro ni mio, sino por la influencia que puede ejercer sobre vos, y porque está dominado por lo que sobre él ejerce uno de nuestros enemigos.

—No acierto á comprenderos, dijo el infante.

—Si no habeis de enojaros, os revelaré el secreto.

—¡Enojarme!

—Tal vez mucho.

—Estais misterioso.

—Es que soy prudente.

—Sacadme de la duda: ¿quién es ese enemigo de tanta importancia?

—¿Acaso no lo habeis adivinado?

—Os repito que nó.

—Pues es vuestra hija.

—¡Mi hija! exclamó don Juan en el colmo de la sorpresa.

—Sí, doña Sol.

—¡Mi hija!... ¿Os burlais, don Enrique?

—Nó es el asunto para bromas.

—Explicaos, vive Dios, que me atormenta la incertidumbre.

—¿Pero todavía no habeis adivinado?

—Don Enrique, ¡por el mismo Satanás! que os expliqueis.

—Don Juan, sabed que es fama, y según entiendo fama no mentida, que se aman con el mayor ardor.

—¿Quién, quién? interrumpió el infante, cuyos ojos chispearon.

—Don Juan Alfonso de Guzman....

—¿Y mi hija?

—Sí.

—¡Vive el cielo, que es una impostura!

—Tal vez, repuso don Enrique con su imperturbable sangre fria; pero es el caso que bajo vuestras ventanas hirieron....

—¡Oh! exclamó el infante fuera de sí. ¡Ahora lo comprendo todo!

—Yo creí que lo sabíais y lo consentíais, porque al fin don Juan Alfonso es único heredero del señor de San Lúcar.

—No exalteis mas mi cólera, interrumpió don Juan apretando los puños con rábia. ¡Mi hija!... ¡Oh!... ¡Mi hija correspondiendo á los amores de un Guzmán!... ¡Adios, don Enrique!

Y sin esperar contestacion, alejóse el infante con precipitados pasos, y se dirigió á su casa ciego por la ira.

Don Enrique, sin alterarse por el enojo de don Juan, sino por el contrario, risueño y gozoso, siguió calle arriba y entró en la morada real.

Fernando IV estaba con su madre cuando llegó el caballero, á quien recibió con alguna indiferencia.

—Yo haré desaparecer esa frialdad, dijo para sí don Enrique.

Y saludó al monarca y á doña María con el mayor respeto.

—Sin duda, dijo el rey, á vuestra noticia no ha llegado el suceso de anoche, porque sois el único caballero... nó, otro hay también que no ha venido á recibir mis órdenes.

—De los primeros fuí en saberlo, señor, y mi tardanza es una prueba de mi celo por todo lo que á mi rey toca.

—Bien puede ser, pero nadie lo juzgaria de ese modo.

—Y en cuanto al otro caballero á quien aludís, que debe ser don García, no hay que estrañar su tardanza, si se explica como yo la explicaré.

—¿Venís encargado de hacer su defensa? Es justo, porque sois buenos amigos.

—Yo, señor, no tengo mas amigos que mi espada, que es de mi rey: en eso soy mas afortunado que V. A.

—No se os piden excusas, dijo doña María con severidad. En los momentos de afliccion consuela tanto una muestra de verdadero cariño, como enoja una apariencia de falsa amistad.

—Señora, repuso don Enrique sin turbarse, cada cual comprende á su modo las muestras de cariño; y mientras otros las daban apresurándose á venir para ofrecer servicios que no estaban dispuestos á prestar, yo me alejaba del rey para servirlo sin haberle hecho ningun ofrecimiento.

El monarca se sonrió maliciosamente.

—Veo, dijo, que no exageran al ponderar vuestra finísima astucia.

—Yo no puedo juzgarme, señor, y no sé si se equivocan.

—Sepamos qué servicios son esos que me habeis prestado.

—Averiguar el por qué no ha venido á ofrecerse don García.

—¿Y cuál ha sido la causa?

—Un viaje repentino y precipitado que ha tenido que emprender para evitar que el verdugo hiciese con él lo que él hizo anoche con vuestro criado Nuño.

—¡Don Enrique! exclamaron á la vez el monarca y su madre, cuyos rostros palidiecieron.

—Y yo me he ocupado en averiguar....

—¿Estais loco? interrumpió el rey.

—El loco es don García.

—¿Qué pruebas teneis para acusarlo de un delito tan atroz?

—Ya sabeis, señor, que soy prudente por naturaleza, y cuando me he atrevido....

—¡Oh! exclamó el monarca. ¡Don García es mi asesino!... ¿No os equivocais?

—Nó, señor.

—¡Pruebas, pruebas!

—Las tendreis muy claras.

—¿Pero él mismo?...

—Su misma mano, que probablemente estará manchada aun de sangre, porque no se habrá detenido á lavársela.

—¿Y decís que se ha ido?

—Pronto estará en Aragon.

—¡Oh!... ¡Al instante, que corran!...

—Es inútil: ya estaría en vuestra presencia con una cuerda al cuello si hubiese sido posible darle alcance, porque fué lo primero que se me ocurrió; pero llevaba yo algunas horas de camino....

—Sin embargo, debisteis intentar....

—Señor, el que huye vuela, y el que persigue corre, y nada mas.

—¿Pero vos, que sois su mejor amigo?...

—Ya he dicho, señor, que no tengo mas amigos que mi espada.

—¿Conque no podré castigarlos?...

—Nó, al menos por ahora; pero tiene un cómplice, que es igualmente criminal.

—Explicaos, don Enrique, dijo afanosamente el rey; quiero hacer mi primera justicia.

La reina miró con desconfianza al caballero.

—Señor, repuso este, permitidme que antes os dé algunas esplicaciones.

—Pero sed breve.

—Vuestro tio don Enrique, antes de morir, firmó un documento, en el cual declaraba que vos lo habíais envenenado.

—¡Ah! exclamó con sorpresa el rey.

Doña María palideció.

—Ese documento, prosiguió el traidor, se entregó á una persona en quien depositais toda vuestra confianza, pero que aspira á sentarse en el trono de Castilla y conspira dando pruebas de lealtad.

—¿Quién es?

—Ya lo sabreis, señor: permitidme que antes concluya mi esplicacion.

—Sí, acabad.

—Esa persona convino con don García en que se os asesinase, y este se ofreció á poner en práctica el convenio; pero como es hombre que no inspira mucha confianza, para garantía, sin duda, de que cumpliría su ofrecimiento, firmó otro documento en que se comprometió solemnemente á asesinaros.

—¿Y esos documentos?...

—Están en poder del cómplice.

—¡Su nombre, su nombre!

Don Enrique contempló á la reina, y luego dijo:

—Se llama Rodrigo Hidalgo....

—¡El bastardo!

—¡Mentís! exclamó doña María con imponente acento.

—Eso mismo diria don Rodrigo, repuso el caballero sin alterarse; pero yo entonces meteria la mano bajo su jubon y sacaria tres pergaminos, que son tres tesoros: dos de ellos la declaracion del infante y la de don García, y el otro el acta de reconocimiento del bastardo como hijo de don Alonso X, y que este sábio rey, que en el cielo mora, no pudo firmar en su agonía, aunque estampó el primer trazo de la primera letra de su venerable nombre.

—Pensad, don Enrique, replicó el rey, que es muy grave lo que decís, y si no se justifica...

—Se justificará, señor, con solo llamar al bastardo y registrarlo en vuestra presencia; y si no se le encuentran los pergaminos, que se registre su casa.

—No puedo creerlo hasta que lo vea, dijo el monarca.

—Cuidad que no abusen de vuestra inesperienza, repuso doña María dirigiéndose á su hijo. Alguna traicion se oculta en esto.... Ese que llamais bastardo es el mas noble, el mas leal de todos los caballeros de Castilla, y nunca ha desmentido la sangre que por sus venas corre.

—Por eso, replicó don Enrique, quiere una corona, porque es hijo de rey.

—No os movereis de aquí, dijo el monarca al delator. Van á llamar á Rodrigo, y si habeis intentado engañarme, os castigaré como si fuéreis vos mi asesino.

El monarca llamó y dió orden de que fuesen inmediatamente en busca del bastardo.

Mientras lo buscan, que tardarán en encontrarlo, porque saben nuestros lectores que se paseó fuera de la ciudad, aprovecharemos el tiempo para ver lo que sucede en casa del infante don Juan.



—No puedo creerlo hasta que lo vea, hijo el mo-

—Cuidad que no abaisen de vuestra inspección la re-

guro dona Maria dirigidos a su hijo. Algunas traicion  
se oculta en esto... Ese que llamais bastardo es el mas  
noble, el mas fiel de todos los caballeros de Castilla, y  
nunca ha desmentido la sangre que por sus venas corre.

—Por eso, repitid don Rodrigo, quiere una corona,  
porque es hijo de rey.

—No os movereis de aqui, hijo el monarca al dela-  
tor. Van a llamar a Rodrigo, y si habéis intentado en-  
ganarme, os castigaré como si fuerais vos mi asesino.

El monarca llamo y dio orden de que fuesen inmedia-  
tamente en busca del bastardo.

Mientras lo buscan, los tarharian en encontrarlo,  
porque saben nuestros lectores que se paso fuera de la  
ciudad, aprovechamos el tiempo para ver lo que suce-  
de en casa del infante don Juan.



## CAPITULO XXXVII.

Donde podrá conocerse la dulzura paternal del infante.

Ya hemos dicho que el infante se separó de don Enrique, exaltado por la ira. Cuando llegó á su casa, preguntó por su esposa, y sin detenerse entró en el aposento donde le indicaron que se hallaba doña María con doña Sol, clavando en ambas una mirada tan terrible, que las desdichadas se estremecieron y con dificultad pudieron contener un grito de espanto.

—¿Qué habeis hecho, señora? gritó don Juan acercándose á su esposa. ¿Qué habeis hecho? añadió dirigiéndose á su hija que, pálida y temblorosa, apenas se atrevió á mirar á su padre.

Doña María contempló por algunos instantes á su esposo, y aunque no pudo adivinar la causa de aquel arrebató, llamó en su auxilio toda su dignidad, toda la

fuerza de su espíritu, y se dispuso á sostener la lucha que comprendió se preparaba.

—¿Qué os sucede? dijo la dama con pausado tono y alguna severidad. ¿Qué sucede, que así os hace perder la razon hasta el punto de tratarme como á un criado?

—Señora, replicó el infante, mal cuadra ese orgullo á quien no sabe cumplir sus mas sagrados deberes, los deberes de madre....

—¡Don Juan! exclamó doña María levantando con orgullo la cabeza y lanzando á su esposo una severa mirada.

—¿Cómo habeis guardado á vuestra hija?

—¡A mi hija!... No os comprendo.

—Hablemos claramente, señora. ¿Intentareis hacerme creer que ignorais lo que pasa?

—Decís bien, don Juan, hablemos claramente, pero cuidad de no ofenderme.

—Os pido cuentas de lo que habeis hecho con mi hija.

—Ya lo sabeis: enseñarla á ser tan virtuosa como yo, aconsejándole y dándole ejemplo.

—¿Pero la habeis guardado como debiérais?

—Esa pregunta, caballero, es una ofensa, y no debo contestaros.

—No me desesperéis, señora.

—Explicaos, si os place, don Juan, y si no sellad el lábio, porque no estoy dispuesta á consentiros que rebajéis mi dignidad, ni que dudeis de mi hija.

—¡Doña María!....

—Díaz de Haro, señora de Vizcaya, repuso la dama á

la vez que se levantaba de su asiento con el orgullo de una reina; y la que lleva ese nombre se tiene en mucho para permitir que la ultrajen.

—¿Os atreveréis á volverme la espalda? dijo el infante, cuyo encendido rostro se contrajo horriblemente.

—Sí, porque vuestra insolencia no merece mas que desprecio.

—Señora, no provoquéis mi enojo.

—¿Qué importa vuestro enojo á quien tanto vale como vos, mas que vos, y tanto como vos puede?

Don Juan apretó los puños con desesperacion, y sentándose, repuso:

—Es preciso que me escuchéis.

—Si no habeis de olvidar quién soy.

—Bien, dejad vuestro vano orgullo, os reconozco cuanto valor presumis tener; pero contestadme, porque á ello estais obligada.

—Ya os escucho, replicó doña María, volviendo á sentarse.

Sol, entre tanto, sobrecogida de terror, temblando convulsivamente, hacia los mayores esfuerzos para sostenerse. Sus mejillas estaban pálidas, su frente bañada en frio sudor, y sus ojos no se atrevian á dirigir á su padre una mirada.

—Vuestra hija, repuso el infante, ama...

—A don Juan Alfonso Perez de Guzman, interrumpió doña María resueltamente.

—¿Conque no lo ignorábais? replicó don Juan, cuyos ojos brillaron con el fuego de la ira.

—Lo supe cuando ya lo amaba, y ni ella pudo evitar que en su pecho se encendiese esa pasión, ni yo apagarla como á su reposo convenia. En mi mano está evitar que vea al hombre que tanto odio os inspira, pero no podré estorbarle que lo ame, porque no puedo arrancarle el corazón. ¿He sabido cumplir mis deberes? Decidlo, ya que os habeis constituido en mi juez.

—Mi hija, replicó el infante, no será jamás la esposa de un Guzman. ¡Oh!... ¡Antes le arrancaré el corazón, si de otro modo no puedo hacerle olvidar á ese mancebo!

—Pensad lo que decís, repuso doña María, y reflexionad que no es justo que rencores pasados hagan desgraciada á nuestra hija.

—¿Vos también os rebelais contra mi autoridad?

—¿Por qué habeis de sacrificar la felicidad de esta niña inocente á vuestros particulares odios? ¿Y por qué tampoco habeis de aborrecer al de San Lúcar? ¿En qué os ha ofendido quien recibió de vos la mayor ofensa?

—¡No prosigais, señora! exclamó el infante. ¡El nombre de Guzman no puede unirse con el mio!... ¡Oh!... ¡Antes todos los sacrificios, hasta el de mi hija, porque antes que ese amor es mi dignidad, mi orgullo!... ¡Jamás, jamás!...

Sol, sin poder contenerse, dejó escapar de sus azules ojos un raudal de lágrimas, cruzó las agitadas manos con ademán suplicante, y exclamó:

—¡Padre mio, tened compasión de vuestra hija, de vuestra única hija que tanto os ama!

—Dadme una prueba de ese cariño olvidando á don Juan Alfonso.

—No puedo, padre mio: mi voluntad es poco para tanto; no me basta la razon.... ¡Ah!... ¡Perdonadme que os lo diga, pero desde que ví á don Juan Alfonso no tengo mas que corazon para amarle, solo corazon!...

—¿Qué decís?

—Yo moriré, si así lo quereis.... moriré para obedeceros.... pero olvidarlo.... ¡ah!... ¡imposible!... el poder de mi voluntad se debilita mas, cuanto mas lucho.... ¡Imposible!...

—Pues bien, morireis si vuestra locura os ha dominado hasta ese extremo, pero sabed que no volvereis á verlo, perded toda esperanza y llorad si así encontrais consuelo.

—¡Y no os conmoverán mis lágrimas! dijo la doncella con un acento de tan profunda ternura, que su padre se estremeció.

—Nada me conmoverá mas que vuestra obediencia.

—¡Te queda tu madre! exclamó doña María estrechando contra su palpitante seno á la afligida niña.

—Señora, dijo el infante, hoy mismo saldrá vuestra hija de Valladolid.

—¿A dónde quereis llevarla?

—¿Qué os importa?

—¡Es mi hija, la hija de mis entrañas, y con ella iré á cualquier parte!

—No me importa deciros á dónde irá, y aunque puedo disponer de ella, porque soy su padre, aunque puedo se-

pararla de vos, no os impido que la acompañeis, ni rehuso deciros á dónde vá.

—Tengo derecho á saber lo que es de mi hija.

—Marchará á Toledo, respondió el infante.

Y sin detenerse, salió del aposento y luego de la casa, y se dirigió con rápido paso á la morada de don Alonso Perez de Guzman.

Este habia interrumpido su paseo, porque fueron á buscar á Rodrigo de parte del rey, y sin terminar su conferencia sobre los amores de Juan Alfonso y doña Sol, volvióse á su posada para saber si el mancebo se habia marchado ya.



### CAPITULO XXXVIII.

De cómo don Alonso no había pensado sacrificar á su segundo hijo.

El anuncio de la visita del infante causó la mas viva estrañeza al señor de San Lúcar, y sospechó muy fundadamente que nada bueno llevaria á su casa á su mayor enemigo.

Don Juan entró, mas bien que con gravedad, con altanería, y sentándose á invitacion de don Alonso, dijo:

—Siento mucho veros en esta ocasion.

—Como en todas, contestó el noble caballero. ¿A qué debo el honor de vuestra venida?

—No sé si sabreis, aunque presumo que sí....

—Perdonad, interrumpió don Alonso, que adivinó lo que iba á decir el infante. Habeis venido para hablarme de los amores de nuestros hijos.

—Precisamente.

—Me alegro, don Juan, porque tal vez os saque yo de algun error.

—No os comprendo.

—Ya me comprenderéis.

—Proseguid, pues, si os place.

—Nó, porque vos habeis venido para decirme, y á mi me toca escucharos.

—Quería primeramente haceros dos preguntas.

—Os daré cumplida contestacion.

—¿Hace mucho tiempo que teneis noticia de esos amores?

—Dos horas.

—¿Y qué pensais de ellos?

—Que es imposible arrancarlos de los corazones donde han echado profundas raices, á menos que tambien se arranque el corazon.

—De modo que habeis dispuesto...

—Que mi hijo se arranque el corazon con sus propias manos antes que lograr su deseo á costa de una humillacion.

—Eso tiene mucho de arrogancia, replicó don Juan.

—De positivo, direis, contestó don Alonso, porque yo le dí el ejemplo en Tarifa.

—¿Y vuestro hijo?...

—Antes que yo se lo mandase me dijo que estaba dispuesto á hacerlo así, porque opina que no hay mujer que valga tanto como la dignidad de un Guzman el Bueno.

El infante se mordió los lábios hasta hacerse sangre.

—Y eso, añadió el de San Lúcar, que vuestra hija

vale mucho, tanto, que ninguna mujer vale más que ella, y lo mismo, muy pocas.

—Gracias, don Alonso, dijo el infante algo turbado.

—Es mi deber de caballero y de hombre honrado hacer justicia á doña Sol.

—Y sin embargo, repuso don Juan, no permitiríais que vuestro hijo se humillase.... es decir, me rogase, en lo que no hay humillacion, para alcanzar ese tesoro que vos estimais en tanto.

—Nó, porque desde el momento en que se humillase don Juan Alfonso, no seria digno de vuestra hija, ni ella digna de él si perdiese un solo quilate de la grandeza de su alma.

—Don Alonso, no habreis olvidado que entre nosotros hay un abismo.

—Ciertamente, don Juan, entre nosotros hay un abismo que nos separa, pero entre nuestros hijos hay un amor que los acerca el uno al otro.

—Pero ese amor...

—Es tan intenso como nuestro odio.

—Grandes proporciones le dais, repuso el infante, á la vez que sonreia con diabólico placer.

—Yo, por vengarme, no haria ningun esfuerzo; y ellos, por ver satisfecha su pasion, lo arrollarán todo.

—Si pueden.

—Tengola seguridad de que sí.

—Parece, don Alonso, que estais dispuesto á proteger esos amores.

—Segun.

- Esplicaos.
- Si mi hijo se muestra digno de quien es, estaré de su parte.
- ¿Pero aun no habeis determinado nada?
- Que don Juan Alfonso marche á Toledo, y ya ha partido sin despedirse de vuestra hija.
- Entonces no adivino vuestro plan.
- Variará segun las circunstancias.
- Me dejais en la misma incertidumbre.
- Pronto os sacaré de ella.
- Os lo agradeceré.
- Me habeis preguntado cuanto habeis querido, y yo os he contestado á todo sin rodeos.
- No tengo queja de vos.
- ¿Hareis lo mismo conmigo?
- Estoy obligado á ello.
- Nadie, al escuchar este diálogo, hubiera creido que la sangre de un niño inocente, vilmente sacrificado, estaba entre aquellos dos hombres. La mesura, y hasta la dulzura con que hablaba don Alonso, eran admirables.
- Don Juan, dijo el caballero, ¿qué pensais de esos amores?
- Que son mi mayor tormento, os lo digo con franqueza para corresponder á la que conmigo habeis usado.
- ¿Y qué habeis determinado hacer?
- Quitar á mi hija toda esperanza, alejándola de don Juan Alfonso.
- ¿Es decir, que estais resuelto á que no se unan?
- Completamente resuelto.

—¿Aunque haya de costar la vida á vuestra hija?

—Mas me atormentaria verla casada con vuestro hijo, que muerta.

—Decís lo que siente vuestro corazón, y os lo agradezco, porque así sabré á qué atenerme.

—Es asunto sobre el que debemos decir la verdad, aunque sea desagradable.

—Soy de vuestra opinion.

—Seguid preguntándome.

—No deseo saber nada mas, y voy á sacaros de la incertidumbre en que estábais sobre el plan de conducta que me propongo seguir.

—Os escucho.

—Quiero mucho á mi hijo, y mas desde que lo he visto dispuesto á sacrificarse. Vos decís que vereis con mas gusto muerta á vuestra hija que casada con don Juan Alfonso: no somos de la misma opinion; yo prefiero que mi hijo sea esposo de doña Sol, á que muera. Cada cual piensa á su modo; no estrañeis que estén nuestros pareceres encontrados, pues siempre fueron opuestos.

—¿Es decir?...!

—Que os pido, repuso don Alonso con tono cortés, que os pido la mano de doña Sol para don Juan Alfonso.

—¿Sabiendo que he de negárosla?

—Sí.

—Pues os la niego.

—En vuestro derecho estais, don Juan, y yo en el mio de no suplicaros.

—Bien haceis.

—Nada tengo que decirós, repuso el de San Lúcar, sin que en su semblante se notase la mas leve alteracion.

—Yo sí á vos.

—Cuanto os plazca.

—Si vuestro hijo vuelve de Toledo, mi hija saldrá inmediatamente de Valladolid.

—A mi vez os haré otra advertencia para vuestro gobierno.

—¿Cuál?

—Que doña Sol será de don Juan Alfonso.

—¿Es un reto? dijo vivamente el infante.

—Estais en mi casa, y la hospitalidad es para mí sagrada.

—Puedo salir....

—Escusadlo, don Juan. Y ya sabeis que no me detiene el miedo; pero os he dicho en otra ocasion que casi es imposible un duelo entre nosotros, porque se supondria que era hijo por mi parte de un deseo de venganza, y yo quiero que me llamen el *Bueno*, y no el *Vengativo*.

—Nada mas justo que vengar á un hijo.

—No aviveis mi recuerdo, don Juan: os he perdonado, porque Dios me lo manda así, y porque así tambien satisfago los impulsos de mi corazon.... Quedamos en que negais á mi hijo la mano de doña Sol y en que yo os declaro la guerra sobre este punto, pero no mas que sobre este punto, y que lucharemos, vos para impedir la union de los amantes, yo para conseguirla.

Don Juan se levantó pálido de coraje; y dijo:—

—En eso quedamos, don Alonso.

—¿Ya os vais?

—Sí.... Guárdeos el cielo.

—Y á vos tambien, contestó Guzman.

Y acompañó al infante hasta la puerta del aposento, é hizo seña á dos escuderos para que fuesen delante abriendo las puertas.

Don Juan volvió á su casa para decir á su esposa que hasta nueva determinacion no saldria su hija de Valladolid.

El señor de San Lúcar pidió otra vez su capa, y salió para ir á ver al rey.



—En ese punto nos dan Alonso, y yo voy a ver  
 —Ya os vais con el señor de...  
 —Sí... Guárdos el cielo...  
 —Y a vos también, conde...  
 —Y acompañó al señor hasta la puerta del aposento,  
 e hizo señas a dos escuderos para que fuesen delante  
 abriendo las puertas...  
 —Don Juan volvió a su casa para decir a su esposa  
 que hasta nueva ordenación no saldría su hija de  
 Valladolid. El señor de San Pedro pidió otra vez su capa, y salió  
 para ir a ver al... y...



## CAPITULO XXXIX.

Cómo empezó á dar resultados la intriga de don Enrique.

Muchos y muy graves acontecimientos debian tener lugar aquel dia, todos en el espacio de pocas horas.

Cuando el infante don Juan entraba en casa del señor de San Lúcar, se presentaba al rey el intrépido Rodrigo, no sin alguna estrañeza por la premura con que habian ido á buscarlo.

Doña María y don Enrique permanecian en la cámara real, esperando el resultado de la escena que iba á decidir de la suerte de un hombre, hasta entonces tenido por el mas leal y fiel servidor del monarca.

La reina tenia la mayor confianza en la inocencia de Rodrigo; pero sin embargo, temia que sus traidores enemigos le hubiesen tendido algun lazo, que ella no adivinaba cuál podia ser, pero que podria en las apariencias hacer dudar de la pureza de intenciones del bastardo.

Don Enrique se gozaba ya en su triunfo y esperaba con ansiedad la llegada del acusado, mientras que el rey dudaba aun si el ruin delator estaria loco, ó si efectivamente, bajo la capa de un vasallo fiel, se descubriría un nuevo traidor. El monarca no habia visto desde su niñez sino ambiciones é intrigas, y tales desengaños, que ya nada le sorprendia sobre este punto. ¿Qué extraño debia ser que Rodrigo conspirase, cuando los mas temibles enemigos del trono eran precisamente los infantes de Castilla y los mas poderosos caballeros?

Cuando el bastardo entró en la cámara, mirólo el rey con escrupulosa atencion, y al ver aquella frente noble, aquellos ojos de franca mirada, aquel semblante de espresion tan tranquila, sintióse impulsado á dar un mentís á don Enrique y á castigarlo severamente; pero se contuvo, y procurando que su rostro apareciese como siempre frio, sin espresion, saludó á Rodrigo con la leve sonrisa de costumbre.

La reina tembló, sus mejillas palidieron, y se esforzó para guardar un continente grave y tranquilo, lo cual no consiguió del todo.

—Pensé que no habian de encontraros, dijo el monarca á Rodrigo.

—Y así hubiese sucedido, contestó el bastardo, si casualmente un escudero de don Alonso no nos hubiese oido decir, cuando saliamos, el sitio á donde pensábamos ir á pasear.

—Necesito de vos para un asunto de mucha importancia, repuso Fernando IV.

—Pues, como siempre, señor, estoy á las órdenes de V. A.

—Pensando quién seria el caballero mas leal, me acordé de vos, pues segun me habeis dicho muchas veces, toda vuestra sangre la derramaríais contento por servirme.

—Y supongo que no habreis dudado....

—Teneis que pasar por una prueba, quizás muy dura....

—Muy dulce direis, señor, si es para serviros.

—No os espreséis así, buen Rodrigo, pues del mismo modo me hablan los muchos traidores que me cercan, y ya no me inspira confianza sino el lenguaje áspero.

—Es que á mis palabras, señor, han seguido siempre los hechos.

—Ahora lo hemos de ver.

—Espero las órdenes de V. A.

—Tengo sospechas de quién fué el que anoche intentó asesinarme.

—¿Nada mas que sospechas?

—Hasta ahora, nada mas, aunque tan fundadas, que pudieran tenerse por pruebas.

—Mucha seguridad tiene V. A.

—Ya vereis cómo no me equivoco, repuso el monarca desplegando una sonrisa maliciosa.

—Deseos tengo de que pronuncieis su nombre.

—¿Qué hareis cuando sepais quién es?

—Traerlo atado á vuestra presencia.

—¿Y si hubiese huido?

—Lo perseguiría hasta encontrarlo y castigar su crimen.

—Es que tenía un cómplice.

—Son igualmente criminales.

—Y este, repuso el monarca, está en Valladolid.

—Tanto mejor.

—Pero creo que no os atreveréis á tocarle.

—Puede ser que V. A. tenga razon en creerlo así, contestó Rodrigo con marcada intencion.

Sonrióse el monarca, miró á su madre y á don Enrique, y repuso:

—Nos vamos entendiendo, y segun se vé, no habrá necesidad de que se pronuncie el nombre del asesino ni de su cómplice.

—¿Decís, señor, que ha huido?

—Sí.

—¿Y sabeis á dónde?

—Desde anoche camina hácia Aragon.

—¿Me dais permiso para ir en su busca y castigarlo allí mismo?

—Nó, porque teneis que encargaros del que conspiraba con él. Es un capricho raro, pero de mejor gana perdonaria al asesino que á su cómplice, porque este es el que mas protestas de fidelidad me ha hecho, el que ha sabido engañarme con mas astucia, es un hombre cuyo criminal disimulo merece ser castigado con el mayor rigor.

—Ya voy siendo de distinta opinion que vos, señor, repuso el bastardo. Creí que vuestras sospechas eran las mismas mias, pero veo que no.

—¿Empezais ya á poner inconvenientes para habéros-las con el traidor que tenemos aquí?

—Es que os equivocais.

—Segun veo, vos habíais ya sospechado de alguno.

—Sí, señor.

—Decid su nombre, y cuidado con equivocaros, porque es acusacion muy delicada.

—Señor, el que intentó asesinaros es don García....

—El mismo, dijo el rey, cuyo rostro se contrajo repentinamente.

Por la frente pálida de la reina corrieron algunas gotas de frio sudor.

—Decid ahora, prosiguió el monarca, quién era el cómplice de don García.

—Permitidme, señor, que calle su nombre, y las razones que tengo para hacerlo así, las comprendereis, si no os han engañado al revelaros quién es.

Fernando IV se levantó de su asiento, y acercándose á Rodrigo, replicó:

—Ya vereis cómo no me han engañado; pero antes, jurad, jurad que siempre, siempre me habeis sido fiel: juradlo por vuestra madre, por la salvacion de vuestra alma.... por todo lo que sea para vos mas sagrado.

—¡Señor! exclamó Rodrigo con acento de la mas profunda sorpresa.

—¿No os atreveis á jurar?

—¿Dudais de mí?

—Si está vuestra conciencia tranquila, jurad.

—¡Jurad! exclamó la reina sin poder contenerse. ¡Jurad, que bien podeis hacerlo!

Rodrigo puso la diestra sobre la cruz de su espada, y con solemne acento dijo:

—Juro á Dios y por la cruz que bajo mi mano derecha tengo, juro por la memoria de mi madre, juro por la salvacion de mi alma y por la preciosa vida de mi esposa, que siempre fuí leal, fiel y adicto de todo corazón á mi rey don Fernando IV de Castilla, y que nunca le hice traicion ni ofensa de hecho ni de palabra, ni aun siquiera de pensamiento; y que si mintiese, que Dios, cuyo nombre santo invoco, me castigue como á perjuro con todo el rigor de su justicia en la otra vida, y en esta haga que me persigan todas las desgracias, y que los hombres me desprecien y me maldigan, y que el pan en mi boca se convierta en fuego, y el agua en hiel, y que el sueño me espante con fantasmas horribles y la vigilia me atormente.

Este juramento, pronunciado con voz firme y sonora, sin ninguna vacilacion, hizo dudar al rey, que contempló admirado el semblante noble y hermoso de Rodrigo y sus grandes y azules ojos, animados en aquel instante por el mas vivo fuego.

—Y no solamente, prosiguió el bastardo, juro por la cruz de esta espada, que siempre se empleó en defensa de mi rey, sino por esta que me legó mi madre.

Y así diciendo, abrió, rompiendo su forzuda mano, el jubon de terciopelo azul que vestia, y sacó una cruz de diamantes que sobre el pecho y pendiente de una cadena de oro llevaba.

—Vió el rey que de un bolsillo interior del jubon salian unos pergaminos, y mientras brillaban sus ojos, acercóse á Rodrigo diciendo:

—Preciosa joya.  
Y como si fuese á examinarla, acercó una mano y rápidamente se apoderó de los pergaminos.

El bastardo lo miró con sorpresa, pero no sospechó lo que le amenazaba, porque era imposible que sospechase que habian de haberle acusado como cómplice del asesino. Sin embargo, las estrañas preguntas del rey, la exigencia de aquel juramento, y sobre todo la presencia de don Enrique, que era uno de sus mayores enemigos, le hicieron cavilar, y no quiso aventurar ninguna pregunta hasta que se aclarase aquel misterio.

El monarca, mas bien que leer, devoró con encendida mirada los renglones trazados en los pergaminos, y estrujándolos luego entre sus blancas manos, agitadas convulsivamente, exclamó:

—¡Traidor, villano!... ¡Bastardo al fin!

A la cabeza de Rodrigo acudió toda su sangre, que parecia querer brotar por sus megillas. Sus ojos, chispeantes como dos áscuas, fijaron en don Enrique una mirada tan terrible, que éste, á su pesar, inclinó la cabeza y se estremeció.

—¡Villano y traidor el que lo acusa! exclamó la reina sin poder contenerse y convencida de la inocencia de Rodrigo.

Este, tras su terrible mirada, iba á lanzar un reto á su delator y protestar enérgicamente contra aquella in-

fame calumnia, cuando se presentó á la puerta de la cámara don Alonso Perez de Guzman.

Todos fijaron sus miradas en el caballero, y este á su vez contempló con asombro y sorpresa los rostros pálidos y descompuestos, los encendidos ojos de aquellas cuatro personas, llamando mas su atencion la expresion amenazante y terrible y el desórden del vestido del bastardo.

—Don Alonso, dijo el rey, prended al cómplice del traidor que anoche quiso asesinar-me.

El de San Lúcar quedó inmóvil y sin poder pronunciar una palabra: tal fué su asombro al escuchar semejante acusacion.

—¡Obedecedme, don Alonso Perez de Guzman! repitió el monarca con imperioso tono.

El caballero nada contestó, pero acercóse gravemente á Rodrigo, y le dijo con pausado acento:

—Don Rodrigo, en nombre del rey, dadme vuestra espada.

—¡Oh!... ¡Mi espada!... exclamó el bastardo apretando los puños.

—¡En nombre del rey! repitió don Alonso.

Rodrigo descinó su espada y la entregó al caballero.

—Ya estais obedecido, señor, repuso el de San Lúcar.

—Ahora, dijo Fernando IV, disponed de mis armeros para guardar al criminal, atadlo, haced cuanto os plazca, porque me respondeis de su persona hasta que esté encerrado.

—Solo yo soy bastante, señor.

—Seguidme.

—Antes, señor, replicó don Alonso, permitidme que diga dos palabras.

—Hablad.

Don Alonso levantó la cabeza con dignidad y altivez, brillaron sus negros ojos, se contrajo su frente, y con voz firme y acento severo, dijo:

—Declaro traidor, villano y mal nacido al que haya osado acusar al noble y valiente don Rodrigo Hidalgo.

—¡Oh! exclamó don Enrique.

—Y en campo abierto le probaré su villanía.

—¡Don Alonso! dijo el rey.

—Y si no responde á mi reto, es un impostor, men- guado y cobarde, que tiene miedo á mi lanza y al juicio de Dios.

—¡Aquí están las pruebas de su crimen! repuso el monarca.

—Son falsas, contestó don Alonso sin dignarse siquiera mirar los pergaminos.

—¡Gracias, noble don Alonso! exclamó la reina, que apenas podía sostenerse. Habis levantado vuestra voz en defensa de la inocencia y de la justicia. Yo tambien declaro impostor al mal llamado caballero que falsámente acusa á don Rodrigo.

—¡Basta! dijo imperiosamente el rey. Seguidme, señor de San Lúcar, y traed al criminal, que yo mismo quiero dejarle encerrado.

El monarca salió del aposento seguido de don Alonso, de Rodrigo y de dos ayudas de cámara, de los cuales

uno llevaba un manojo de llaves, que sin duda tenia ya prevenidas por orden de su señor.

Bajaron una escalera, atravesaron un patio, siguieron por un estrecho y oscuro pasillo, volvieron á bajar otra escalera resbaladiza y pendiente, y llegaron al fin á una puerta pequeña, forrada de hierro, que daba entrada á un sótano húmedo y sin mas luz que la escasísima que entraba por un estrecho ventanillo cruzado con dos barras de hierro y practicado á toda la altura que permitia la negra y maciza pared.

Penetraron en aquel aposento con espanto de algunas ratas, que huyeron sorprendidas de la visita, y el monarca dijo al bastardo:

—Os traerán paja para que os acosteis.

Y luego añadió, dirigiéndose á los sirvientes:

—Yo me llevaré la llave, y á la puerta habrá día y noche dos arqueros.

Quedó allí Rodrigo y salieron los demás; y cuando hubieron llegado á la puerta de la cámara, don Alonso dijo al rey:

—¿Cuándo se dignará V. A. escucharme?

—Volved esta noche, contestó el monarca.

—El cielo guarde á V. A.

—Adios, don Alonso.

Este salió del palacio ciego de coraje, y se encaminó á casa de Rodrigo para llevar á Esther la triste noticia de la prision de su esposo y para ofrecerle todo su valimiento.

CAPITULO XL.

Donde volveremos á ver á Esther.

Nuestros lectores no habrán olvidado á la hermosa judía Esther, es decir, á la esposa de Rodrigo, que al bautizarse tomó el nombre de María, y habrán estrañado que hasta ahora no haya figurado en los acontecimientos que llevamos referidos; pero como desde que se casó no habia sido objeto de ninguna intriga, y solo se habia dedicado al cuidado y amor de su esposo, no hemos tenido ocasion de presentarla nuevamente en escena, como vamos á hacerlo ahora, pues la desgracia ocurrida al bastardo le obligó á procurar la defensa de este.

Ya dijimos que don Alonso Perez de Guzman fué desde el palacio á participarle lo sucedido, cuya noticia causó la mas viva y dolorosa impresion en ella, y con la enérgica resolucion de su carácter, decidióse á ir á ver al rey para pedirle justicia.

Esther, que así la llamaremos, puesto que por este nombre es mas conocida de nuestros lectores, no habia perdido con los años nada de su interesante belleza, y en la época á que nos referimos, pasaba por una de las damas mas hermosas de Castilla. Algunos pechos habia encendido: el fuego de algunos deseos habian atizado sus negros ojos; pero cuantas armas empleó la seduccion de algunos arrebatados mancebos, rompiéronse en la firme virtud de la hija de Jonadab, y nadie pudo envanecerse de haber alcanzado de ella ni una sola mirada.

Pálido el rostro, ardiente la mirada y agitado el pecho, salió de su casa Esther, y acompañada de una doncella y un paje, se dirigió á la morada real con ánimo resuelto de protestar contra la traicion y la injusticia de que acababa de ser víctima su esposo.

Pocos momentos hacia que don Enrique de Alvarado habia salido de la cámara del rey, cuando anunciaron á Esther, y el monarca la recibió sin mostrar ni complacencia ni disgusto, sino con aquella indiferencia que tanto desconcertaba y hacia imposible adivinar lo que en el fondo de su corazón sucedia.

—No esperaba vuestra visita, dijo Fernando al ver entrar á la esposa de Rodrigo y sin darle tiempo á que hablase. Sentaos, señora, que las damas tienen ese privilegio, porque se lo concede la galantería.

—¡Que no me esperábais, señor! contestó sorprendida Esther.

Y sin poder contener su primer arrebato, y mas herida aun por la aparente calma del rey, añadió:

—¡Qué no me esperábais, cuando mi esposo acaba de ser víctima de la intriga mas infame, de la injusticia mas escandalosa!

—¿Sin duda, replicó el monarca con duro acento, hablais de injusticia, porque ignorais que yo he sido quien ha mandado prender á vuestro esposo?

—No lo ignoro, señor, contestó resueltamente Esther; pero los reyes tambien se equivocan, los reyes tambien se dejan cegar....

—Ya os he dicho que soy muy galante, interrumpió Fernando, y por eso no quiero mostrarme ofendido por vuestras palabras.

—He venido resuelta á salvar á mi esposo ó á morir con él.

—Vuestro esposo es un traidor, y de ello tengo las pruebas.

—¿Quién lo acusa?

—Yo, dijo el monarca mirando fijamente á Esther.

—¡Oh! exclamó esta esforzándose para contener su ira. El rey lo acusa.... pero el rey.... ¡el rey se equivoca!

—Prudente habeis sido en no llamarme impostor: quizás lo habeis pensado así, pero yo no castigo los pensamientos.

—¡Traidor mi esposol ¡Traidor el que tantas veces ha vertido su sangre en defensa de vuestra causa, el que ha sido el mas firme sosten de vuestro trono!... ¡Cuán poco le hubiera costado ceñir la corona que llevais! ¡Cuán poco en aquellos tiempos, no muy lejanos, en que

todos eran vuestros enemigos, y todos mas fuertes que vos; en aquellos tiempos en que hasta tuvisteis que huir, que esconderos, sin mas amparo que vuestra madre, en cuyos brazos fuisteis, sin mas defensa que un puñado de caballeros leales!

—¿Quereis llamarme ingrato? replicó el monarca, cuya frente se contrajo.

—Quiero, señor, haceros comprender, que si mi esposo hubiese ambicionado una corona, ocasiones ha tenido en que lograrla, sin necesidad de hacer pactos infames con sus mayores enemigos, sin esperar tanto tiempo, pues á la muerte de vuestro padre, pudo sin miedo declarar sus intenciones, pedir ayuda á sus muchos amigos y escitar al pueblo, donde bien sabeis que cuenta con muchas voluntades. ¿Qué hubiese sido de vos sin mi esposo? Figuraos á vuestros enemigos, durante vuestra menor edad, reforzados con la ayuda y la popular influencia de Rodrigo, y decidme si ahora os sentaríais en el trono castellano. Sin eso, ya sabeis que aun con seguridad no podeis llamaros rey.

—Poco respetuosos son vuestros razonamientos, pero os escusa vuestro justo dolor. Yo tambien he pensado en eso mismo, me he acordado de las pruebas de lealtad de vuestro esposo y de sus muchos y desinteresados servicios, y todavía no acierto á comprender cómo, despues de todo eso, ha podido serme traidor: no lo comprendo, pero tengo pruebas, pruebas escritas, y no falsas declaraciones de un testigo mal intencionado, y ante esas pruebas tengo que ceder.

—Todo eso debe ser una intriga infame.

—Pero es preciso probar que son falsos los documentos que se le han encontrado, para que se pruebe su inocencia.

—El esplicará lo que significan esos documentos.

—No basta su palabra.

—¡Qué no basta su palabra!

—Nó, porque si por su palabra se juzgase á los reos, todos serian inocentes.

—¿Lo creeis tan cobarde que pueda mentir por salvar su vida?

—Nada creo, señora, porque en esta ocasion no soy mas que el juez que falla en vista de las pruebas.

—Señor, mi esposo no es un reo cualquiera, no es un villano, un hombre oscuro....

—Ahora es un traidor; mañana podrá ser un inocente, contestó el monarca con frialdad.

—¡Oh! exclamó arrebatadamente Esther. ¡Es una injusticia horrible!...

—Silencio, señora. Soy el rey.

—¡Sois el rey! dijo con amargura Esther. Es verdad, el rey, porque habeis tenido corazones leales, espadas invencibles que os den la corona.

—¿Venís á pedirme la libertad de vuestro esposo? dijo el monarca, cuya frente se contrajo otra vez.

—Y el castigo de los malvados.

—No puedo concederle la libertad, pero os juro castigar á los traidores, y que por lo menos rueda una cabeza.

Esther se estremeció.

—Bien, dijo con gravedad: si esa cabeza es la de mi esposo, ha de costar mucha sangre el derramarla.

El rey vaciló algunos instantes, como si dudase contestar á esta amenaza; y luego, levantándose, salió silenciosamente del aposento.

—¡Yo encontraré quien me haga justicia! exclamó Esther con despecho y herida en lo mas sensible del corazón por el desprecio del rey.

Y se alejó precipitadamente.



Llegó la noche, y la desdichada, después de haber revuelto en su cabeza mil proyectos locos, hizo de su exaltación tétrica, resolvióse á acudir á la reina doña María su antigua rival, y escalar para que le ayudase los sentimientos nobles que ella conocía.

## CAPITULO XLI.

Cuando llegó la noche, Esther salió de su casa en una fieta y fue otra vez al palacio real, pidiendo ver á doña María. Aunque había mucho que esta no había recibido una visita de su antigua rival, no le sor-

prendió la que en ella se hacía, y mucho menos sabiendo que el rey se había mostrado indelible y se es-

tramo rigoroso, negándose á poner en libertad á Rodrigo. Doña María la Grande, como con razón la llama la historia, como sabemos, amaba con locura á Rodrigo, y se comprende con facilidad cuál sería su dolor con la desgracia que á este amenazaba.

Aquel día lo pasó la infeliz en el mas lastimoso estado: sus ojos derramaron abundantes lágrimas, y no fueron bastantes á calmar su pena los consuelos de don Alonso Perez de Guzman, por mas que la prometió rebelarse contra el rey si este llevaba su justicia hasta el extremo de atentar contra la vida del bastardo.

Empero no tranquilizaba esto á la hija de Jonadab; conocía el carácter del monarca, temía que en el silencio de la noche, cuando menos se esperase, su esposo pereciese en su misma prision, y después de muerto, no bastarian á resucitarlo todas las venganzas que sus amigos quisiesen tomar.

Llegó la noche, y la desdichada, despues de haber revuelto en su cabeza mil proyectos locos, hijos de su exaltacion febril, resolvióse á acudir á la reina doña María, su antigua rival, y escitar para que le ayudase los sentimientos nobles que en ella reconocia.

Cuando llegó la noche, Esther salió de su casa en una litera y fué otra vez al palacio real, pidiendo ver á doña María. Aunque hacia mucho que esta no habia recibido una visita de su antigua rival, no la sorprendió la que entonces le hacia, y mucho menos sabiendo que el rey se habia mostrado inflexible y en estremo rigoroso, negándose á poner en libertad á Rodrigo.

Doña María la Grande, como con razon la llama la historia, no conservaba odio alguno contra Esther, que en otro tiempo habia sido el mayor obstáculo á su pasion, porque esta se habia estinguido con los años, con la ayuda de su voluntad y la nobleza de sus sentimientos; solo conservaba un afecto de tierna amistad y gratitud hácia Rodrigo.

Acababa de salir el rey del aposento de su madre, por lo cual esta se encontraba sola, y pudo recibir al instante á Esther.

Hubo un instante de indecision en aquellas dos mujeres al encontrarse la una frente á la otra despues de tantos años, y á pesar de lo apurado de la situacion, recordaron ambas los dias de felicidad y de tormento en que habian sido rivales, en que se habian profesado el odio mas profundo. Empero este recuerdo no duró mas

que un instante, y la grandeza de sus almas hizo lugar á sentimientos mas nobles y generosos.

—Doña María, comprendiendo el dolor de Esther y respetando su inmerecida desgracia, levantóse de su asiento y se adelantó hácia ella con los brazos abiertos, como si fuese á recibir á una hermana.

—¡Gracias! exclamó la esposa de Rodrigo, medio ahogada por el llanto. ¡Gracias por vuestro generoso consuelo!...

—Sosegaos, le dijo doña María con dulce acento. No os dejéis dominar por el dolor, que la justicia triunfará.

—¡Triunfará la justicia! repuso con amargura Esther. No abrigo tal esperanza, porque ya la he visto hollada, porque se han cerrado los oídos á su voz, porque no han conmovido mis ruegos, porque hasta la gratitud se ha olvidado...

—No es tan apurada la situación. Por un momento han triunfado los enemigos de vuestro esposo, que seguramente son los de mi hijo también; pero se esclarecerá la verdad, y serán castigados los malvados. La falta de experiencia del rey ha dado lugar á que se alucine, aunque bien mirado, comprometen mucho los documentos que se han encontrado á don Rodrigo.

—Señora...

—Sé lo que vais á decirme, y quiero anticiparme: estoy convencida de la inocencia de vuestro esposo, tan convencida, que aun cuando yo lo hubiese visto concluir el infame contrato que constituye el crimen de que se le acusa, no lo creería, me lo explicaría de cualquier modo

á su favor, porque conozco toda la nobleza de su carácter, toda su lealtad. ¿Sabeis lo que significa esto? Pues á mi modo de ver, no es otra cosa que un medio de que se valen los enemigos del rey para privarle de su mas ardiente y mas temible defensor, porque así podrán mas fácilmente hacer triunfar su causa.

—Vos lo habeis adivinado, señora, contestó Esther. Eso mismo sospecha don Alonso, lo mismo sospecho yo. Bien saben los enemigos de don Fernando IV que mientras palpita el corazón de Rodrigo y su brazo conserve su invencible fuerza, nada podrán, ni aun ocultos tras la sombra de la traicion. Pero como habeis dicho, las apariencias condenan á mi esposo, y solo puede absolversele teniendo una ciega confianza en su lealtad y en la nobleza de sus sentimientos, una confianza como la que teneis vos y don Alonso; pero el rey, señora, juzga por lo que vé, no aprecia en nada los antecedentes de mi esposo, no sabe que otras veces ha sido victima de esas mismas intrigas, con mayores apariencias de verdad.... Perdonad si evoco ciertos recuerdos....

Doña María palideció.

—Estad tranquila, dijo, que yo velo por la seguridad de vuestro esposo.

—El rey no escuchará ni vuestros ruegos, ni vuestros consejos.

—Entonces, repuso la reina, me valdré tambien de la intriga para salvarlo, porque así serviré la causa de la justicia.

—¡Gracias, señora! exclamó Esther.

—No me lo agradezcáis, porque cumpliré con mi deber y con los deseos de mi corazón.

—Pero no arriesguéis vuestra tranquilidad, no os espongáis al enojo del monarca. Solo quiero que me ayudeis sin comprometeros, no más que me ayudeis.

—Primero hablaré á mi hijo, procuraré convencerlo.

—No lo conseguireis.

—Nada he querido decirle hoy, hasta que se calme la agitacion de su espíritu y pueda escucharme con calma: solamente le he exigido la promesa de que ninguna determinacion tomará hasta que pasen algunos dias.

—¿Y qué os ha dicho? preguntó afanosamente Esther.

—Me ha jurado no hacer nada por ahora, mas que guardar cuidadosamente á vuestro esposo.

—¡Dios os lo premie!

—Ya veis que es razon para que esteis tranquila, pues, al menos por de pronto, ningun peligro amenaza.

—¿Y no me permitirá vuestro hijo que vea á mi esposo?

—Hoy os lo negaria : mañana tal vez lo conceda.

—¡Es ya demasiada crueldad!

—Esperad hasta mañana, que pocas horas son.

—¡Pocas horas!... Siglos son para mí...

—Yo me encargo de pedirle el permiso para que podais entrar en su prision.

—¿Y si lo niega?

Doña María meditó algunos instantes, y luego contestó resueltamente:

—Si lo niega... tambien lo vereis.

—Pero tal vez tengais que comprometeros....

—Os repito que lo vereis.

—¡Cuán noble es vuestro corazón!...

—Tengo que pagaros una deuda: no he olvidado que en otro tiempo acibaré la dulzura de vuestro amor, os atormenté....

—¡Oh! no prosigais, señora. Tristes fueron para ambas aquellos días; tanto como yo, sufristeis vos también, quizás mas aun....

—Ya pasaron. Aquellas desgracias fueron una lección muy dura, pero muy provechosa.... Todo ha cambiado; ahora os amo y me amais.... Lucharemos juntas para vencer á nuestros enemigos.

—No me equivoqué al venir, pues os he encontrado tal como creí. Habeis dicho bien, nos amamos, y con el valor de nuestro cariño, ayudadas por la justicia, lucharemos y Dios nos protegerá.

—Bien, repuso la reina, así quiero veros, animosa, sin que se debilite vuestra antigua energía, sin que se entibie vuestra fé en Dios ni os abandone la esperanza.

—Vuestros consuelos han hecho renacer mis fuerzas.

Los ojos que en otro tiempo se habian mirado con centellas de ira y de odio, lloraron entonces con lágrimas de ternura y de cariño.

Esther se dispuso á salir.

—¿Volvereis mañana?

—¿Cómo he de faltar?

—Os diré lo que haya adelantado y el plan que debemos proponernos, segun encuentre el ánimo de mi hijo.

—Dios os conserve.

—Decid á don Alonso que venga por la mañana, pues estará de nuestra parte y podrá ayudarnos mucho.

—Es nuestro mejor amigo.

—Que Dios os consuele.

Salió Esther para volver á su casa, pero mas tranquila que cuando habia ido.

Entretanto, la reina mandaba llamar á su traviesa doncella Violante, con la que pensaba conferenciar sobre el asunto que nos ocupa.



—Dios os conservando...  
 —Decid á don Alonso que venga por la mañana, pues  
 estará de nuestra parte y habrá ayudarnos mucho.

—Es nuestro mejor amigo...  
 —Que Dios os conserve...  
 —Salid Esther para volver á su casa, pero mas tran-

quila que cuando habia ido antes...  
 Entretanto, la reina mandaba llamar á su favorito  
 doncella Violante, con la que pensaba confesarle sobre

el asunto que nos ocupa...  
 —No...  
 tal como creí. Habia dicho...



—Vuestra...  
 Los que...  
 con el...  
 de la...

—Calla...  
 —Val...  
 —Que...

—Que...  
 —Que...

## CAPITULO XLII.

Cómo el rey se mostró inflexible, y desesperada Esther.

A las nueve de la mañana del siguiente día, entró el monarca en el aposento de su madre.

Estaba esta triste y meditabunda, y recibió á su hijo con cierta frialdad no acostumbrada.

—¿Estais indispuesta, madre mia? le preguntó el rey con cariñoso acento.

—Nó, le contestó doña María.

—Me parece que vuestro semblante está mas pálido que otros dias.

—He dormido poco la pasada noche, pero me siento bien.

—¿Teneis algun cuidado que os quite el sueño?

—¿Eso me preguntais, don Fernando? ¿Acaso no pesan muchos sobre mí lo mismo que sobre vos?

—Los de siempre, madre mia; y nunca os he visto como ahora sino en días de graves apuros.

—Como el presente.

—No os comprendo, repuso el rey, á la vez que se sentaba cerca de su madre.

—Los traidores se muestran cada vez mas audaces, y no cesan las intrigas.

—Eso no es ninguna novedad.

—Veo, don Fernando, que no quereis entenderme, replicó doña María con alguna sequedad, y estraño y me duele que conmigo useis de fingimientos, como si se tratase de un cualquiera.

—Perdonad, madre mia; ya sabeis que solo en vos tengo confianza: no ha sido mi intencion ofenderos; y si dije que no os comprendia....

—Fué para evitar que entrásemos en esplicaciones sobre la prision de vuestro tio el bastardo.

—Si es bastardo, no es mi tio, ó por lo menos no debe llamarse tal.

—Poco importa el nombre.

—Ciertamente.

—Lo que importa, don Fernando, es tratar de ese asunto y obrar con mucha prudencia.

—Nadie podrá decir que he procedido ligeramente.

—Creo que sí.

—No sois imparcial, segun veo. ¿Y las pruebas que hay de su crimen?

—Esas pruebas no son bastante para acusar á Rodrigo.

—¡Que no son bastante! replicó el monarca con tono de admiracion.

—¿Está escrito en ellas su nombre?

—Nó, madre mia, pero él las llevaba consigo; y tales documentos, ó le pertenecen, ó debió entregármelos, si es que cualquier casualidad los puso en sus manos.

—Vuestra falta de esperiencia no alcanza que todo eso pueda ser hijo de una intriga bien urdida.

—Señora, dijo Fernando IV, creéis inocente á Rodrigo, y no habrá razones ni pruebas que puedan convenceros de lo contrario.

—Tiene bien probada su lealtad.

—Y bien probado su delito.

—¿Es decir?...

—Que contra los pergaminos que le he encontrado, se necesitan otros, y no bastan razonamientos. Ya sabéis que mis parientes son los conspiradores mas temibles, y me maravillaba que Rodrigo, aunque bastardo, pero en realidad pariente tambien, me hubiese sido leal. Lo he querido como á ninguno de cuantos me rodean; sabéis que he depositado en él toda mi confianza; pero descubierta su traicion, lo castigaré si no justifica su inocencia.

—¡Don Fernando!

—Perdonadme, madre mia, pero estoy resuelto, añadió el monarca con entereza. Si pensábais pedirme la libertad de Rodrigo, escusad el disgusto que ha de causaros mi negativa. En esto, señora, me mostraré tan

firme como en la resolución que tomé de castigar á mi tío don Enrique.

Doña María contempló á su hijo por algunos instantes, y luego repuso:

—Don Fernando, el trono que ocupais debe mucho á Rodrigo, y yo tengo el deber de defenderlo.

—¿Qué quereis decir?

—Que yo tambien por mi parte estoy resuelta á que no se cometa una injusticia. Os ruego por esta sola vez que pongais en libertad al bastardo, bajo su palabra de honor, sin perjuicio de practicar toda clase de diligencias para descubrir á los autores de la intriga.

—Imposible, madre mia: el que ha conspirado contra la vida de su rey, no puede guardar su palabra.

—¿Teneis por sospechoso mi consejo?

—Lo tengo por equivocado.

—¿Os negais, pues?

—Resueltamente.

—Mirad que os lo ruega la madre que todo lo ha sacrificado por vos.

—Llegará un dia en que os alegréis de que yo no haya accedido á vuestro ruego.

—No olvideis que Rodrigo es el ídolo del pueblo.

El monarca contrajo la frente, y replicó con altivez:

—Yo arrojaré á ese pueblo la cabeza de su ídolo, y callará; pero si levantase la voz contra la justicia de su rey, rodarán muchas cabezas tras la del traidor.

—¡La cabeza del bastardo! exclamó doña María. ¡Oh!... no será, don Fernando, mientras yo viva.

—Ya veis cómo obré con acierto al no querer comprender vuestras primeras palabras.

—No os molestaré mas con ellas, repuso con amargura la madre del monarca.

—Madre mia....

—Quiero advertiros solamente, que si disponeis sin mi consejo de la vida de Rodrigo, me separaré para siempre de vos, diciendo á la faz del mundo que no os reconozco por hijo mio.

—¡Señora!...

—Dejemos, don Fernando, esta enojosa conversacion. No os pido permiso para que pueda ser el bastardo visitado por su esposa, porque supongo que vuestro injusto rigor no llegará al extremo de privar á ese inocente hasta de los consuelos de las personas á quienes ama.

—Hoy, repuso el rey, á la vez que se levantaba de su asiento, hablaré con Rodrigo para pedirle esplicaciones, y segun lo que de ellas resulte, fijaré el dia en que pueda verlo su esposa.

El monarca besó la diestra de su madre con ceremonioso respeto, y salió tranquilamente.

—¡Corazon de hielo! murmuró doña María.

Y volvió á quedar triste y pensativa, hasta que pasado un cuarto de hora la sacó de sus meditaciones Esther.

—¿Habeis hablado al rey? fué la primera pregunta que hizo la esposa del bastardo.

—Hace muy poco que acaba de salir de aquí.

—¿Y habeis conseguido?...

—Nada todavia.

—¡Oh! exclamó Esther con doloroso acento. Es una crueldad, una injusticia escandalosa...

—Sosegaos, que por ahora no corre peligro la vida de vuestro esposo.

—Señora, los abusos han comenzado, y no puedo estar tranquila. Como yo, más que yo conocéis á vuestro hijo, y bien sabéis que no se debe confiar.

—Tambien me conocéis á mí.

—¿De qué servirán vuestros esfuerzos? El rey os tranquilizará con palabras dulces, con promesas vagas, que á nada le comprometan, y entretanto obrará segun su capricho.

—El rey me respetará.

—Si le conviene, señora.

—¿Pensáis que nada valgo?

—La intriga y la traicion tienen armas, contra las que no hay defensa, porque sus golpes se sienten cuando hieren, pero no se ven cuando amenazan.

—Pues bien, la intriga nos ayudará, si no hay otro medio, y yo os aseguro que se salvará vuestro esposo.

—¿Pero entretanto no lo veré?

—El rey se niega por hoy; pero mañana, si tampoco dá su permiso, haré de manera que entreis en la prision, ó poco he de valer.

Los ojos de Esther se iluminaron; se contrajo su frente, y apretando los puños, dijo con acento amenazador: —

—Bien, señora; pero si vuestros nobles esfuerzos no sirven de nada, si pasan algunos dias sin que yo vea á

mi esposo para convencerme de que existe, ó su prision se prolonga, recurriré....

—¿Qué vais á decir? interrumpió doña María.

—¿Lo habeis adivinado?... Pues bien, ya sabeis que no lo intentaré en vano: tengo oro, Rodrigo cuenta con muchos partidarios, y el pueblo lo mira como á un dios...

—Esa seria la mas terrible acusacion de vuestro esposo.

—Pero tambien su salvacion, que es lo que me importa.

—Me estremeceis....

—Mucha sangre costaria la vida de mi esposo.

—Y la corona á mi hijo.

—Tal vez, porque los caballeros leales al rey le volverian la espalda.

—No tendreis que tocar ese extremo: os he dicho que se salvará.

—Quiéralo Dios, señora, porque ya sabeis cuánto lo amo, y en la locura de mi dolor no respondo de mis acciones.

—Hoy verá mi hijo á vuestro esposo, y este tal vez aclare el misterio que lo hace aparecer criminal.

—¡Un dia mas! dijo Esther. ¡Un dia mas!... ¡Dios mio!

Pocos momentos despues, la esposa del bastardo regresaba á su casa revolviendo en su imaginacion mil proyectos atrevidos.

mi esposo para convencernos de que existe, ó su prision se prolonga, recurriré...

—¿Qué vais á decir? ¡intermedio! ¡hola María!

—¿Lo habéis adivinado?... Pues bien, ya sabéis que

no lo intentaré en vano: tengo oro, habiendo estado con

muchos partidarios, y el pueblo lo mira como á un hijo...

—Esa sería la mas terrible acusacion de vuestro es-

pos.

—Pero tambien su salvacion, que es lo que me im-

porta.

—Me estremecéis...

—Mucha sangre costaria la vida de mi esposo.

—Y la corona á mi hijo.

—Tal vez, porque los caballeros leales al rey le volva-

rian la espalda.

—No tendríais que tocar ese extremo: os he dicho que

se salvará.

—Quiéralo Dios, señora, porque ya sabéis cuánto lo

amo, y en la locura de mi dolor no respondo de mis ac-

ciones.

—Hoy verá mi hijo á vuestro esposo, y esta tal vez

solare el misterio que lo hace aparecer criminal.

—En dia mas! dijo Esther: ¡In dia mas!

¡Dios mío!

Pocos momentos despues, la esposa del bastardo re-

gresaba á su casa revolviendo en su imaginacion mil

proyectos atrevidos.

—¡Es imposible!... Es la primera vez que esa palabra sale de tu boca. ¡Imposible para la que supo parlarse del abad de Valladolíd!

—Aquellos eran otros tiempos y otras circunstancias.

### CAPITULO XLIII.

—También tuviste que luchar con un hombre como don Gomez Garcia, que supo engañar á todo el mundo.

—Pero que estaba enamorado de mí; y un hombre enamorado pierde la cabeza.

—¿Esa es la promesa que me hiciste cumplir? De cómo doña María comenzó á cumplir su promesa.

—Ya os dije ayer que no hay esperanzas de conseguir del que te ama? Me equivocas, Violante, y he obrado con mucha ligereza lo que yo misma no podía cumplir.

—Vuestro deseo, que es el mío.

El monarca volvió á negar su permiso para que Esther visitase á su esposo, á pretesto de que todavía no habia tenido la esplicacion que deseaba, y doña María se convenció de que era lo mas acertado aprovechar el tiempo, si habia de cumplir su promesa.

Eran las cinco de la tarde, y la esposa de don Sancho estaba en su aposento con la traviesa Violante, que, como ya hemos dicho, no habia perdido nada de su antigua vivacidad, y estaba siempre dispuesta á sacrificarse por su señora.

—Es preciso, decia doña María, que Esther entre en la prision, y así se lo he prometido, confiada en que tú me sacarias del apuro.

—Pues habeis prometido un imposible, contestó Violante, y lo siento mucho.

—¡Un imposible!... Es la primera vez que esa palabra sale de tu boca. ¡Imposible para la que supo burlarse del abad de Valladolid!

—Aquellos eran otros tiempos y otras circunstancias.

—Tambien tuviste que luchar con un hombre como don Gomez García, que supo engañar á todo el mundo.

—Pero que estaba enamorado de mí; y un hombre enamorado pierde la cabeza.

—¿Es decir, que toda tu travesura consiste en abusar del que te ama? Me equivoqué, Violante, y he obrado con mucha ligereza lo que yo misma no podia cumplir.

—Ya os dije ayer que no hay esperanza de conseguir vuestro deseo, que es el mio.

—¿Y si yo te digo que quiero que lo consigas, aun cuando sea imposible?

—Me atormentareis.

—Pues aunque te atormente, es preciso, lo quiero.

—Acabareis por volverme loca.

—No importa, Violante.

—No he dormido la noche pasada, cavilando sobre esto mismo.

—¿Y no te se ha ocurrido nada de provecho?

—¿Qué ha de ocurrírseme? Don Rodrigo está encerrado en un sótano, cuya puerta, bien cerrada y forrada de hierro, la guardan dia y noche dos centinelas, que tienen las órdenes mas terminantes de no dejar que nadie se acerque allí.

—Pues hay que ganar la voluntad de esos hombres.

—Difícil es; pero aunque así se consiguiese, tenemos otro obstáculo.

—¿Cuál?

—El rey guarda la llave de la puerta, y solo con esa llave y una orden real se puede entrar, y no tenemos ni la una ni la otra.

—En cuanto á la llave, no es inconveniente.

—¿Cómo?

—Haciendo otra igual.

—Pero es menester sacar un molde.

—Lo encargaremos á tu marido, y él lo ejecutará mientras el rey duerme.

—Señora....

—Sé que es delicada la comision.

—Puede costarle la vida.

—¿No la arriesgará por servirme y por favorecer á su amigo?

—Sin duda.

—Ya ves que el asunto queda arreglado.

—Pero no pensais que, si bien Juan espondrá la vida por vos, no querrá ser traidor al rey....

—Tú lo convencerás.

—No lo aseguro.

—Violante, te he dicho que así lo quiero.

—Bien, señora, así será.

—Ahora pensemos cómo ganar á los centinelas.

—Ya sabeis que se relevan, y por consiguiente, no siendo siempre los mismos, ningun paso debe darse hasta tener la llave.

—Es verdad, pero me parece conveniente que tengamos ya meditado lo que has de hacer.

—El medio que puede dar resultado para unos, será inútil para otros, pues cada hombre tiene una debilidad distinta por donde atacarle. Para ganar la voluntad de los unos, lo mejor será el dinero, mientras que otros lo despreciarían, dejándose conquistar por distinta cosa.

—Tienes razón.

—¿No soy yo quien ha de hacerlo? Pues dejádmelo obrar á mi antojo, que cuando necesite consejo os lo pediré.

—Confío en tí.

—Ahora voy á decidir á mi marido, que es testarudo sin igual, pero que tiene también su parte flaca.

—No te detengas.

—Ni un instante.... Dios me saque con bien de esta empresa.

Violante hizo una reverencia y salió del aposento, yendo en busca de su marido.

A nadie es permitido escuchar las conversaciones privadas, íntimas, entre marido y mujer, y por esta razón no pasamos de la puerta del aposento de Violante, aunque nos quedemos sin satisfacer nuestra curiosidad por saber cuál era el lado vulnerable de Juan, ni el medio de atacarlo de que se valía su esposa. Solamente diremos, porque no sabemos más, que Juan empezó por enfadarse, oponiéndose á la petición de su mujer, que después entró en razonamientos sobre el asunto, luego dudó, y al fin cedió á todo, prometiendo hacer cuanto se deseaba.

El cargo que Juan desempeñaba en la servidumbre del rey, le permitia poder apoderarse de la llave y moldearla en cera, lo cual hizo aquella misma noche.

Vencida esta dificultad, la traviesa Violante fué al siguiente dia á dar la noticia á la reina, que la recibió con muestras de la mayor alegría.

—Se ha conseguido lo principal, dijo doña María.

—Antes del medio dia tendremos hecha una llave, pero nos falta que los centinelas dejen abrir.

—Me has prometido conseguirlo.

—Por Dios, señora, yo no os he prometido sino hacer lo que pueda.

—Lo que puedes es lo que deseamos. ¿No has vencido los exagerados escrúpulos de tu esposo? Pues mas fácilmente vencerás la fidelidad dudosa de los ballesteros.

—Probaremos esta misma noche.

—Y si no se consigue á la primera tentativa, no hay que desmayar, sino hacer otra.

—Ya tengo empeño en ello, no solamente porque vos me lo mandais, sino porque me interesa la suerte de don Rodrigo, y porque está picado mi amor propio.

—Entonces lo cuento como cosa hecha.

—Esta noche deberá venir la esposa del bastardo y esperar la hora oportuna.

—¿Pero ya tendrás formado tu plan?...

—Sí.

—Quiero saberlo.

—Dejadme el placer de causaros una sorpresa: contentaos con saber que tengo seguridad de salir bien.

—¿Y si hay algun inconveniente en el que tú no has pensado?

—Os respondo de todo.

—En ti confio.

—Estad tranquila.

—Bueno seria que fueses á ver á la esposa de don Rodrigo.

—Lo haré para que deje su venida para la noche.

—Es prudente que no la vean entrar con mucha frecuencia aquí, porque tal vez sospecharian que intriguamos.

—Le diré que no venga hasta las diez.

—Al contrario, debe venir al anochecer, para no llamar la atencion con su visita á una hora tan avanzada.

—No faltará quien observe, y vea que entra y no sale.

—Eres mas precavida que yo.

—He pensado en todo: dejadme obrar, si quereis que el asunto marche bien.

—Haz lo que mejor te parezca.

Violante se despidió de doña María, y se fué en busca de Esther para convenir el mejor modo de obrar con mas disimulo.

A las diez de la noche, poco mas ó menos, la esposa de Rodrigo entró en el alcázar, cubierta con un ancho albornoz; y con la fortuna de no encontrar á ningun cortesano en las habitaciones que atravesó, llegó á la de doña María, que la esperaba en compañía de Violante.

—¿Os ha visto alguien? preguntó la reina.

—Nadie, contestó Esther, sino los arqueros que están

en el zaguan, y que apenas han fijado su atencion en mí.

—Esperaremos, dijo Violante, á que se retiren los caballeros que están en el cuarto del rey.... Nó, mejor será ahora mismo.

—¡Cuánto os debo! exclamó Esther.

—Yo, dijo Violante, obedeciendo cumplo con mi deber....

—Y yo con mis deseos, añadió la reina.

—Si el rey llegase á saber lo que habeis hecho por mí.... ¡Oh!... me estremezco solo al pensarlo.

—Esperadme aquí, que pronto vuelvo, dijo Violante.

Y salió del aposento, llevando una lámpara, atravesó un corredor, bajó una escalera, y dejando atrás un patio, llegó en pocos momentos á la puerta de la prision de Rodrigo.

Dos ballesteros vigilaban sentados en un banquillo, hablando y riendo para entretener el tiempo.

Un farolillo sucio alumbraba aquel sitio, que como saben nuestros lectores, era un pasillo lóbrego y húmedo.

Los soldados estaban junto á la puerta, y solo el eco de sus voces y de sus risas interrumpia el silencio que allí reinaba. Al ver á Violante, á quien todos conocian, interrumpieron su alegre conversacion y se levantaron respetuosamente.

—Estaos quedos, les dijo la antigua doncella, que ya sabeis que no soy amiga de ceremonias.

Y mientras hablaba así, fijó en los ballesteros una escudriñadora mirada, y vió que eran dos hombres del mas grosero y rudo aspecto.

—¿Conoceis á mi esposo? añadió.

—Sí, señora.

—¿Y no lo habeis visto pasar?

—Nó, señora.

—Entonces es casi inútil seguir adelante, porque tampoco lo encontraré por aquí. No ha salido de palacio, y sin embargo, no doy con él, y el rey lo manda llamar con urgencia.... Dios os guarde.

Violante volvió atrás con fingido mal humor y verdadera prisa, y entró con alegre semblante en el aposento de la reina.

—Creo, dijo, que saldremos con bien.

—¡Dios mio! exclamó Esther, cuyas manos temblaban convulsivamente.

—¿Tan pronto has ganado la voluntad de los centinelas?

—Ya es hora de que os explique mi plan, repuso Violante, á la vez que sacaba un pergamino.

—¿Qué es eso?

—Un privilegio de una alcabala, con el sello real.

—Pero....

—Los soldados que guardan á don Rodrigo, no saben leer, estoy segura de ello, pero conocen, ó creen conocer, el sello del rey.

—¡Violante!

—Este será el real permiso para entrar en la prision, y la prueba el que llevamos la llave que guarda S. A., convertido en carcelero por un capricho sin igual.

—Pero lo natural seria que llevase el permiso y la

llave un escudero, ó cualquier otro criado del monarca.

—Efectivamente; pero como no se encuentra á mi esposo, que debia desempeñar la comision, el rey me ha mandado que acompañe á esta señora.

—Eso es una locura, dijo la reina.

—Que nos costará muy cara si no tenemos serenidad. ¿Pues acaso pensábais que sin correr un grave riesgo podia conseguirse entrar en la prision? Me habeis dicho que todo lo arrostrará, y no puedo hacer mas. Para ganarse la voluntad de los centinelas, se necesita tiempo, y este nos falta, porque los relevan á menudo; y como ya os dije, lo que con unos adelantásemos no serviria para los otros. Valor, pues, y triunfaremos. Nadie corre mas peligro que yo, porque á esta dama la disculpa el natural deseo de ver á su esposo, y yo con nada puedo escusarme.

—Yo no puedo aceptar ese sacrificio, dijo Esther, cuyo rostro estaba cadavéricamente pálido.

—¿Renunciáis á ver á vuestro esposo?

—Sí; sacrificio por sacrificio, yo debo hacerlo.

—Señora, replicó doña María, id sin temor, que si desgraciadamente se descubriese la intriga, yo sabré poner á Violante á cubierto de todo. No perdais tiempo.

—¡Gracias, señora! exclamó Esther, que cubrió de besos las manos de la reina y las regó con sus lágrimas.

—No vais á visitar á vuestro esposo, vais á sacarlo de su encierro: que huya lejos de Castilla hasta que con el tiempo se pruebe su inocencia.

—Es demasiado....

—Así lo quiero, replicó doña María.

—¡Dios mio, dadme valor! exclamó Esther.

Y enjugó el llanto, hizo un esfuerzo para aparecer tranquila, y dijo á Violante:

—Estoy dispuesta.

Salieron del aposento, y la reina se arrodilló para rezar.

Cuando Esther y Violante llegaron á la puerta de la prision, los ballesteros cantaban alegremente.

—¿Otra vez por aquí? dijo uno de ellos al ver á las damas.

—Todos los hombres sois iguales, replicó Violante con tono de mal humor.

—Es verdad, contestó el soldado.

—No se os encuentra mas que cuando habeis de estorbar.

—¿Sigue perdido vuestro esposo?

—Sí, lo cual ha sido causa de que yo tenga que volver aquí para acompañar á esta dama.

—La conozco, dijo uno de los ballesteros mirando á Esther, que apenas podia sostenerse.

—Tanto mejor, repuso Violante. Aquí hace un frio que hiela, y quisiera despachar en seguida.

—¿Qué quereis?

—Mirad esta órden de S. A.

Uno de los soldados tomó el pergamino, vió el sello, y lo dió á su compañero, diciéndole:

—Sellado por el rey, pero no sé lo que dice.

—A mí me estorban las letras, repuso el otro.

—Vos direis lo que aquí se manda.

—Que se permita á esta dama entrar á ver á su esposo.

—Pero si el rey tiene la llave....

—Me la ha dado: tomad y abrid.... ¡Qué frio tan húmedo!...

Uno de los ballesteros se encogió de hombros y tomó la llave.

—¿Vais á entrar las dos? dijo.

—Yo me quedaré aquí esperando.... En verdad que ha sido capricho del rey el hacerme venir, como si yo fuera algun paje. Señora, despachad pronto, porque si no me quedaré helada.

Los soldados creyeron de buena fé que el pergamino era la licencia dada por el rey, mucho mas al ver la llave. Así fué que, sin dar ninguna importancia al asunto, abrieron la puerta y dejaron á Esther el paso libre.



— Vos diréis lo que aquí se manda.

— Que se permita á esta dama entrar á ver á su ca-  
po.

— Pero si el rey tiene la llave... y él mismo la ha-  
— Me la ha dado: tomad y abrid... ¡Qué frío tan hu-  
medo!

Uno de los balusteros se encogió de hombros y tomó  
la llave.

— Vais á entrar las dos? dijo.

— Yo me quedaré aquí esperando... En verdad que  
ha sido capricho del rey el hacernos venir, como si yo fué-  
ra algún paje. Señora, desahaced pronto, porque si no  
me quedaré helada.

Los soldados creyeron de buena fe aquel pergamino  
era la licencia dada por el rey, mucha más al ver la  
llave. Así fué que, sin dar ninguna importancia al sa-  
lo, abrieron la puerta y dejaron á Esther el paso libre.



## CAPITULO XLV.

De la entrevista de Esther con Rodrigo.

La rojiza y vacilante luz de la lámpara que Esther habia tomado de manos de Violante, esparció trabajosamente su claridad en el interior del negro calabozo, donde la atmósfera era húmeda y espesa.

No pudo reprimir Esther un grito de terror al entrar en aquel hediondo aposento, donde los piés se resbalaban en el mojado piso, y donde casi la cabeza tocaba al abovedado techo, en cuyas anchas grietas anidaban mil asquerosos insectos.

Rodrigo estaba recostado en un montón de paja que habia en el mas apartado rincon, y aunque oyó crujir la puerta, no miró quién entraba, porque pensó que seria el encargado de llevarle la comida, única persona á quien el rey daba la llave, que habria ido, como otras veces, á preguntarle si necesitaba alguna cosa; pero al oír el grito

de espanto exhalado por Esther, volvió la cabeza, y reconociendo á su esposa, se levantó precipitadamente, mientras que ella corria para echarse en sus brazos.

—Por fortuna, Esther tuvo la precaucion de dejar la lámpara en el suelo, pues á no ser así, se hubiesen quedado á oscuras.

Un estrecho abrazo unió á los esposos, cuyos corazones palpitaron con estremada violencia.

—¡Esposa mia! exclamó el bastardo con voz conmovida.

—¡Rodrigo! murmuró Esther, de cuyos ojos salia en abundancia el llanto.

Siguióse un profundo silencio, interrumpido solamente por los sollozos de Esther y por la agitada respiracion de Rodrigo.

—¡Qué emocion á la vez tan dulce y dolorosa conmovia sus almas!

—¡Ya no nos separaremos! exclamó al fin Esther, oprimiendo mas y mas contra su pecho á su esposo.

—Espícate, dijo este. ¿Cómo te ha permitido el rey venir? ¿Acaso se ha convencido de mi inocencia? ¿Se ha descubierto la trama infame que me tiene aquí precisamente por uno de mis hechos mas leales?

—Nó, Rodrigo: el rey se muestra inflexible; su corazón de piedra ha sido insensible á mis ruegos y á mis lágrimas; ha cerrado sus oídos á la voz de la justicia, del deber y de la gratitud....

—¿Has suplicado al rey, has llorado en su presencia? interrumpió Rodrigo, cuya frente se contrajo.

—Sí, le he suplicado....

—¡María! exclamó el bastardo, apretando los puños con despecho. ¡Mi esposa se ha humillado ante ese niño sin corazón, ante ese niño déspota y cruel!... ¡Has ido á pedir un perdon humillante que no necesito, porque no soy criminal!... ¡María!...

—He pedido, replicó la dama, tu libertad, en nombre de la justicia, y si á mis ojos asomó el llanto, lo arrancó el dolor, y no la debilidad; si supliqué, fué para que el rey escuchase el grito del deber, y no para que te perdonase un crimen que no has cometido. Tu esposa es digna de ti....

—Perdona si he dudado....

—Tuve el valor suficiente para echar en cara á ese niño cruel su ingratitud, para decirle que te debe su corona y la autoridad de que ahora abusa!...

—¡Bien, esposa mía!...

—Y cuando intentó insultarme con su loca arrogancia de niño, le recordé su debilidad, le amenacé con el pueblo, que acudiría á mi voz....

—Y si muero sabrás vengarme; vengar mi honor ofendido....

—No morirás, Rodrigo, porque he venido á sacarte de aquí.

—Imposible, María.

—Nada mas fácil. La reina, con ayuda de Violante y del marido de esta, ha proporcionado la llave con que hemos abierto, y los soldados que guardan la puerta creen que he venido con la licencia del monarca. Nada

resiste á tus fuerzas, y costará poco trabajo encerrar aquí á esos dos ballesteros que nada recelan.

—¡Huir como un criminal, como ha huido el infame don García!... ¡Jamás, jamás!

—¡Rodrigo!

—Yo no saldré de aquí sin que se declare mi inocencia.

—Peligra tu vida.

—Lo sé: las apariencias me condenan, y mi sangre satisfará la cólera del rey.

—¡Piensa en mí, Rodrigo! exclamó Esther con tierno y suplicante acento. ¡Piensa que si mueres, moriré yo también desesperada, atormentada horriblemente!

—¡Escusa quitarme el valor con tu debilidad! replicó el bastardo con firmeza. La honra es antes que la vida; y mas vale morir protestando contra la injusticia del rey, que salvar la vida huyendo, pero bajo el peso de una acusacion deshonrosa.

—Salva la vida, que tiempo te queda para justificarte; pero si mueres, aunque al siguiente de tu sacrificio se reconozca tu inocencia, ya será tarde.

—Espero, María, que, aunque no tengo pruebas, mis razones convencerán al monarca, y me sustituirá en este calabozo mi delator, que debe serlo don Enrique de Alvarado; pero si así no sucediese, me resignaré con mi desgracia y sabré morir como hijo de don Alonso el Sábio y como hermano de don Sancho el Bravo.

—Pues bien, repuso Esther con vehemencia; si te niegas á seguirme, si un escrúpulo de honor mal enten-

dido puede en tí mas que el amor á la vida y el amor á tu esposa, me quedaré contigo y correremos la misma suerte.

—¿Qué intentas?

—Estoy resuelta á no moverme de aquí.

—Es una locura.

—Yo tambien quiero cumplir con mi deber de esposa, quiero vivir ó morir contigo.

—¡Me atormentas, María!

—¿Has escuchado tú mis ruegos?

—¿Pero no piensas que así comprometerás á la reina y á Violante? ¿Quieres pagarles con un mal su generoso beneficio? ¿Quién, sino ellas, te han abierto la puerta de esta prision, arriesgando quizás sus vidas?

Esther bajó tristemente la cabeza, y por sus megillas corrió abundante llanto.

—¡Tenemos que separarnos! murmuró con voz débil.

—Por hoy no mas, dijo Rodrigo, que se esforzaba por aparecer tranquilo para infundir valor á su esposa. Mañana tal vez tengas ocasion de volver á entrar aquí como hoy. Además, necesito saber lo que se dice de mí, lo que pasa en la córte, porque tal pudiera ser el estado de las cosas, que me decidiera á escapar.

Un rayo de alegría brilló como una centella en los ojos de Esther: esta levísima esperanza reanimó su aliento y tranquilizó la agitacion violenta de su espíritu.

—Todo lo sabrás, todo lo que suceda, lo que se diga, lo que maquinen los conspiradores, porque ya sabes que cuento con la decidida ayuda de la reina, de Violante y

de Juan en palacio, con la de don Alonso entre los nobles, y con oro en abundancia para pagar espías.

—Nada me has dicho de don Alonso....

—Tuvo una entrevista con el infante....

—¿Sobre los amores de su hijo?...

—Sí: don Juan dijo que no consentiría en semejante boda....

—¿Y don Alonso?...

—Tomó abiertamente la defensa de su hijo....

—¡Desdichados jóvenes!...

—Pero ahora no se ocupa sino de tu suerte, y jura que por primera vez en su vida se rebelará contra el rey, si no hace justicia á tu lealtad.

—¡Noble corazón!

—¡Cuánto alivian sus dulces consuelos mis dolores!

—El tiempo pasa sin sentir, dijo Rodrigo, y pueden sorprendernos, porque á esta hora suelen venir á preguntarme si necesito alguna cosa.

—¡Tan pronto!...

—Vete, María.

—¡Adios, Rodrigo!

—¡Adios!...

Un estrecho abrazo volvió á unir aquellos pechos amantes, y despues de algunos momentos se separaron.

Salió Esther casi ahogada por la emociion; uno de los ballesteros cerró la puerta, dió la llave á Violante, y esta dijo entonces á los soldados:

—Si haceis traicion no guardando bien al preso, os

cortarán la cabeza; si, aunque sin mala intencion, os dejais engañar, os la cortarán tambien.

— Ciertamente, contestaron los soldados.

— Pues bien, repuso la atrevida dama, os hemos engañado, porque esta es una llave falsa y este pergamino no es lo que os figurais; y por consiguiente, para guardar vuestra cabeza, teneis que guardar el secreto.

— ¡Vive Dios!

— Además, siempre que os toque estar de centinela aquí, vendremos, y si nos negais la entrada....

— ¡Os habeis burlado de nosotros!...

— Tomad, replicó Violante dándoles un bolsillo lleno de monedas de plata. Bebed á la salud de don Rodrigo, y estad descuidados.

Y cogiendo de una mano á Esther, la llevó tras sí.



contará la cabeza, si aunque sin mala intención, os de-  
 jais engañar, os la contarán también.  
 —Ciertamente, contarán los soldados.  
 —Pues bien, repuso la atrevida dama, os hemos en-  
 gañado, porque esta es una llave falsa y este pergamino  
 no es lo que os figurais; y por consiguiente, para guar-  
 dar vuestra cabeza, tenéis que guardar el secreto.  
 —Vive Dios!  
 —Además, siempre que os toque estar de centinela  
 aquí, vendremos, y si nos negais la entrada...  
 —(Le habéis puesto de nosotros).  
 —Tened, repuso, delante de vós un bolsillo lleno  
 de monedas de plata. Sed á la salud de don Rodrigo, y  
 estad descuidados.  
 Y cogiendo de una mano á Esther, la llevó tras sí.



## CAPITULO XLVI.

De cómo don Alonso empezó á tomar parte activa en el asunto de Rodrigo.

No se hablaba en la ciudad de otra cosa que de la prision del bastardo, y nadie acertaba á comprender cómo el monarca se habia atrevido á proceder contra un hombre, que aparte de los servicios que habia prestado al trono, contaba con tantos partidarios, y sobre todo con el pueblo, que lo miraba con especial cariño; y la estrañeza de todos creció mas, al saber que el señor de San Lúcar, cuya rectitud era proverbial, estaba de parte de Rodrigo, y aunque con mucha reserva, habia mostrado su descontento, y aun se habia dejado decir que la prision era una injusticia intolerable. Murmuraba el pueblo bajo, los nobles estaban descontentos, y solo el infante don Juan, don Enrique y los suyos, se regocijaban con lo sucedido, porque significaba el triunfo de sus maquinaciones.

Para la interesante Sol habia sido una desgracia la prision del bastardo, pues decidido este como estaba á proteger sus amores con don Juan Alfonso, habia concebido grandes esperanzas la doncella, que lloraba noche y dia; y sin que bastasen á estorbarlo los consuelos de su cariñosa madre, su llanto y sus dolores acortaban su vida.

El Brujo, entretanto, seguia haciendo sus entradas nocturnas en la poblacion y situándose bajo las ventanas de la doncella, no solo con la intencion de arrancar enamorados corazones para llevarlos á su palacio, sino tambien con el fin de aprovechar la primera ocasion favorable á sus deseos. El tiempo, en vez de apagarla, encendia mas y mas su violenta pasion; y por ella dominado, ciego y loco, aquel hombre con instintos de fiera, impaciente por satisfacer sus deseos impuros, habia ya pensado en atropellarlo todo y arriesgar de una vez la vida para conseguir de una vez tambien el logro de sus afanes. La prision de Rodrigo habiale infundido mayores ánimos, porque, como ya sabemos, era el único hombre á quien tenia miedo; y tranquilo por esta parte, solo sentia que don Juan Alfonso no estuviese en Valladolid, porque esto le privaba del placer de poder asesinarlo y arrancarle el corazon.

En tal estado se encontraban los personajes de esta historia: fáltanos solamente decir que don Alonso Perez de Guzman habia escrito á su hijo, mandándole que volviese á la córte, y que el mancebo debia llegar muy pronto, porque sin duda alguna, para obedecer esta ór-

den se apresuraria mas que para cumplir la que lo habia separado del objeto de su amor.

Habian pasado dos dias desde que Esther logró introducirse en la prision de su esposo, y el monarca no habia determinado aun que se pidiesen esplicaciones al preso, ni pedírselas él, lo cual empezaba á impacientar al señor de San Lúcar, y le habia casi decidido á tocar esta cuestion con el monarca.

Eran las once de la mañana, y el noble don Alonso, muy pensativo y de malísimo humor, disponíase á salir de su casa para ir á visitar á Esther, cuando en la calle resonaron pisadas de caballos, que parecian caminar al galope, y algunos momentos despues, don Juan Alfonso de Guzman entraba en el aposento y se arrojaba en los brazos de su padre.

—¡Vive el cielo, don Juan Alfonso, dijo el señor de San Lúcar, que me habeis dado la mas grande sorpresa!

—¿No me esperábais tan pronto? replicó el mancebo.

—Nó, á fé mia, y forzosamente habeis caminado toda la noche para llegar á esta hora.

—Sin descanso he corrido para obedeceros, padre mio, y para satisfacer mis deseos de abrazaros. Pero ante todo decidme si es cierta la noticia que ha llegado á Toledo de que don Rodrigo se encuentra en una prision y se le acusa de complicidad en el atentado contra la vida del rey. Vuestra carta nada dice de esto, y yo no lo he creído; pero como hace algun tiempo que suceden cosas tan estrañas, puede muy bien nuestro amigo haber sido víctima de alguna intriga infame.

—Así es la verdad, contestó don Alonso.

—¿Qué decís? ¡Preso don Rodrigo!

—Si.

—¿Pero de qué se le acusa?

—De lo que os han dicho en Toledo.

—Es imposible, padre mio. ¡Traidor y asesino!...

—¿Creeis que está inocente?

—Lo creo, como supongo que os sucederá á vos.

—Pues esa es la opinion general; pero desgraciadamente se le han encontrado unos documentos que lo comprometen mucho, que prueban casi su delito.

—Pero todo eso debe ser efecto de alguna intriga.

—Tal pienso, pero es lo positivo que se encuentra encerrado y vigilado cuidadosamente; y en tal apuro, los que á pesar de las apariencias estamos convencidos de su lealtad, debemos ayudarle á triunfar de sus enemigos. Por el pronto pelagra su cabeza; y como es tan querido del pueblo, temo que ocultamente se le quite la vida para quitar toda ocasion de alboroto.

—Me haceis estremecer, repuso el mancebo, que por un instante se habia olvidado de doña Sol, objeto de sus constantes pensamientos.

—Todo debe esperarse, porque el rey desconfia de cuantos le rodean.

—Padre mio, salvemos la vida de nuestro amigo.

—Para que ayudeis, si es necesario, os he mandado venir.

—Espero vuestras órdenes.

—Ahora descansad, que bien lo necesitais, y entretan-

to iré á ver al monarca para anunciarle vuestra venida.

—¿Nada mas teneis que decirme?

—Voy á salir, y á mi vuelta hablaremos mas despacio, contestó don Alonso. Ahora no tengo que daros otra noticia mas, sino que de vos he hablado con el infante don Juan.

El mancebo palideció y no se atrevió á decir una palabra sobre este asunto.

—Y el infante, añadió don Alonso, te niega la mano de su hija.

Un rayo que hubiese caído á los piés del enamorado mancebo, no lo hubiera dejado tan aturdido como las palabras de su padre. ¿Por qué este habia pedido la mano de doña Sol, despues de haberse opuesto á semejantes amores? ¿Qué habia resuelto en vista de la negativa del infante? ¿Habia mejorado su situacion? Tales dudas, no solo escitaron vivamente su curiosidad, sino que le atormentaron mucho, pero no se atrevió á hacer ninguna pregunta, por temor de incurrir en el encjo de su padre.

Este comprendió lo que sufría su hijo, y no queriendo atormentarlo inútilmente, mas cuando estaba decidido á proteger sus amores, le dijo:

—Habeis sabido dominaros, y esto os reconcilia conmigo, don Juan.

—¡Gracias, padre mio! exclamó el doncel besando repetidas veces las manos de su padre.

—He dicho al infante que á pesar de su negativa sereis esposo de doña Sol...

— ¡Padre mio!

— Pero tened prudencia.

— ¡Cuánto os debo! ¡Qué feliz me haceis!

— Aun no debeis consentiros á lograr lo que tanto anhelaís; pero os prometo mi ayuda.

— Sí, sí, será mia, y á vos os lo deberé, repuso don Juan Alfonso con toda la vehemencia de su ardiente pasion.

— No os dejeis arrebatat por la alegría de lo que no es mas que una esperanza. Además, no podemos ahora ocuparnos de vuestro amor, porque tenemos que cumplir otros deberes.

— No los olvido, padre y señor; ya sabeis cuánto amo á la hija del infante, pero ante todo es acudir á nuestro amigo y salvarlo del peligro que le amenaza.

— Tampoco sabemos lo que sucederá en los negocios públicos, porque el infante y sus partidarios conspiran con mas atrevimiento que nunca, animados por el triunfo que han conseguido con la desgracia del bastardo, y esto debe llamar nuestra atencion.

— Vos dispondreis, padre mio, con la sabiduría de vuestra esperiencia, y yo os obedeceré ciegamente.

Algunas palabras mas se cruzaron entre don Alonso y su hijo; y despues que este se retiró á descansar, aquel salió para ir á ver al rey.

Cuando el noble caballero llegó á la morada real, salia don Enrique de Alvarado con alegre semblante: sin duda acababa de asestar con buen resultado algun nuevo golpe á nuestros amigos, y así lo pensó don Alon-

so, aunque por naturaleza jamás sospechaba de nadie.

—Mucho me alegro de veros, don Alonso, dijo al caballero el monarca. Hace algunos días que escaseais vuestras visitas.

—Señor, gravísimos negocios me tienen ocupado.

—¿Habeis tenido noticias de vuestro hijo?

—Acaba de llegar á Valladolid, y vendrá á ponerse á vuestras órdenes, si le dais licencia.

—¿Por qué no os ha acompañado?

—Porque aun no ha tenido tiempo de quitarse la armadura y mudar sus vestidos; pero entretanto, me he apresurado á participar á V. A. su llegada.

—Pronto ha sido su vuelta.

—Antes de lo que yo pensaba, señor; pero así lo he dispuesto en vista del aspecto que toman las cosas....

—¿Temeis nuevas maquinaciones?

—Todo debe esperarse, cuando se vé que los que siempre han sido mas fieles á la causa del trono y de la justicia, son precisamente los mas traidores.

El monarca miró fijamente al caballero, y luego repuso:

—¿Lo decís, acaso, por Rodrigo?

—Precisamente á él me referia.

—¿Dudais vos tambien?...!

—No dudo de la justicia de V. A., señor, contestó Guzman con severo tono.

—Don Alonso, replicó el rey con marcada intención, vuestro hijo acaba de llegar, y esta es la primera vez que me hablais del bastardo.

—Abusan de vuestra inesperienza, señor. El que ha venido á decirnos que don Juan Alfonso estaba en Valladolid, es un menguado, porque ha querido dar cierto carácter de gravedad á una cosa en extremo sencilla. Defiendo á don Rodrigo, y lo defenderé porque está inocente, pero no he menester, señor, para cumplir con el deber de mi conciencia, la ayuda de nadie. ¿Tengo algo que temer? prosiguió el caballero con la firmeza que usaba, hija de su carácter, y apoyada en la autoridad de lo que valia. ¿Me acusan tambien á mí de traidor? Ya han logrado privaros de la mejor espada de Castilla, pero no harán lo mismo conmigo, porque soy el señor de San Lúcar y puedo aniquilarlos. Sabed, señor, que mi hijo ha venido para ver á doña Sol, porque se aman y quiero que se casen.

—Lo sé, don Alonso, pero mi tio....

—Se niega y me ha jurado no consentir en semejante union; pero lucharemos y el tiempo dirá de quién es la victoria.

—¿Pero cómo es que no habeis hablado de Rodrigo estos dias?

—Porque pensé que V. A. comprenderia que todo es obra de los conspiradores, y que el bastardo ha sido víctima de una intriga infame; pero no ha sucedido así, su prision se prolonga, su reputacion padece, y ni aun á su esposa se le ha permitido ver.

—Don Alonso, vos tenéis derecho á decirme lo que ningun otro, pero en esta ocasion os ha cegado la amistad que profesais á Rodrigo. ¿Qué pruebas podrá ale-

gar en contrario de los documentos que atestiguan su complicidad con don García?

—¿Cómo explica él la circunstancia de tener en su poder los pergaminos acusadores?

—Lo ignoro.

—¿Es decir que no se le han pedido esas explicaciones?

—Nó.

—¿Se le niega el derecho de defenderse?

—¡Don Alonso!...

—Tales dilaciones, señor, solo la mala fé puede haberlas aconsejado á V. A.

—Es que no pensais que toda explicacion es vana contra documentos.

—Esa será la opinion de vuestros enemigos, pero no la mia.

—Bien puede teneros el bastardo por amigo.

—Bien puede llamarme la justicia y la razon, que no dejaré de responderles.

—No he obrado por consejos de nadie.

—Entonces habrá determinado V. A. tener encerrado á don Rodrigo hasta que Dios disponga de su vida: á ser de otro modo, no se comprende que dejáseis pasar un día y otro dia sin provocar una explicacion que tal vez pruebe su inocencia.

El rey contempló á don Alonso como si dudase seguir una conversacion en la que el caballero hablaba con demasiada libertad, quizás con insolencia; pero Guzman tenia el privilegio de decir á los reyes amargas verdades,

sin que pudieran tomarse por falta de respeto. Todos conocían la severidad, la dureza de su carácter, y sabían que sus palabras no eran dichas nunca con la intención de ofender, sino con la de defender la justicia. Guzman había sacrificado á un hijo por su pátria y por su rey, y el que tal hace tiene derecho á que no se dude ni remotamente de su lealtad: además, su rango, sus riquezas, y su influencia con nobles y plebeyos, lo colocaban en una posición especial, y lo mismo que don Alonso el Sábio, don Sancho el Bravo y su hijo discutían con él casi como de igual á igual.

—En resúmen, don Alonso, dijo el rey después de algunos momentos de reflexión, ¿estais decidido á tomar la defensa del bastardo?

—Enteramente decidido, señor.

—¿Y si os equivocáseis con respecto á su inocencia?

—Seré el primero que pida su castigo.

—Bien sabéis, repuso el monarca, que á pocos, ó quizás á ninguno de los que me rodean, he querido como al bastardo; pero por lo mismo ha escitado mas mi enojo, porque es mayor el crimen cuando se abusa de la confianza.

—Es verdad, pero ese abuso no existe.

—¿Podéis asegurarlo?

—Sí, señor.

—¿Y en qué fundais vuestra opinion?

—Conozco lo bastante á don Rodrigo para no titubear en declararle inocente.

—¿Y cómo se explica el que tuviese en su poder los pergaminos que lo acusan?

—Esa esplicacion podrá él darla; pero si para ello no tiene la ocasion, porque no se le pregunta, jamás podrá justificarse.

Quedó el monarca pensativo por largo rato, sin dar muestras de lo que sentia con respecto á Rodrigo, pues rara vez en su semblante de hielo podia traslucirse lo que pasaba en su interior; pero es la verdad que la calunnia habia abierto en su alma honda huella, y por mas que el juicio la rechazase, se inclinaba siempre á condenar al bastardo. Al fin, despues de aquella meditacion, dijo á don Alonso:

—Voy á daros una prueba de cuán desapasionadamente juzgo en este asunto.

—Eso cumple á la grandeza de los reyes, señor.

—Venid conmigo, don Alonso, y presenciareis la entrevista que voy á tener con el bastardo. ¿Puedo ser mas imparcial? Así, cuando se me acuse de haberme dejado arrebatar locamente, cuando á mi justicia se la llame justicia de niño, vos contestareis por mí.

Fernando IV, sin mas compañía que la de Guzman, salió de la cámara y se dirigió á la prision de Rodrigo.



— Por expiación heis de darla, pero si para ello no  
 tiene la ocasión, porque no se le pregunta, jamás podéis  
 justificaros. — ¿Y cómo se justificará? —  
 — Quehó el monarca penitente por largo rato, sin dar  
 respuesta de lo que se le preguntaba, y por último, pues  
 era ya tarde, en un momento de debilidad, trascurrido lo  
 que quedaba de su intención, pero en la tarde que la ca-  
 jamas había abierto en su alma honda herida, y por  
 mandato el juicio le renovase, se inclinaba siempre á  
 confesar el pecado. Al fin, después de mucho medita-  
 ción, dijo á don Alonso: — ¿Qué me aconsejáis?  
 — Voy á daros una prueba de vuestra desconfianza.  
 abe de pagaros el diezmo, como si yo no fuera el  
 — Eso como á la granada de los reyes, ¿verdad?  
 — Venid conmigo, don Alonso, y presenciaréis lo que  
 voy á hacer con el diezmo. — ¿Qué he de  
 mas imparcial? Así cuando se me ocurre de irme de  
 esto me habéis de contar, cuando á mi justicia se la  
 llama justicia de otros, vos contadme por mí, y en  
 confirmación de lo que me contáis que la de Granada  
 salió de la cámara y se dirigió á la puerta de Rodrigo.



## CAPITULO XLVII.

De cómo las esplicaciones enredaron mas el asunto.

Rodrigo estaba recostado en el monton de paja, y sobre su pálido rostro se derramaban los escasos resplandores que penetraban por la estrecha reja del sótano. Su vista, acostumbrada ya á la casi oscuridad de aquel lóbrego recinto, pudo reconocer en seguida al rey y á don Alonso, y levantándose con la frente contraída y la mirada severa, quedó en actitud respetuosa, pero un tanto altiva. Antes de hablar contempló el monarca por breves instantes al acusado, y le llamó la atencion aquel aspecto de serenidad, que tomó por audácia.

Guzman no dijo una palabra á su amigo; y colocándose cerca de una de las paredes, cruzó los brazos y se dispuso á escuchar y ser mudo espectador de la escena que se preparaba.

Estensas, pensaba el rey, que serian las esplicacio-

nes del bastardo; pero se equivocaba, porque este mas bien estaba dispuesto á hacer acusaciones, que á justificar su conducta.

¿Cómo empezar la conversacion? Dificil era, si habia de procederse con acierto, y esto obligó al monarca á guardar silencio por algunos instantes, hasta que al fin, como si repentinamente se hubiese decidido á hablar, dijo:

—Supongo que en los dias que llevais aquí habreis tenido tiempo para ordenar vuestros recuerdos y darme las esplicaciones que han de justificar vuestra conducta.

—Sí, señor, contestó Rodrigo con voz serena. Si mis recuerdos son lo mas importante, lo que debe influir en mi suerte, nunca como en los dias que llevo aquí han acudido á mi memoria tan vivos.

—Esplicaos, pues.

—Recuerdo, señor, una época lejana en que tambien, como ahora, víctima de una intriga infame, estuve en un aposento lóbrego; pero mi encierro duró pocas horas, y salí mas honrado que cuando entré.

—Bien, pero...

—Recuerdo, señor, la época en que V. A., sin mas refugio que el seno maternal de doña María...

—No son esos los recuerdos que hacen falta ahora, interrumpió el monarca, cuya frente se contrajo.

—V. A. querrá recuerdos mas cercanos...

—Los que tienen relacion con el crimen de que se os acusa.

—Son tan tristes! dijo con amargura el bastardo. Lo

que nos rodea es cuanto tengo que decir á V. A. Aquí estoy, señor, como el mas abominable criminal, sin mas lecho que ese monton de miserable paja....

—No he venido á escuchar vuestras quejas, replicó don Fernando con áspero tono; he venido á deciros que sois criminal, segun las apariencias, y que si podeis justificaros.

—Sin duda V. A. ha olvidado el juramento que hice.

—No es bastante; para desmentir lo que dicen los pergaminos que llevábais, es menester que deis esplicaciones; si todo el que delinque pudiera probar su inocencia jurando, no habria ningun criminal.

—Mi juramento vale tanto, señor, que no necesita ningun apoyo. Juré que era inocente, y esto basta para quien, como yo, tiene probada en tan alto grado la limpieza de su honra.

—Mucha es vuestra arrogancia cuando vuestra cabeza pertenece al verdugo.

—¿Qué importa? Nada mas podrá sucederme que morir, y esto no puede causarme espanto, porque estoy muy acostumbrado á arriesgar la vida. Señor, si V. A. quiere saber cómo estaban en mi poder los pergaminos, se lo diré, pero fuera de esta prision, cuando se haya dado fé al juramento de mi inocencia.

—¿Me imponeis condiciones?

—Nada he pedido, señor: ni que se me devuelva la libertad, ni que vengais á verme; de nada me he quejado ni me quejaré; pero si no muero, llegará un dia en que yo acuse, un dia en que los que ahora me maltratan,

doblen la frente avergonzados para no encontrar mis miradas.

—¡Yo abatiré ese orgullo! exclamó Fernando con acento de cólera.

—Con mi cabeza habrá de ser.

—Sabré cortarla, si es necesario, para escarmiento de los traidores.

—Para su triunfo, debería decir V. A.

—Mucha es vuestra vanidad, si tan necesario os creéis para sostener mi trono.

—Mucha es vuestra confianza, señor, pensando que no necesitáis de nadie.

—Tened la lengua, que habláis á vuestro rey.

—No puedo olvidar que tiene una corona, porque se la puse sobre su cabeza.

—¡Oh! exclamó el monarca apretando los puños. ¡Un vasallo miserable!...

Las megillas de Rodrigo se tiñeron de un vivo carmin, brillaron sus pupilas como dos centellas, y conteniendo un arrebato de cólera, dijo:

—Sangre real, vuestra sangre misma corre por mis venas; soy hermano de vuestro padre, pero nuestra familia ha sido siempre familia de ingratos.... ¡Oh!...

—Sois un bastardo, replicó el monarca, no mas que un bastardo, cuya ambicion lo ha enloquecido.... Empero yo castigaré vuestros crímenes, yo haré que los ambiciosos tiemblen al pronunciar mi nombre.

—Bien, señor, pues haced que ruede mi cabeza para escarmiento, no de traidores, sino de leales, y así apren-

derán á ser traidores para ser bien recompensados.

—¡Silencio!

—¿Qué puedo temer? ¿No está pronunciada mi sentencia? De todas maneras he de morir....

—¿Así os defendeis?... Acordaos que he venido para escuchar vuestras esplicaciones y proclamar vuestra inocencia si la merecáis....

—Os repito, señor, que quiero que se repare la ofensa que se me ha hecho llamándome traidor y asesino, y que yo daré esplicaciones hasta que se reconozca mi inocencia, dando entera fé á mi juramento.

—¿No comprendéis que es ridículo ese orgullo ahora que nada podeis, que nada valeis?... ¡Pobre vanidad!

—Solo ante mi noble padre he doblado la frente, señor, y ante vos la doblaria tambien si valiérais tanto como el Sábio monarca.

—¿Y he de tener tanta paciencia? exclamó Fernando IV. ¡Oh!...

—Ya veis si puedo y valgo, señor, repuso con ironía Rodrigo.

—Por última vez os lo pregunto: ¿quereis ó podeis defenderos del crimen que se os imputa?

—Volveré á jurar que soy inocente, y que lo que se tiene por un crimen, es uno de los mayores servicios que he prestado al trono.

—¿Pero ese misterio?...

—Lo aclararé si se me pone en libertad y se me dá la satisfaccion que merezco.

—¿Y si yo os mando que antes lo hagais?

—No obedeceré, replicó Rodrigo con firmeza.

—¿Os atreveréis?... —

—Soy un miserable, y todo lo malo debe esperarse de mí.

El monarca, en vez de contestar, se volvió hacia don Alonso, que permanecía mudo é inmóvil, y le dijo:

—Vos lo habeis presenciado....

—Sí, contestó tranquilamente Guzman: no olvidaré lo que acaba de suceder.

—Y si se me llama niño sin corazon, ingrato y mudable, vos, don Alonso....

—Yo, dijo el caballero, me desnaturalizaré de Castilla si para don Fernando IV no valen nada los juramentos que por Dios, por su honor y por su espada pronuncian los mas nobles y leales caballeros.

El rey palideció, y despues de mirar con sorpresa al señor de San Lúcar, dijo:

—Don Alonso Perez de Guzman, á vos solamente por llamaros Bueno, por haber sacrificado un hijo á vuestra pátria y á vuestro rey, pueden tolerarse esas palabras.

Y luego, sin dirigir siquiera una mirada á Rodrigo, se encaminó hácia la puerta.

Don Alonso, tambien sin hacer á su amigo un ligero saludo, siguió al rey, saliendo ambos silenciosamente, y cerrándose la puerta.

Rodrigo se dejó caer sobre el monton de paja, y despues de pronunciar una esclamacion de coraje, quedó silencioso, triste y meditabundo.

## CAPITULO XLVIII.

De cómo el rey favorecia sin querer á los conspiradores.

El rey quiso demostrar á don Alonso que miraba con la mayor indiferencia á Rodrigo, y cuando volvió á su cámara sentóse tranquilamente y dió á su rostro la expresion mas dulce. Semejante cambio dió que sospechar al caballero, y temió que algo desfavorable produciria, por lo cual pensó despedirse para volver al lado de su hijo, cuando el monarca, con tono cariñoso y dejando escapar una leve sonrisa, le dijo:

—Me ocurre una buena idea, don Alonso, y creo que sereis de mi opinion. ¿No os parece que ahora que están sosegadas todas las alteraciones es buena ocasion para celebrar el torneo que tengo anunciado?

—Nunca mejor que ahora, contestó el caballero con mal disimulada ironía, en que no teneis, señor, nada en que pensar.

—Ciertamente: paz en el interior, treguas con los moros fronterizos, y ninguna rencilla pendiente entre los nobles, pues con el arreglo del infante don Juan y el de Haro todo concluyó. ¿Conque os parece bien la idea?

—Digna de vos, señor. Tiempo hace ya que no hemos visto reunida la nobleza castellana, y bueno es que luzcan su valor y gallardía los caballeros y su belleza las damas.

—Decidido estoy, don Alonso, y siento no haberlo pensado hace algunos días.

—Pronto puede ser.

—Dentro de dos semanas, porque mandaré publicarlo en seguida. Decidlo á vuestro hijo para que se prepare, pues sentiré que no salga con lucimiento.

—Tal vez no podrá asistir á la fiesta.

—¿Por qué? ¿No teneis confianza en su brazo?

—Es que habrá de hacer otro viaje, y dudo que esté en la córte para cuando se celebre el torneo.

—Pienso, don Alonso, que quereis sorprendernos, y por eso decís ahora que no asistirá vuestro hijo.

—No es esa la razon.

—¿Podeis manifestarla?

—Fácilmente la adivinareis.

—Soy muy torpe.

—Ya sabe V. A. que mi hijo está enamorado de doña Sol.

—Bien la merece.

—No es de la misma opinion el infante don Juan, porque me ha jurado que su hija no será nunca esposa

de don Juan Alfonso, y que la sacaria de Valladolid ó la encerraria en un convento en cuanto mi hijo volviese de su viaje. Ya comprendereis, señor, que no es justo hacer sufrir á esa cándida jóven el rigor de su padre, y para evitarlo, no hay otro medio sino alejar á mi hijo.

—Entonces no debísteis hacerle volver.

—Lo hice, como ya he dicho á V. A., porque creí que los traidores conspiraban, y en este caso, á mi deber cumplia que don Juan Alfonso estuviese cerca de su rey, por lo que pudiera ocurrir. Pero V. A. dice y asegura que nada debe temerse, que está asegurada la paz interior, y ya no tiene objeto la permanencia de mi hijo en Valladolid.

—Sí, tal he dicho y tal creo, porque conociendo á los traidores, nada debe temerse de ellos. En cuanto á doña Sol, obráis con vuestra acostumbrada prudencia, y no me opongo á vuestro plan, porque tampoco quiero que mi hermosa sobrina se vea tratada con dureza por su padre. Haced, pues, lo que mas os plazca ó lo que os parezca mas conveniente, porque en semejante asunto no quiero mezclarme.

Poco mas y sin interés alguno hablaron el monarca y don Alonso; y este, apenas vió la ocasion oportuna, despidióse y volvió á su casa para decir á su hijo que fuese al palacio á presentarse y recibir órdenes.

La noticia del torneo cundió con rapidez; y como interesaba mucho á don Juan y á sus partidarios, porque, como saben nuestros lectores, para la anunciada justa preparaban un golpe seguro contra el rey, reuniéronse

aquella noche en casa de don Enrique de Alvarado, á donde nos trasladaremos para averiguar sus planes.

Aun no eran las doce de la noche, y ya habian llegado el infante don Juan y muchos caballeros, que escuchaban á don Enrique, cuyos ojuelos verdes brillaban y se movian con rapidez mientras hablaba.

—Señores, decia, lo que puede esperarse del rey, ya lo hemos visto con la prision del bastardo: tal es su acierto, tal su justicia. Bien es verdad que el lazo lo tendí hábilmente, pero tambien es lo cierto que ha sido mucha la torpeza de ese niño. De que con Fernando IV es imposible que haya orden ni se administre justicia, estais bien convencidos, y por eso es inútil recordároslo. Lo que nos importa es ponernos de acuerdo, obrar con prudencia, y una vez desenmascarados no retroceder, porque nos perdemos. La prision del bastardo es la mayor de las ventajas que pudiéramos tener, pues queda inutilizado su brazo invencible, su influencia y su astucia, que es quizás mas temible que su prodigiosa fuerza. Todos estamos conformes en sostener los derechos del infante, aquí presente; y como sobre esto no puede haber dudas, debemos ocuparnos solamente de los medios con que contamos.

—Yo, dijo un caballero, estoy pronto á cumplir lo que prometí: don Juan tendrá veinte lanzas mias que lo defiendan.

—Mis ballesteros tambien vendrán, añadió otro.

—No faltará ninguno á lo prometido, replicó un tercero: sabemos ya con cuánta gente puede contarse; y

como en interés de todos está cumplir lo ofrecido, no hay para qué gastar el tiempo en exigir ni hacer nuevas promesas, sino en determinar un plan, para que obrando de acuerdo no nos esponamos á una derrota.

—Bien, don Hernando, dijo el infante, que hasta entonces habia permanecido callado, soy de vuestra opinion; cada cual ayude con cuanto pueda, porque cada cual tambien tiene su vida pendiente del triunfo de nuestra causa. Una vez dado el grito, no hay mas que vencer ó morir en la pelea para no morir á manos del verdugo.

—Sí, sí, ó muertos ó vencedores.

—¡Muera don Fernando!

—¡Muera doña María!

—¡Viva don Juan!

—¡Silencio! exclamó don Enrique de Alvarado con muestras de enojo. ¿No pensais que pueden oirnos desde la calle? ¿De qué sirven las palabras sin los hechos? Tened la lengua y sacad la espada cuando llegue el momento; dejad ese entusiasmo ardiente para la pelea, porque entonces podrá salvarnos, y ahora solo puede perdernos.

—Es verdad, dijeron algunos.

—Teneis razon, añadieron otros.

—Ahora, como ha dicho muy bien el prudente don Hernando, combinemos nuestro plan; repuso don Enrique.

—Proponed vos lo que mejor os parezca, porque de seguro ya tendreis formado un proyecto, que será inmejorable.

Don Enrique meditó algunos momentos mientras que se fijaban en él todas las miradas, y luego dijo:—Nuestra gente deberá alojarse en la ciudad y en sus cercanías, sin reunirse jamás tres para no infundir sospechas. Como se vá á celebrar un torneo, es natural que acudan de todas partes los especuladores, los curiosos y los aventureros, y no se estrañará ver que vá llegando mucha gente. El dia señalado para la justa acudirán al sitio donde ha de tener lugar, y aunque confundidos entre la multitud, se colocarán de modo que puedan reunirse fácilmente, y esperarán á que llegue el momento en que se empeñe un combate general entre los mantenedores y el contrario bando. Entonces los de á pié, que serán los únicos que podrán estar cerca como meros curiosos, avisarán á los ginetes, que habrán esperado á los alrededores, yendo y viniendo como transeuntes que acuden al torneo por distintos lados ó que se alejan de él, y acudiendo estos, se lanzarán todos á la vez sobre la mesnada del rey, acometerán al mismo monarca y á su madre, y antes que nuestros enemigos puedan defenderse ni recobrase de la sorpresa, habremos triunfado. Nuestro grito será el de « Castilla y don Juan, » y donde quiera que suene, es preciso que lo conteste el ay de un enemigo al espirar bajo nuestros golpes. El combate general, que debe ser la señal de acometida, tendrá lugar á una hora bastante avanzada, de manera que llegará la noche en lo mas crudo de la pelea para mayor espanto y confusion de nuestros adversarios. En seguida, sin perder un instante, volveremos á Valladolid, pues es urgen-

te y de mucho interés apoderarnos de la ciudad antes que el alcaide intente cerrarnos las puertas para ganar tiempo. Este es mi plan, que os esplico ligeramente, pero que si es de vuestro agrado lo daré á conocer con mas detalles, que nada importan ahora si no habeis de aceptarlo.

—No puede ser mejor, dijo el infante.

—Lo aceptamos, añadieron otros.

—Entremos en pormenores, porque no puede combinarse otro mejor.

—Dais prueba de vuestro ingenio.

—Es digno de vos, don Enrique.

De este ó de parecido modo fueron hablando muchos, y satisfecho el astuto don Enrique de verse tan lisonjeado, dió las gracias, desplegó su habitual sonrisa, y luego entró en todos los detalles de lo que debia ejecutarse el dia del torneo.

Mas de una hora pasaron en semejante ocupacion, y al fin, aclaradas todas las dudas que ocurrieron, y conformes en todos los puntos, repuso el traidor caballero, alma de aquella conspiracion:

—Ya no volveremos á reunirnos sino para celebrar la victoria, porque así lo aconseja la prudencia.

—No hay necesidad de mas conferencias, dijo el infante.

—Juremos ser fieles á lo pactado.

—Si, juremos.

Brillaron todas las espadas, cuyas empuñaduras acercaron á los lábios los caballeros, y el infante preguntó:

—¿Jurais por Dios, por vuestro honor y vuestra espada, cumplir lo ofrecido y mas si pudiéreis?

—Lo juramos, contestaron todos.

—¿Jurais reconocerme por vuestro rey y señor, si nos favorece la suerte y salimos vencedores?

—Sí, juramos.

—¿Jurais guardar secreto de todo lo tratado, sin que os obligue á revelarlo ni el interés, ni los tormentos, ni el riesgo de perder la vida?

—Sí, juramos.

Todos, menos el infante, besaron las empuñaduras de sus espadas, y luego guardaron silencio.

—Juro, repuso don Juan, morir con vosotros y por vosotros defendiendo nuestra causa; juro cumplir las mercedes ofrecidas y haceros justicia; juro guardar vuestros fueros particulares y los generales de los reinos.

Y á su vez besó la cruz de su espada.

—¡Viva don Juan! exclamaron los conspiradores.

—Hasta el dia de la justicia y de la venganza, dijo don Enrique.

Nadie pronunció una palabra mas.

Levantáronse, se apretaron las manos, y fueron saliendo uno á uno y por largos intervalos.

El infante quedó el último con don Enrique.

—Me parece, dijo este, que sin temor de que los sucesos vengan á desmentirme, puedo llamaros rey de Castilla.

—Y yo á vos señor de San Lúcar y adelantado de la frontera de Andalucía.

—Falta otra cosa.

—¿Cuál?

—Si me dais los títulos de los Guzmanes, habreis de darme tambien lo que desean.

—Esplicaos.

—La mano de doña Sol...

—Ella decidirá, contestó el infante, á quien no agradó esta peticion, porque ya se consideraba rey, y la mano de la hija de un monarca no se concede á un simple caballero.



—Falta otra cosa...  
 —Cual? —  
 —Si me dai los hijos de las Guzmanas, habreis de...  
 —Tambien lo que desean...  
 —Tambien...  
 —La mano de don Sol...  
 —Elisabeth, contestó el infante quien no acordó...  
 esta petición, porque ya se acordó con el rey, y la mano de...  
 la hija de un monarca no se concede a un simple ca-  
 ballero.



## CAPITULO XLIX.

### Enredos contra enredos.

En tanto que el infante don Juan y sus parciales conspiraban, don Alonso Perez de Guzman, que sospechaba las maquinaciones de los traidores, y de ellas habia podido adquirir algunas noticias, se preparaba para dar al rey una nueva prueba de su lealtad.

Don Juan Alfonso, cubierto con una espesa cota de malla, acababa de mandar que ensillasen dos caballos y que su escudero estuviese dispuesto á ponerse en marcha, y en el aposento de su padre escuchaba las últimas órdenes de este.

—Don Juan Alfonso, decia el señor de San Lúcar, vais á ganar la mano de doña Sol.

—Voy á obedeceros y á cumplir con mi deber, contestó el mancebo, y esto es bastante.

—Bien, así os quiero, hijo mio; pero bueno será que

os acordeis de que tambien ganará en esta empresa vuestro corazon.

—Os escucho, padre y señor.

—Poco tengo que deciros ya: á Toledo vais con la ligereza de un rayo.

—Tan pronto como vine.

—Para don Pero Hurtado no necesitais carta mia, porque con sola vuestra palabra será bastante.

—Tal creo.

—Por lo menos podrá enviar veinte lanzas, que no deben perder un solo dia.

—Los ginetes tienen sobrado tiempo para llegar.

—Don Pero y su sobrino podrán reunir unos ochenta peones de su confianza, y si les diese tiempo, mas aun.

—Tambien llegarán antes del dia prefijado.

—En seguida entregarás mi carta á don Gomez de Castañeda, que vendrá en persona con cuarenta ó cincuenta arqueros y veinte ginetes.

—Y yo, ¿he de volverme sin esperarlos?

—Sí, porque tengo que darte nuevas instrucciones para otro viaje á Madrid ó Segovia.

—Bien, padre mio.

—Entretanto, Ferran irá á Sevilla, y de allí acudirá el mayor número de ginetes y nuestros amigos don Gomez y don Juan de Ayala.

—Buenos socorros.

—Con ellos y con la gente de guerra que hay en Valladolid, y que es fiel al monarca, desbarataremos los planes de los traidores.

—Sin duda alguna.

—Ya os he dicho que han de entrar en la poblacion uno á uno y como si no se conociesen, y que los capitanes que los manden han de venir instruidos de manera que no necesiten otras órdenes.

—Nadie se apercibirá de su llegada.

—Es cuanto tengo que deciros.

—El cielo os conserve, padre mio, dijo don Juan Alfonso abrazando á su padre y recibiendo de este un beso cariñoso.

—Y á vos os bendiga, contestó el caballero.

El doncel se puso un casco de acero sin visera, se envolvió en su ancha capa de viaje, y pocos momentos despues montaba á caballo y partia velozmente seguido de su escudero, aunque no sin exhalar un suspiro que el recuerdo de Sol arrancó á su enamorado pecho.

Cuando se alejaba de la ciudad, Esther entraba en la prision de su esposo, sin que se atreviesen á oponerle ninguna resistencia los guardianes que fueron engañados por Violante.

Un estrecho abrazo unió los tiernos pechos de los esposos, y despues de algunos instantes, dijo el bastardo:

—¿Sabes ya que el rey me ha visitado?

—Sí, contestó Esther: lo sé todo por don Alonso, y vengo á decirte el resultado de esa entrevista.

—¿Cuál ha sido?

—Ya sabes que se preparaba un torneo.

—Sí.

—Pues bien, el monarca, para celebrar la paz que

dice disfrutarse en su reino, ha dispuesto que la justa se celebre dentro de dos semanas, y ya en la corte no se habla de otra cosa.

—Buena noticia para los traidores.

—Tal piensa don Alonso, porque según las noticias que ha podido adquirir, sospecha que se conspira como nunca, y aun que se prepara para el día de la fiesta algún golpe terrible.

—No se equivoca.

—Por si acaso, y sin decir nada al rey, ha creído prudente hacer venir fuerzas de Toledo y de Andalucía, y esta misma noche habrá salido de Valladolid don Juan Alfonso.

—Bien, bien, ha obrado con acierto. Dile que pague espías que de noche observen quién entra en la casa de don Enrique y del infante; y si alguno de estos sale á deshora, que lo sigan, porque irá á las reuniones que deben tener.

—También lo ha hecho, y mañana sabrá el resultado.

Rodrigo guardó silencio por algunos instantes, y luego repuso:

—Aunque tengas que arrostrar toda clase de inconvenientes, ven la víspera del torneo.

—No faltaré.

—Pienso salir de aquí esa noche.

—¿Qué dices? replicó admirada Esther. ¿Te has decidido á escaparte?

—Nó.

—¿Entonces?...

—Quiero asistir al torneo, porque tengo prometido al infante romper con él una lanza, y quiero cumplir mi promesa.

—¡Rodrigo!...

—Después del torneo volveré.

—¡Oh, nó! exclamó Esther. ¡Volver aquí, entregarte tú mismo á tus enemigos!... No lo consentiré; Rodrigo; te suplicaré y....

—Volveré.

—¡Dios mio!

—Dí á don Alonso que cuente con mi ayuda, porque allí me encontraré para defender al monarca y para castigar á los traidores.

—Pero prométeme que no volverás, repuso Esther con tono de tierna súplica.

—Volveré para que el rey venga á sacarme.

—¿Y vas á esponer tu vida por quien tan ingrato se muestra contigo, por quien ha querido manchar tu pura honra?

—Voy á darle una nueva prueba de que valgo mas que él, á prestar ayuda á su autoridad, para que con ella me condene luego.

—Provocarás mas su enojo.

—¿Qué me importa?

—¡Rodrigo!...

—Tranquilízate, María; ten ánimo, y al mio no le robes su fuerza con tu debilidad.

—¡Es que te amo tanto!... Te amo tanto, que para todo tengo valor, menos para verte en peligro.

El llanto bañó las megillas pálidas de Esther, y su cuerpo se agitó convulsivamente.

—Acuérdate, le dijo el bastardo, de aquellos días en que tú, lo mismo que yo, nos vimos amenazados de mayores peligros que ahora. Dios nos tendió su mano protectora, porque siempre favorece la virtud y la justicia, y ahora también nos ayudará. Ten fé, aquella fé que te salvó en el convento de la Encarnacion y que te hizo feliz.

—No la he perdido, pero me espanta la idea de perderla.

—Antes que la vida, es el honor y la dignidad.

—No temas que este llanto asome á mis ojos delante de tus enemigos; pero ahora que nadie lo vé, en estos pocos momentos que pueda estar á tu lado, siento la necesidad de llorar.

—Pues bien, sesiégate, que pronto ese llanto se trocará en alegre risa.

—¡Quiéralo el cielo!

Algunas palabras mas se cruzaron entre los dos esposos, y al fin hubo de despedirse Esther para no comprometer á los soldados que guardaban la puerta.



## CAPITULO L.

---

Lo que sucedió en el torneo.

Llegó el día fijado para el torneo, y en toda la ciudad de Valladolid se advertía una animación extraordinaria. No se hablaba en todas partes de otra cosa que de la fiesta que iba á tener lugar : las damas, desde el amanecer preparaban sus ricos trajes y aderezos, se peinaban y despeinaban cien veces, y hacían innumerables preguntas á sus doncellas. No había una que no hubiese bordado una banda, ya verde, azul ó de otro cualquier color, y todas ellas tenían por cierto que el mote que llevaría en su escudo el galán á quien amaban, sería el más espresivo.

El mayor contento reinaba en todas partes : hombres y mujeres disputaban sobre cuál de los caballeros debía ser el vencedor, y cuál de las damas era la más hermosa.

Empero de pronto cambiaron todas las conversacio-

nes, se hicieron mil comentarios, y mas de un semblante se tornó sombrío. Todo esto lo produjo la noticia que corrió de que el bastardo se habia escapado de su encierro la noche anterior, sin que pudiese esplicarse el cómo lo habia conseguido, pues los centinelas solo decian que la puerta del sótano se abrió, y que el preso con su fuerza irresistible los cogió á cada uno con una mano por la garganta, y sin darles tiempo á defenderse, los arrojó al interior del calabozo y volvió á cerrar, dejándolos tan aturdidos del golpe, que en largo rato no pudieron gritar ni moverse.

Esto, que fué para la gente del pueblo motivo solamente de conversacion, puso en gran cuidado á los conspiradores, porque desde luego pensaron que el haber dejado Rodrigo su fuga para la víspera del torneo, significaba mucho y muy malo para ellos. Si hubiese sido tiempo de retroceder, lo hubiesen hecho, dejando para mejor ocasion el golpe que preparaban; pero ya era tarde, estaban los suyos esparcidos en los alrededores de la ciudad y distantes los unos de los otros, y darles aviso á todos era imposible, y de poder hacerlo con la mayor parte, no hubiesen logrado sino introducir el desorden y colocarse en peor situacion. Era preciso, pues, seguir adelante y jugar el todo por el todo. El plan que tuviese el bastardo no podia ser el de dar un golpe aisladamente, sino en combinacion con sus amigos. Bien podia ser que no hubiese tenido ocasion de escaparse hasta entonces, y que no llevase en ello otro fin que el de evitar la muerte casi cierta que le esperaba. Pero no se inclinaban

los traidores á creerlo así. Por otra parte, llamábales la atención la conducta misteriosa de Guzman, los viajes de su hijo don Juan Alfonso y el que este no hubiese vuelto para asistir á la sangrienta fiesta.

El rey habia perdido su aplomo al recibir la noticia de la fuga de Rodrigo, y habia prorrumpido en terribles amenazas, sin que lo tranquilizase el que los ballesteros que habian estado de centinela le dijese que al encerrarlos el preso les dijo que volveria á la siguiente noche para librarlos de toda responsabilidad y esperar el fallo del monarca.

No quiso este suspender el torneo, por mas que así se lo aconsejó don Enrique de Alvarado, diciéndole que esponia su vida á la venganza del bastardo. El rey no hizo mas que tomar algunas precauciones para ponerse á cubierto de cualquier golpe imprevisto, lo cual fué causa de que el caballero traidor se arrepintiese de haber aconsejado, porque las precauciones redundaban en perjuicio de sus planes.

Desde mucho antes de la hora señalada para comenzar la fiesta, ya habian acudido muchos plebeyos y villanos á situarse junto á las barreras que cerraban el lugar que debia ser teatro del combate y á tomar asiento en los tablados destinados al público que no gozaba de privilegios. Entre la multitud habia muchos partidarios de los conspiradores, que esperaban con ansiedad el momento de la lucha, ignorando que entre ellos estaban tambien las gentes de don Alonso prevenidas para cuanto pudiera suceder.

Por las cercanías cruzaban en todas direcciones ginetes bien armados, pero que no infundían sospechas, porque era día de que acudiesen muchos habitantes de los contornos. Sin embargo, un atento observador hubiera podido notar que muchos de aquellos ginetes llevaban en sus cascos de acero una sola pluma negra.

A las once de la mañana llegaron cien arqueros y otros tantos ginetes, que debían formar parte de la guardia de S. A., y se colocaron alrededor del estrado real, mientras que los heraldos iban ocupando sus puestos y disponiéndolo todo, pues á las doce debía ir el monarca y comenzar la fiesta.

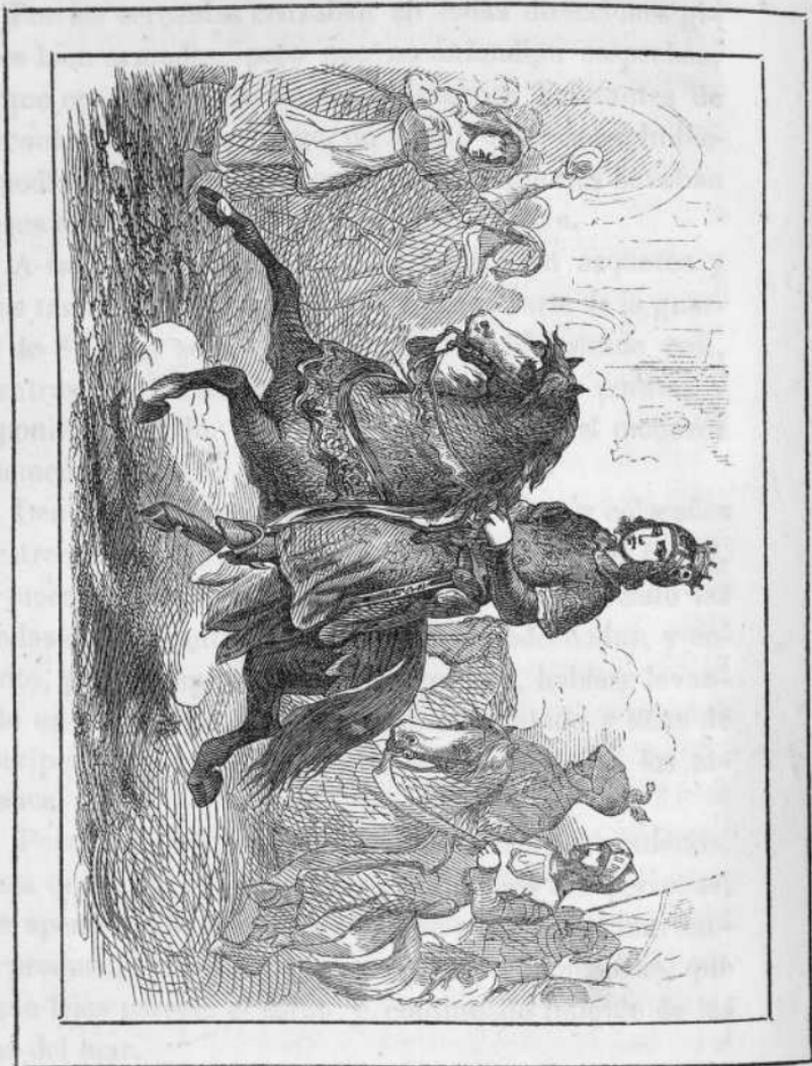
Dentro del terreno cerrado para la liza, y colocados al extremo derecho del estrado que debían ocupar el rey, los jueces y la reina del torneo, se habían colocado las tiendas de los mantenedores, ricamente adornadas, y enfrente, para formar la puerta de entrada, habíase levantado un castillo de madera y lienzo, pintado y lleno de inscripciones, que era la admiración de todos los aldeanos.

Poco á poco fueron ocupándose estrados y graderías, hasta quedar apiñados muchos centenares de personas, que apenas podían moverse. Oyóse entonces el murmullo producido por gritos y voces, risas y amenazas, que desde lejos parecía el sordo y continuado mugido de las olas del mar.

Brillaba el sol en un horizonte despejado y trasparente, haciendo relucir cascos y cotas.

Todos los rostros estaban alegres, excepto los de al-





*Llegaba el rey seguido de los principales caballeros.*

gunos que habian recibido un pisoton, y al hacer un gesto doloroso, dejaban escapar un juramento ó una amenaza.

De pronto se levantó un murmullo prolongado, volviéronse todas las cabezas hácia un mismo punto, y luego reinó el mas profundo silencio.

Llegaba el rey, seguido de los principales caballeros, de su servidumbre y de una numerosa escolta de lanceros y ballesteros de á caballo. Montaba el jóven monarca una yegua torda de sangre árabe pura, regalo del rey de Granada al ajustar unas paces.

Nadie hubiera sospechado que bajo el semblante juvenil de aquel niño, tras la leve sonrisa que dilataba sus sonrosados lábios, á pesar de su mirada tranquila y dulce, palpitaba su corazon á impulsos del mas rabioso coraje, y anhelaba el momento en que corriese la sangre de sus mejores caballeros, como si con ella hubiese de apagar la sed de sus vengativos deseos, el fuego de su reconcentrada ira.

Vestia luenga túnica de terciopelo escarlata con bordados de oro; su espada pendia de un cinturon del mas esquisito trabajo, y llevaba casco de plata sin visera, rodeado de una corona de oro incrustada de esmeraldas y perlas.

Mas de una dama miró con cierto interés los relucientes y blondos cabellos del rey niño, y sus azules ojos y tersas megillas, frescas y blancas como la azucena cuando acaba de recibir las gotas del rocío.

Contra la gravedad del caso y la costumbre en tales

circunstancias, la hermosa yegua que montaba el rey marchaba al galope, abriendo sus rasgadas narices, dejando flotar su blanca y reluciente crin, y levantando su descarnada cabeza con cierto aire de vanidad.

—¡Viva el rey! gritó la muchedumbre.

—¡Qué hermoso es! dijo una vieja.

—¡Miren la retentona! le replicó un soldado. Mas que eso debiérais mirar al cielo y preparaos á morir.

—¿Y por qué no he de alabar á nuestro rey? ¿Sois de los partidarios de ese rebelde *Descorazonado* que siempre trae revuelta la tierra?

—Calle la habladora, que aquí no se viene á murmurar.

—¡Mal vasallo!

—Vieja entremetida.

—¡Fuera las viejas!

—Dejadla, que es la reina del torneo.

—¿Y quién al fin ha merecido esa honra? dijo un hidalgo.

—¿No lo sabeis?

—Cuando lo pregunto....

—La hija del conde don Manuel.

—Bien enterado estais.

—Así se dice.

—La reina lo será quien por su hermosura lo merece.

—Hay muchas hermosas.

—Doña Sol.

—¿La hija del infante don Juan?

—La misma.

Efectivamente, Sol era la que debía dar los premios á los vencedores.

Nuevos vítores dados al rey se dejaron oír, y luego poco á poco, sosegándose la multitud, quedó en calma esperando el principio de la fiesta.

Todos los concurrentes ocupaban sus puestos.

Entre los caballeros que formaban la corte del monarca, estaba don Alonso Perez de Guzman. El infante y don Enrique eran del número de los mantenedores, que se hallaban en sus tiendas, á cuya puerta tenian colgado el escudo.

Sol, sentada junto á la reina y su madre y acompañada de muchas damas, estaba, como siempre, bella, aunque su rostro, pálido en extremo, revelaba una tristeza, por mas que quisiese encubrirlo con una sonrisa forzada.

Creemos que seria enojosa para nuestros lectores una minuciosa descripcion del torneo desde su principio á su conclusion, y por esto no diremos mas sino que, despues de haberse llenado todas las ceremonias de costumbre y otorgado su permiso el rey, fueron llegando algunos caballeros, y todos quedaron vencidos por los mantenedores.

Aplaudian frenéticamente los espectadores, y muchas damas palidecian porque se iban desvaneciendo sus esperanzas de ver cada cual vencedor á su amante y poniendo á sus piés el premio de la victoria.

Hubo un largo intervalo en que ningun caballero se presentó, y ya empezaba á impacientarse la multitud, de-

mostrándolo con silbidos, pues, según algunos decían, lo visto no merecía la pena de haberse incomodado en ir. Para el desagrado público había también otra razón, y era que ninguno de los combates había sido á muerte, sino meros simulacros con lanzas sin hierros.

El murmullo de la descontenta plebe cesó al resonar las trompetas, que anunciaron la llegada de un nuevo adalid, y todas las miradas se fijaron en la puerta del castillo.

Pocos momentos después se presentó en la arena un jinete de gentil apostura, caballero en un corcel blanco como la nieve, armado de todas armas, pero cubierto el rostro con la visera de su casco, que por todo adorno llevaba una larga pluma negra. No llevaba, como todos, banda con los colores de su dama, ni otro significativo, y solamente en su escudo se veía pintado un sol de vivos rayos.

La hija del infante clavó una mirada afanosa en el caballero, y sus mejillas se tornaron rojas como el carmin, porque sospechó que era su amante.

No fué solamente la hija de don Juan la que tal sospechó, sino que otros muchos de los espectadores lo tuvieron por cierto, y aun el monarca dijo á don Alonso:

— Si ese encubierto no ha venido con intención de batirse á muerte, probará que es un niño.

— ¿Por qué, señor?

— Porque tanto misterio, ó tiene un fin meditado, ó es capricho de un mancebo para escitar la curiosidad y que fijen la atención en él; y quien obra así, si tiene corazón, debe demostrarlo.

—Pero bien puede ser un mancebo, señor.

—Entonces no se atreverá á retar á muerte á don Enrique, cuya destreza es conocida.

—Puede llamar á otro.

—Presumo á ese solamente busca.

El monarca no se habia equivocado, porque el campeón, después de haber mostrado su habilidad en manejar el fogoso corcel blanco de árabe raza que montaba, hizo el acostumbrado juramento de ser caballero, y obtenida la vénia, se dirigió á la tienda de don Enrique.

Reinó un silencio profundo.

Todas las miradas estaban fijas en el encubierto caballero.

Este levantó su gruesa lanza y con el hierro pegó sobre el escudo de don Enrique, lo cual significaba un reto á muerte, porque de otro modo hubiese dado el golpe con el cuento de la lanza.

Un aplauso unánime y prolongado llenó el espacio y los vítores se repitieron sin cesar por algunos minutos. La multitud estaba entusiasmada: al fin iba á correr la sangre, á ser una verdad el torneo.

El retador volvió entonces la rienda, y atravesando nuevamente el circo, fué á colocarse al extremo opuesto.

No se hizo esperar don Enrique: á los pocos momentos salió, armado de todas armas, caballero en una yegua torda de anchos ijares y poderoso empuje, y se colocó frente á su adversario.

Resonaron los clarines.

Los campeones se afianzaron en los estribos, embra-

zaron los escudos, enristraron las lanzas, y picando el acicate, partieron velozmente el uno contra el otro.

Todos los espectadores inclinaron el cuerpo hácia adelante para ver mejor, y luego quedaron inmóviles, suspendido el aliento y con la mirada fija y ansiosa, esperando el resultado del primer choque.

Una nube de polvo envolvió á los combatientes.

Sus caballos habian corrido igual distancia, y no tardaron en encontrarse.

El primer choque fué terrible.

Las gruesas lanzas de ambos volaron hechas astillas al encontrar los férreos escudos.

Habíanse cubierto bien el uno y el otro, y no recibieron ninguna herida; pero don Enrique de Alvarado estuvo á punto de ser votado fuera de la silla, mientras que su adversario no se movió de la suya.

Resonó un segundo palmoteo y las voces de

—¡Viva el caballero del sol!

—¡Viva el encubierto!

Mientras que otros decian:

—Aun no ha vencido.

La bellísima Sol era la que con mas interés habia esperado el resultado del primer encuentro: su pecho se dilató como si le hubiesen quitado un gran peso que lo oprimiese, y no pudo contener un grito de alegría cuando vió que habia pasado el peligro de aquella acometida, en la que puede decirse que el retador tuvo una ventaja sobre su adversario.

Muchas miradas se fijaron en la hija del infante, y la

contemplaron con envidia muchas damas, cuyos amantes habian sido vencidos ya, con curiosidad otros para ver lo que revelaba el semblante de la doncella.

Los combatientes tomaron nuevas lanzas, y separándose, volvieron á acometerse con mayor brio.

La multitud quedó otra vez suspensa y silenciosa.

El caballero del sol, cuando estuvo cerca de su contrario, inclinóse sobre el arzon y se cubrió la cabeza con el escudo, lo cual visto por don Enrique, levantóse cuanto pudo sobre los estribos, y cubriéndose el pecho, trató de herir al encubierto por la gola en la parte de atrás; pero este, sin variar de posicion, levantó rápidamente el hierro de su lanza, y antes de que el mantenedor pudiese evitar el golpe, diólo tan fuerte en la celada del casco de este, que voló hecha pedazos, y aun lo hubiese sacado de la silla, si atendiendo en tal apuro solamente á semejante cuidado, no hubiese conseguido sostenerse haciendo un esfuerzo.

La multitud aplaudió entonces con frenesí, y el mayor número de espectadores se interesó vivamente por el caballero del sol; mientras que el resto, que era de la gente de los conspiradores, tuvo á mal augurio aquella desgracia del de Alvarado.

—Buen adalid, ¡vive el cielo! exclamó el rey.

—Ya veis, señor, dijo Guzman, que el que tenemos por mancebo de pocos años, ha dado una leccion á don Enrique.

Cesaron los aplausos, y los espectadores volvieron á fijar su atencion en los combatientes.

Don Enrique, ciego de ira, revolvió su caballo con intencion de herir en un costado al encubierto; pero este, con una velocidad maravillosa, volvió sobre la rienda izquierda y obligó á su corcel á dar un salto, que le puso fuera del alcance de la enemiga lanza.

Faltaba sangre para acabar de entusiasmar á los espectadores, y no tardó en correr.

Los combatientes se miraron por un instante, colocados frente á frente, y luego se acometieron con tal empuje, que bien demostraron el deseo de aniquilarse que tenían.

La fortuna se habia declarado en favor del caballero encubierto, porque al encontrar á don Enrique, logró herirle en la garganta y derribarlo al suelo, mientras que la sangre corria tiñendo su armadura.

Oyóse un grito de espanto que exhalaban las damas, y una exclamacion de júbilo de la entusiasmada plebe.

Entretanto, el caballero del sol, dejando su cabalgadura, acercóse al herido, se inclinó sobre él, y sin hacer ademán de amenazarle con su daga para que se declarase vencido, le dijo en voz baja:

—Don Enrique, ¿os arrepentís de vuestra traicion? ¿Estais dispuesto á declarar la inocencia del bastardo?

—Nó, contestó el caballero con acento ahogado.

—Os mataré.

—Mi herida es mortal... si acabais conmigo, no padeceré tanto....

—A Dios dareis cuenta de vuestra conducta, replicó el del sol.

Y sin hacer uso de su derecho, y contraviniendo á todas las formalidades requeridas en tales casos, volvió á donde estaba su corcel y se dispuso á montar.

Creyeron algunos que don Enrique se habia declarado vencido, y otros que el encubierto ignoraba lo que debia y podia hacer, y el mayor número esperaba que siguiese el combate con los otros mantenedores, para aspirar al premio; pero se equivocaron los que así pensaban, porque el caballero encubierto, despues de pedir licencia al monarca, salió del palenque en medio de los aplausos y vítores de los espectadores y de los de la música, que estaba colocada al pié del estrado real.

Condujeron á don Enrique á su tienda para curarle, y antes que siguiesen los comentarios que sobre el suceso comenzaban á hacerse, sonaron nuevamente las trompetas, que anunciaban la llegada de un nuevo campeón.

Efectivamente, un caballero, cubierto con armadura negra sin adorno de ninguna clase. Montaba un potro cordobés, ligero y poderoso, negro tambien, con silla del mismo color, y llevaba el rostro cubierto como el que acababa de salir. En su escudo no llevaba ni armas, ni mote, ni empresa; parecia querer ocultarse bajo el mayor misterio, y segun luego se vió, no estaba dispuesto á descubrirse.

Despues de cumplidas todas las formalidades, llegó á la tienda del infante don Juan y pegó en el escudo de este con el hierro de la lanza.

La multitud volvió á entusiasmarse, pero debia du-

rarle poco tiempo su diversion, porque el caballero negro, apenas se hubo retirado al otro extremo del palenque, vió que el infante estaba ya fuera de su tienda y tomaba la lanza que le daba un paje.

Sonó la señal.

Los adalides partieron velozmente el uno contra el otro; pero el de la negra armadura, al llegar cerca de su contrario, separó su potro á la izquierda, quedando fuera de la línea, y volviendo con rapidez la lanza, dió, con estrañeza general, tan fuerte golpe con el cuento en el costado del infante, que este vino á tierra sin poder evitarlo.

La victoria no pudo ser mas completa, y los espectadores prorrumpieron en aplausos.

—¿Qué os parece, don Alonso? dijo el rey.

—No he visto brazo igual, señor.

—Parece hombre de mas esperiencia que el caballero del sol.

—Y de mas fuerza tambien.

Entretanto, habian acudido á levantar á don Juan, que magullado por el golpe y embarazado por la armadura, no pudo moverse ni quedó en estado de continuar el combate. Mas trastornado por la rábia que por el golpe, se retiró á su tienda en medio de los humillantes murmullos de la multitud, y bien pronto salió á sustituirle otro caballero de elevada estatura y robustas formas.

El caballero de la negra armadura se colocó en su puesto, y apenas sonaron los clarines, partieron como centellas los campeones.

Corto fué tambien aquel combate.

El retador, al llegar á su contrario, dió una vuelta á la lanza, haciéndola girar sobre su cabeza, y el otro, no sabiendo qué parte de su cuerpo guardar, cubrióse el pecho y la cabeza con el escudo; y antes que reconociese su torpeza, recibió tan rudo bote en la parte baja del vientre, que perdió los estribos y dió con su cuerpo en tierra, sin haber podido hacer uso de su lanza.

El entusiasmo general llegó á su colmo y se tornó en confusa gritería. Muchos pedían que se descubriese el caballero, y otros que dijese su nombre; pero él, tranquilo y como si no se apercibiese de lo que sucedía á su alrededor, dirigió un nuevo reto, y otro mantenedor presentóse en el palenque, mientras que el anterior era conducido á su tienda entre cuatro escuderos.

Preparóse el tercer adalid para no ser sorprendido por algun inesperado golpe como sus compañeros; pero tambien se equivocó en su cálculo, porque el de la negra armadura le acometió sencillamente, aunque al primer bote de lanza lo sacó de la silla con gran facilidad.

Estaba conocido, no habia quien resistiese el empuje de aquel hombre ni quien le igualase en destreza, y los espectadores se convencieron de que uno por uno acabaría con todos los caballeros que se le pusiesen delante. Pero el asombro de todos fué mayor cuando vieron que el invencible adalid, parándose delante de las tiendas, gritó con voz tan potente como su brazo:

—Salgan reunidos cuantos se atrevan á probar la fuerza de mi brazo, que aquí los espero: si algun caba-

llero llegase en mi ayuda, bien; y si nó, yo solo ganaré el palenque, y aun me sobrarán bríos.

Semejante arrogancia produjo el efecto que era de esperar: unos aplaudieron entusiasmados, otros dijeron que aquello era insultar á la nobleza castellana, y muchos pidieron que se le dejase pelear con todos.

La frente del monarca se contrajo y su rostro palideció, no porque le ofendiese la arrogancia del caballero, sino porque pensó que solo un hombre habia en Castilla de tan extraordinaria fuerza, y ese hombre era Rodrigo.

—¿Sospechais quién sea ese caballero? preguntó el rey á don Alonso, única persona á quien habia dirigido la palabra aquella tarde.

—No es fácil adivinarlo, señor.

—Pero su brazo....

—Es muy fuerte; no encontrará rival.

—Yo castigaré su osadía, repuso el monarca. De todas maneras, se acerca la noche, y esto debe concluir.

Y luego dió orden de que el combate fuese general, siendo los mantenedores los de un bando y el caballero de la negra armadura del otro, y que este pelease sin mas ayuda que la de los aventureros que llegasen antes de ponerse el sol.

Pocos momentos despues se vieron en el palenque hasta nueve mantenedores, que tuvieron por segura la victoria; y aunque muchos espectadores calificaron aquello de asesinato, el de la negra armadura, sin dar muestras de cobardía, dió vuelta al palenque haciendo lucir la buena escuela de su negro potro, y despues de trocar su

lanza por otra de dos hierros, aguardó tranquilamente la señal de la acometida.

Esta se dió, y una nube de polvo envolvió á los ginetes.

Terrible fué el primer encuentro.

El sonido de las armas, al chocar contra los escudos, ahogó las últimas voces de la multitud.

Al pronto nada pudo distinguirse; pero cuando la polvareda se elevó á cierta altura, vióse al caballero negro entre sus enemigos revolviéndose en todas direcciones con pasmosa ligereza, y atacándolos á todos á la vez que se defendía.

Uno de los mantenedores cayó bien pronto herido en la garganta; y cuando la multitud comenzaba á dar vivas de entusiasmo, anunciaron las trompetas la llegada de un nuevo campeón, que entró en seguida y se colocó al lado del que estaba solo.

No pudo llegar mas á tiempo la ayuda, porque evitó un certero bote de lanza dirigido al de la negra armadura y puso fuera de combate á otro de los mantenedores.

Grande fué entonces la confusion y el ruido del combate y de la gritería.

No habian trascurrido tres minutos, cuando llegaron otros tres caballeros.

—¡Era plan ya formado! gritaron algunos. ¡Esperaba este socorro!

Pero como para desmentirlos, entraron en el palenque otros cuatro adalides, que se colocaron con los mantenedores.

Entonces todo fué conjeturas, y nadie podia comprender lo que aquello significaba.

Casi sin interrupcion fueron llegando muchos ginetes y tomando la defensiva por uno ó por otro bando.

Al fin se llenó el palenque, y ya se veian correr muchos caballos sin caballero y mucha sangre por estos vertida. El que habia perdido su lanza echó mano á su espada, pues no podian proveerse de nuevas armas sin esponerse á perder la vida.

—¿Qué es esto? dijo el rey. ¿Se dá una batalla?...

¡Oh!... Y el de la negra armadura siempre firme, siempre destruyendo. ¿Qué significa lo que pasa, don Alonso?

—Significa, señor.... Mirad, dijo el caballero.

Y señaló á la derecha, donde se arremolinaban los espectadores.

—¡Vive el cielo! exclamó el monarca. Aquí hay traicion, y vos conoccis el plan, don Alonso.

—Mirad, señor, mirad....

En aquel momento muchos hombres bien armados saltaron las barreras y se lanzaron con espadas y picas sobre los del bando del caballero negro.

Este ataque de los peones hubiera puesto en grande aprieto á los otros; pero mas gente saltó las barreras y dió contra los primeros invasores.

El monarca se puso de pié y arrojó su baston al palenque, pero esto pareció escitar mas la rábia de los combatientes y atraer mayor número.

La lucha se generalizó en pocos instantes, y en medio de millares de gritos de espanto brillaron picas y es-

padas en las graderías y se oyeron gritos de: «¡muera el rey!»

Las damas huyeron despavoridas y cada cual por su lado, mientras que un numeroso peloton de los infantes, con ímpetu irresistible, se lanzó al estrado real.

—¡Aquí los buenos y leales caballeros! gritó entonces don Alonso. ¡Aquí los míos! ¡Viva el rey!

Y desenvainando su acero y poniéndose á la cabeza de algunos caballeros y de la guardia del rey, que habia sido arrollada en la primera acometida, hizo frente á los traidores.

Encarnizado fué el combate.

La sangre cubrió los ricos tapicés del estrado, y los ayes, las amenazas y los juramentos se mezclaron al ruido atronador de las armas.

Entonces, el caballero de la negra armadura abandonó el palenque y su caballo, empuñó la espada, y sembrando á su paso la muerte, llegó al lado del monarca.

—¡A mí, villanos, traidores! gritó. ¡A mí todos, menguados!

Y su brazo destructor derribaba uno tras otro á los enemigos, obligándoles al fin á retroceder.

Llegó otro caballero, sin casco, porque lo habia perdido en la pelea. Era el hijo de Guzman, el encubierto que llevaba en su escudo el sol.

—¡Viva el rey! gritó á su vez.

Y mientras que su negra cabellera flotaba libremente, su acero aniquilaba traidores.

El de la negra armadura, delante de todos, puso al fin en desórden á los partidarios de don Juan.

—¡Bien, mis valientes caballeros! exclamó el rey. ¡Bien, don Juan Alfonso!... ¡El de la negra armadura, el del brazo de hierro, te debo mi corona!

Los gritos de victoria, dados en todas partes por los defensores de Fernando IV, pusieron en desordenada fuga á sus enemigos.

Acababa de ocultarse el sol.

El palenque estaba sembrado de cadáveres.

Poco á poco fué sosegándose la confusion, y todos se agruparon alrededor del monarca.

—Caballero, dijo este al de la negra armadura, descubrid el rostro para que yo sepa á quién debo mi corona.

El interpelado sacó su puñal, lo partió en dos pedazos, y dando uno al rey, le dijo:

—Ya lo comprobará V. A. para reconocerme.

Luego, sin dar lugar á otra cosa, favorecido por la oscuridad y por la sorpresa que habia causado, se perdió entre la multitud de caballeros y soldados que rodeaban al monarca.

Mientras esto sucedia, y por diversos caminos corrían en todas direcciones los derrotados para evitar que los alcanzasen si los perseguian, atravesaba por medio de un espeso sembrado de trigo uno de los personajes mas importantes de esta historia: era el Brujo que, montado en su negro jumento, llevaba en sus brazos una dama ricamente vestida, y que parecia haber perdido el conocimiento.



*Era el Brujo que montado en su negro jumento llevaba en sus brazos una dama ricamente vestida.*



—¿Quién la arrancaría de mis brazos? murmuraba el hombre fiero, á la vez que sus encendidos ojos contemplaban con feroz alegría el rostro pálido de la dama. Será mía, nadie podrá estorbármelo.... Hija del infante don Juan, vas á tener un palacio como nunca ha podido soñarlo tu fantasía; vas á tener á tus piés á un hombre que te ama con mas ardor que el mismo don Juan Alfonso. ¿No era dia de asechanzas y de traiciones? Pues estoy en mi derecho de usar de las mias.

El Brujo siguió su monólogo, atravesó el sembrado, cruzó una vereda pedregosa y se perdió tras un montecillo.

—¡Pobre Sol!



—Quien la arrancaría de mis brazos? murmuraba el hombre fiero, á la vez que sus encendidos ojos contemplaban con terror alegre el rostro pálido de la dama. Sería mía, nadie podría arrebatármelo... Hija del infante don Juan, ¿vas á tener un palacio como nunca ha podido soñar la fantasía; vas á tener á tus pies á un hombre que te ama con más ardor que el mismo don Juan? ¡Ay! No era día de asechanzas y de traiciones. Pues estoy en mi derecho de usar de las mias.

El Brinje siguió su monólogo, atravesó el sembrado cruzó una vendeda pedregosa y se perdió tras un montecillo.

—¡Dobre Sol!



## CAPITULO LI.

Lo que sucedió despues del torneo.

Fernando IV entró en su cámara, no solamente muy pensativo, sino en extremo enojado. Lo acompañaban el señor de San Lúcar y su hijo, y algunos caballeros mas, ansiosos todos de saber el resultado del suceso de aquella tarde.

—Mis buenos caballeros, dijo el monarca despues que se dejó caer en un sillón, os habeis portado como quien sois, y no olvidaré las pruebas de lealtad que me habeis dado. Pero antes que pensar en la recompensa que tan justamente mereceis, quiero ocuparme del castigo de los traidores.

—Si V. A. me lo permite, dijo un caballero de la servidumbre del rey, le participaré lo que ocurre.

—¿Otra conspiracion? ¿Se han descubierto mas traidores?

—Nó, señor.

—Hablad.

—Hace media hora que don Rodrigo....

—¡Ah!.... ¿Sabeis de él? interrumpió vivamente el monarca.

—Se ha presentado, y está en su prision.

—Ha cumplido su palabra, dijo friamente don Alonso Perez de Guzman.

—Que venga ahora mismo; id por él.... Si no me he equivocado.... ¡Oh!... Ha querido vengarse, se ha vengado á fuerza de lealtad.... ¡Gran corazon!

Algunos caballeros se apresuraron á ejecutar la órden del rey, saliendo de la estancia para ir en busca del bastardo.

—Don Alonso, repuso el monarca, vos teniais noticia de esta conspiracion, porque bien claramente he visto que os habiais preparado para castigar á los rebeldes. ¿Por qué no me lo dijisteis?

—No tenia completa seguridad, y hubiera sido poner á V. A. en cuidado.

—Pero conocéis á los traidores....

—Conozco solamente la traicion que se intentaba.

—Don Alonso, pensad que teneis el deber de ayudarme á esclarecer la justicia.

—Señor, el leal don Rodrigo aclarará vuestras dudas, porque está mejor informado que yo.

—¡Mejor informado que vos!

—Sí, señor; desde su oscuro calabozo, antes que de

su libertad y de su vida, se ha ocupado de vuestra vida y de vuestra corona.

—¿Ha querido echarme en cara lo que él llama mi ingratitud?

—A lo que entiendo, señor, solo hã querido enseñar á los que se dicen caballeros á ser leales.

—¿Conque no hay duda en que él era el de la negra armadura?...

—Aquí lo teneis, señor, y podrá sacaros de dudas, replicó don Alonso señalando á la puerta, donde apareció Rodrigo.

—El medio puñal, el medio puñal, dijo el monarca al bastardo.

Este no contestó una palabra, pero sacó el arma que habia roto y la entregó á Fernando IV, que sin detenerse abrió los brazos y exclamó:

—¡Sois el hijo de mi noble abuelo!... ¡Venid, no me negueis un abrazo!

Pero Rodrigo dobló una rodilla, inclinó la cabeza, y con voz conmovida dijo:

—¡Antes vuestro perdon!

—Levantad, levantad....

—Vuestro perdon, señor.

—¡Mi perdon!... ¿De qué?

—Declaro, repuso Rodrigo, haber ofendido al rey con palabras descompuestas cuando se dignó entrar en mi calabozo.

Oyóse un murmullo de admiracion, y el monarca dijo:

—Me avergonzáis, me haceis recordar mi ligereza... Quiero estrecharos contra mi pecho; alzad, yo os lo mando.

Rodrigo se levantó, y despues que hubo abrazado á su sobrino, repuso:

—Señor, mi honra ha sido manchada por la acusacion de un miserable, y los documentos que se me encontraron me acusan, aunque son una prueba de mi lealtad.

—Pues yo os declaro inocente, el mas noble caballero de Castilla...

—No basta, señor: la calumnia deja hondas huellas, y es preciso borrarlas.

—Lo preciso, replicó Fernando IV, es conocer á los traidores; vos sabeis quiénes son: nombradlos.

—Don Juan Alfonso ha castigado á uno de ellos, al mas temible, á mi infame delator.

—¡Don Enrique de Alvarado!... ¿Y cómo está de su herida?

—No tiene cura, contestó un caballero, y quizás á estas horas haya dejado de existir.

—¡Oh!... que lo vigilen, que se le considere preso y que....

—Antes que todo, replicó el bastardo, debiera procederse á un registro escrupuloso de cuantos escritos tenga en su casa y lleve sobre sí.

—Teneis razon... Vos, don Alonso, y vos, don Beltran, os encargais de hacerlo así ahora mismo.

Don Alonso y otro caballero de los que estaban presentes salieron de la cámara.

—Seguid diciendo lo que debé hacerse, repuso el monarca.

—Nada mas por ahora: los traidores habrán huido, estad seguro; y si llegamos á saber los nombres de todos, no habremos adelantado poco.

—Miserables! exclamó el monarca. Yo os habian acusado, me habian hecho dudar de vos.... Yo os vengaré, mi buen Rodrigo, yo os vengaré.

—Ya lo ha hecho este doncel, acreditando al mismo tiempo su valor y la fuerza de su brazo, dijo Rodrigo señalando al hijo de Guzman.

—Bien os habeis portado, don Juan Alfonso! bien, ¡por vida mia!... Mereceis vuestro ilustre nombre.

—Ahora, repuso el bastardo, quiero que me permitais explicar cómo estaban en mi poder los pergaminos que me acusaban, porque es declaracion esta que quisiera hacer públicamente.

—Os he dicho que reconozco vuestra inocencia, y para mí ya no es vuestra explicacion sino objeto de curiosidad.

—No importa, señor: si me lo permitís, aprovecharé el tiempo que tarden en volver don Alonso y don Beltran.

—Bien, como os plazca.

Entonces Rodrigo esplicó en pocas palabras cómo se habia hecho dueño de los pergaminos, y cotejando fechas y horas, comprendió el rey la verdad de aquella revelacion. Lo demás se explicaba por sí mismo, porque fácil pudo ser á don Enrique averiguar que el bastardo se habia aprovechado de la agonía del infante para

utilizarse de aquellos documentos, lo cual debia ser suficiente á su maligna invencion.

— Si eso lo hubiéseis dicho antes, replicó el monarca, la falsedad hubiese sido descubierta.

— Señor, hice un juramento....

— Es verdad; yo debí tener mas fé en vuestras palabras.

El enojo del rey se habia trocado en alegría al pensar que estaba en camino de descubrir á todos los traidores; así es que siguió en animada conversacion con el bastardo durante una hora, hasta que volvieron don Alonso y don Beltran.

— ¿Habeis encontrado algo de provecho? les preguntó el monarca apenas entraron.

— Mas de lo que debiera esperarse, contestó don Alonso. Leed, señor, esa carta de don García, y ella os lo explicará todo.

Y el caballero entregó un pergamino, que era efectivamente la carta que vimos escribir en casa del infante don Juan al asesino don García.

— ¡Todo lo comprendo!... ¡Miserables! exclamó Fernando despues que leyó el escrito. He aquí, mi buen Rodrigo, justificada vuestra inocencia; querian inutilizaros porque érais su mas temible enemigo.... ¡Cobardes!... ¿Y cómo está ese traidor?

— Espirando.

— Aun despues de muerto, su cabeza rodará cortada por el verdugo, y no quedará piedra sobre piedra de su casa, que arrasaré hasta los cimientos.

—Señor....

—Haré justicia, replicó severamente el rey. Ahora, don Rodrigo, decid quiénes son los demás traidores.

—Lo ignoro, pero el tiempo los dará á conocer, y no hay que temerles, si V. A. quiere devolverme la espada que le di.

—La mia, dijo el monarca quitándose su acero, de rica empuñadura, y dándolo al bastardo.

Iba este á mostrar su agradecimiento con sentidas palabras, cuando la puerta se abrió violentamente, y entró pálido y agitado el infante don Juan.

—¡Mi hija! gritó con ronco acento. ¡Me han robado á mi hija!...

Don Juan Alfonso exhaló un agudo grito y se acercó al infante, mientras que afluía á su cabeza toda la sangre de su cuerpo.

—¡Que os la han robado! exclamaron á la vez el monarca y los demás caballeros.

—Sí, me la han robado.... ¿Qué habeis hecho de ella? repuso el infante clavando una mirada terrible en don Juan Alfonso.

—¡Tened la lengua! exclamó este. No prosigais, don Juan....

—Yo sé dónde está vuestra hija, interrumpió Rodrigo interponiéndose entre el mancebo y el padre de Sol. Don Juan Alfonso es incapaz de semejante villanía, y el que otra cosa dijere, miente y lo declaro villano y mal nacido.

—Soy bastante, dijo el doncel, para castigar al men-  
guado que me ofenda.

—¡Silencio! exclamó el rey con imperioso acento. Es-  
tais en mi presencia. ¿Venís á pedir justicia, don Juan?  
Yo os la hare, porque este es el dia de las reparaciones  
y de los castigos.

El infante quedó pensativo algunos instantes, y lue-  
go repuso:

—Acusar á un amante de haber robado á su dama,  
cuando no tiene otro medio de conseguir su mano, no es  
una ofensa; pero sí es un abuso retar á un padre quan-  
do llora la pérdida de un hijo y....

Don Juan se detuvo, porque al volver la cabeza vió  
á don Alonso Perez de Guzman que clavaba en él una  
mirada tan severa, tan significativa, que á pesar de su  
audacia se sintió turbado, y enmudeció su lengua con  
el recuerdo de Tarifa.

—Don Rodrigo, mi hijo don Juan Alfonso y yo, nos  
comprometemos á devolveros á vuestra hija, ó á morir  
en la empresa, dijo con pausado tono el señor de San  
Lúcar.

—Perdonad, señores, repuso avergonzado el infante.  
Estoy loco, porque el dolor me ha trastornado.... ¡Oh!...  
¿Decís, don Rodrigo, que sabéis dónde está mi hija?...  
¡Devolvédmela, y besaré la tierra que pisais!...

Y aquel hombre sin corazon, de instintos tan per-  
versos, lloró como un niño, y suplicó y se humilló ante  
los que mas aborrecia, olvidando en un momento sus  
antiguos rencores.

—Yo no quiero de vos otra recompensa, le contestó el bastardo, sino que olvidéis que la suerte ha favorecido esta tarde en el torneo al caballero de la negra armadura.

—Don Juan Alfonso, repuso el infante, vamos por mi hija, que ha de ser vuestra esposa....

—¿Pero dónde está? preguntó el rey cuando el doncel iba á hacer una exclamacion de júbilo.

Rodrigo se acercó al oido del monarca, y le dijo algunas palabras.

—¿Qué decís?

—Es secreto que importa guardarlo.

—Llevaos veinte, treinta, cien ginetes de mis mejores soldados....

—Basta con nosotros. Y vos, don Juan, vendreis con nosotros.

—¡Oh!... sí.

—Pues volved á vuestra casa y preparaos para salir de Valladolid. Antes de una hora iremos á buscaros. No lleveis mas que un escudero y armas á la ligera, pues mas que fuertes, necesitamos ser ágiles.

—¿Me direis entónces dónde está mi hija?

—Preguntadlo á vuestra esposa.

—¡A mi esposa!... ¿Qué misterio es este?

—Don Juan, el tiempo vuela.... A caballo.

Con la vénia del monarca salieron los cuatro, y los cortesanos quedaron pensativos por la viva curiosidad que en ellos habia escitado aquel lance y el misterio de las palabras de Rodrigo.

Inútil es que digamos á nuestros lectores que don Juan Alfonso estaba trastornado por la mas rabiosa ira, y que su enamorado corazon palpitaba como si fuese á romper el pecho. Por otra parte, aunque mas interesado en la suerte de doña Sol despues del infante, era el que menos sabia en aquel asunto, y desesperábase mas por esta razon.



## CAPITULO LII.

## Cómo se encontraba Sol.

El sol acababa de asomar tras las cumbres de Oriente, y sobre la nevada montaña donde estaba socavado el palacio del Brujo, hallábase este de pié, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, contraída la frente y como si estuviese dominado por una idea que las absorbiese todas. Largo rato permaneció inmóvil, como una estatua de negro mármol colocada sobre el blanco pedestal de la nevada cumbre, y al fin levantó la cabeza, respiró con avidez el aire húmedo y frío que allí soplaba, y exclamó:

—¡Cuánto he sufrido! Y yo que soy el señor del mundo, que nada me infunde miedo, he temblado en su presencia, he bajado los ojos sin poder resistir sus miradas severas y desdeñosas.... ¡Oh!...

Efectivamente, aquel hombre de tan feroces instin-

tos, que no reconocia Dios ni ley, que nada respetaba, se habia sentido débil ante la inocente Sol, y no se habia atrevido á usar de su fuerza contra el desprecio.

La hija de don Juan no recobró el sentido sino despues de estar en la caverna, y habia pasado la noche sin cerrar sus ojos al sueño. Su situacion era la mas apurada; y aunque estaba dispuesta á sacrificar su vida antes que se empañase su honra, esto no la tranquilizaba, ni era tampoco una esperanza lisonjera.

Aunque en extremo débil, como hacia largo rato que Sol no sentia ruido alguno, creyéndose sola, dejó el monton de paja que le habia servido de lecho, y siguiendo la direccion de la entrada de la luz, subió la escalera que ya conocen nuestros lectores, y se encontró en la cumbre de la montaña; pero al ver que estaba allí el Brujo, exhaló un grito de espanto y quedó inmóvil sin acertar á retroceder.

El Brujo se adelantó, estendió los brazos hácia la jóven, pero á su vez quedó tambien inmóvil al escuchar que ella dijo:

—¡Detente, miserable!

—¡Que me detenga! exclamó el asesino. ¿Por qué he de obedecerte? ¿No estás en mi poder? Por tí he arriesgado la vida, mas que la vida, mi libertad, y quieres que me detenga... Mira á tu alrededor, y verás que no hay mas que precipicios, que no puedes huir ni nadie puede venir á protegerte; que eres débil y yo fuerte.

Sol miró maquinalmente á todos lados, y se estremeció.

—¿Estás convencida?

—Sí, pero tengo un recurso, un camino que tú no puedes cerrarme con toda tu fuerza, y que me salvará.

—¿Cuál?

—La muerte.

—No morirás, porque yo te lo estorbaré; no morirás, Sol, te lo juro, porque te vigilaré á todas horas.

—Me matará el hambre.

—No te creo.... ¡Oh!... no quiero creerte, dijo el asesino con acento de desesperacion.

—¿Por qué no me has dejado al lado de mi madre? ¿Por qué me atormentas? ¿En qué he podido ofenderte?

—Porque te amo, ya te lo he dicho, porque me domina la pasion que me has inspirado, porque sin tí me es odiosa la vida, á pesar de mi libertad.

—¡No prosigas! exclamó Sol cubriéndose el rostro con las manos.

—Serás mia.

—¡Jamás! Antes la muerte.

—Ahora te suplico, pero luego dispondré de mi fuerza.

—¿No te compadeces de mí? repuso la jóven, cuyos ojos se llenaron de lágrimas.

—Sufro mas que tú, mucho mas, y no te inspiro ni aun lástima.

—¿No temes á Dios?

—No hay nada que me infunda temor mas que la idea de perderte.

—Pues bien, me perderás.

—Nó, porque antes serás mía, replicó el Brujo dando otro paso hácia la jóven.

Y fijó en ella una mirada ardiente, tan viva y penetrante, que la infeliz retrocedió espantada.

—¿Detente! gritó el asesino. Estás cerca de un precipicio que no ves, porque lo cubre la nieve.

—Pues no te acerques á mí. Vete.

El asesino guardó silencio por algunos instantes, y al fin repuso:

—Si, me voy, vas á quedar sola en mi palacio; pero no intentes huir, porque es imposible. Volveré luego, te hablaré de mi amor, te suplicaré otra vez; y si aun me desprecias.... ¡oh!... me arrepentiré de haberte respetado, y lo que no hayan podido alcanzar mis ruegos....

—¡Calla, mónstruo! exclamó Sol llena de espanto.

—Sí, ya te he dicho que vas á quedar sola, pero te aconsejo que medites bien sobre tu situacion. De todo soy capaz, porque me domina la pasion que encendiste en mi pecho. Piénsalo bien, no escuches á tu orgullo, no te acuerdes de don Juan Alfonso, porque te perderás. ¿Sabes el sacrificio que he hecho respetándote? No lo comprendes; pero ten entendido que al dominarme se ha avivado mas la llama de mi amor.

La espresion del rostro horrible del Brujo hubiese hecho estremecer á cualquiera. Sus encendidos ojos, abiertos estremadamente, parecian querer salirse de sus órbitas, y su boca entreabierta dejaba ver dos hileras de blancos y afilados dientes, semejantes á los de un tigre. Era su respiracion agitada, y al levantarse su ancho

pecho, resonaba en su interior un ronquido sordo que infundía pavor.

La hija de don Juan sentía perder las fuerzas, y ya casi no podía sostenerse de pié: la falta de alimento y de reposo y el espanto que la dominaba, eran mas de lo que podía resistir su organizacion delicada y nerviosa.

Una vez dió el asesino un paso para alejarse, pero como si lo retuviese allí una fuerza oculta y mayor que la suya, acercóse nuevamente á Sol.

Esta exhaló un grito.

—No puedo, dijo el Brujo con acento de desesperacion. ¡Maldita seas!... Cien veces maldita, porque me has esclavizado, cuando yo era libre, enteramente libre, como ningun hombre. ¡Oh!... Has encadenado mi voluntad, has obligado á mi pensamiento á estar siempre fijo en tí, has quitado á mis miembros la facultad de moverse, porque quiero alejarme y no puedo... ¡Maldita seas, doña Sol!... Si no me faltase el valor para ello, té mataria para volver á ser libre, tan libre como el rayo, que por donde quiere pasa y destruye cuanto se le opone, sin que haya poder bastante á detenerlo. Pero hasta cobarde me has hecho, porque no tengo valor para verter tu sangre... ¡Oh!... Ya ves cuán caro me cuesta este amor... ¿Y quieres que renuncie á él?... ¡Imposible!... Serás mia, y todo el poder del infierno no bastaria para arrancarte de mis brazos.

—Pues bien, replicó con firmeza doña Sol, yo me quitaré la vida y volverás á ser libre, pero que no me

toquen tus manos impuras, que no llegue hasta mí tu aliento venenoso....

—No lo intentes, porque te lo estorbaré, interrumpió el asesino, cuyas pupilas relumbraron como dos áseuas. Mis manos te tocarán, y sentirás en tus mejillas el soplo abrasador de mi aliento, y yo sobre mi pecho las palpitations del tuyo.... Piénsalo bien: una hora, media no mas, te deajo libre... ¡Esclavo!... ¡Esclavo!

El Brujo hizo un esfuerzo, dejó escapar un espantoso rugido, y se precipitó en el interior de la caverna.

Sol quedó inmóvil, con la mirada fija en el sitio por donde habia desaparecido el Brujo, como si temiese verlo salir otra vez. La desdichada apenas podia respirar; sus delicados piés, clavados en la nieve, habian perdido todo su natural calor; pero su cabeza, á pesar del viento húmedo y frio que allí corria, se abrasaba como si encerrase un volcan. Temblaban convulsivamente sus miembros ateridos, y sus facciones, pálidas y descompuestas, revelaban el mas horrible espanto.

¿Qué iba á ser de la infeliz, sin mas defensa que la muerte?

Largo rato permaneció la doncella sin acertar á moverse ni aun á pensar, hasta que mas sosegado, aunque poco, su espíritu, pudo meditar, y comprendió que no debia abandonarse á la suerte, sino procurar salvarse. Entonces, reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban, comenzó á recorrer la cumbre en todas direcciones; pero la montaña era inaccesible por todos lados. El último punto á donde se dirigió, fué á la parte Norte, ya casi

sin esperanza, y efectivamente, vió que por allí la montaña descendia perpendicularmente hasta el llano, como si la hubiesen cortado á pico. Solo al mirar á sus piés, separóse instintivamente poseida del mayor espanto, y volvió á quedar inmóvil.

No habia salvacion: por la entrada de la cueva era imposible huir ni recibir ningun socorro, porque estaba tapada, como ya sabemos, por una enorme piedra, que solo era dado hacer girar sobre su invisible eje á un hombre de tanta fuerza como el Brujo.

La doncella se dejó caer sin aliento ni esperanza sobre la nieve, y allí hubiese muerto helada, si al fin el asesino no hubiese vuelto.

Pero antes de proseguir diremos cómo se encontraban los cuatro caballeros y sus cuatro escuderos que iban en busca de doña Sol.





—Hombres ligeros, dijo Roberto á sus compañeros del viaje. Sobre aquella nevada cumbre se eleva un yacimiento de... —

CAPITULO LII.

—Pues adelante, repite... — No hay que perder tiempo, añadió el leñador.

—Las crías, dijo entonces don Adriano, refiriéndose á su hijo menor, que se halla en el campamento, y que me acompaña en esta expedición.

De abajo arriba.

—Todo bajar, pues que sea posible, dijo el leñador, y no se debe perder tiempo en que para se encuentren los hombres, y nos falta averiguar en qué parte se encuentran los yacimientos de que debemos hacer caso.

La morada del Brujo no era un misterio, pues como tenemos dicho, los habitantes de las cercanías lo habían visto muchas veces sobre la elevada cumbre. Lo que todos ignoraban era cómo podía llegar hasta allí; pero no pudiendo acertarlo, se lo explicaban suponiendo que el asesino tenia pacto con Satanás y volaba sobre su juramento. Si la superstición no lo hubiese estorbado, fácilmente, acechando al Brujo, hubieran logrado darle caza; pero no había quien se atreviese, ni solo ni acompañado, á acometer semejante empresa, temeroso de que una legión de diablos cargara con él.

Fácil había sido, pues, al bastardo averiguar en dónde tenia su escondite el hombre fiero, de modo que sin perder tiempo, pudieron encaminarse los decididos

perseguidores á la madriguera; y cuando el sol empezaba á dejar ver sus rayos, dieron vista á la montaña.

—Hemos llegado, dijo Rodrigo á sus compañeros de viaje. Sobre aquella nevada cumbre se deja ver, y allí tendrá forzosamente su aposento y en él encerrada á doña Sol.

—Pues adelante, replicó con impaciencia don Juan.

—No hay que perder tiempo, añadió el doncel.

—Mas calma, dijo entonces don Alonso, refrenando á su fatigado corcel. Conozco estos sitios, y creo que no es todo llegar, pues quizás no nos sea posible subir á la cumbre á través de cortaduras y precipicios. Alguna vereda oculta debe haber, que solo ese miserable conoce, y nos falta averiguar en qué parte se encuentra.

—Eso es precisamente lo que debemos hacer, repuso el bastardo, que tambien detuvo su cabalgadura. Cien veces he recorrido estos lugares, y conozco el terreno palmo á palmo, pero no sé cómo pueda subirse á esa maldita montaña.

—Entonces ¿qué hemos de hacer? replicó don Juan Alfonso.

—De ello trataremos.

—Decid vuestra opinion.

—Pienso que lo mas acertado será acechar hasta ver al Brujo cuando vaya ó venga, y dándole alcance....

—Acabaremos con él, interrumpió don Juan.

—No, tan pronto, repuso Rodrigo. Lo que haremos será amenazarle para que nos entregue á doña Sol, porque si lo matamos, nada conseguiremos.

—Ciertamente.

—Y si lo viésemos cuando vuelve á su morada, no haremos mas que seguirlo para aprender el camino.

—Es lo mas prudente.

—Entretanto, preguntaremos á los labradores que pasen por aquí, pues no está demás ninguna noticia.

—¿Y en dónde esperaremos?

—Por de pronto aquí, hasta que sepamos por los campesinos el sitio por donde acostumbra á pasar con mas frecuencia ese demonio.

Los cuatro caballeros dejaron las cabalgaduras al cuidado de sus escuderos, y se sentaron debajo de unos castaños frondosos que cerca habia.

Don Alonso Perez de Guzman, con el rostro contraído, permaneció inmóvil y silencioso, mientras que el infante dirigia á todos miradas inquietas y escudriñadoras, y apretaba los puños y rechinaba los dientes con desesperacion. El doncel no revelaba mas que una profunda tristeza, aunque de vez en cuando solia dar tambien muestras de callada ira en alguna mirada chispeante que se escapaba de sus negros ojos. Rodrigo, al parecer, estaba tranquilo y hasta indiferente, pero sin duda meditaba mas y con mayor acierto sobre el modo de salir de aquel lance.

Largo rato permanecieron así, hasta que sonó á lo lejos el desentonado canto de un campesino, que caminaba con un azadon al hombro y seguido de un enorme y eachazudo mastin blanco.

—Veremos si este nos dá alguna noticia de provecho, dijo Rodrigo.

Y se puso de pié y aguardó la llegada del labriego para preguntarle.

—Buen hombre, le dijo cuando pasaba cerca de ellos, deteneos un instante.

El campesino miró á los caballeros, vió tambien á los escuderos que estaban á alguna distancia, y conociendo que era gente de calidad, descubrióse la cabeza respetuosamente, y contestó:

—Mandadme, señores.

—¿Habitais en estas cercanías? le preguntó el bastardo.

—¿Veis aquella choza que está junto al nogal?

—Sí.

—Pues es la mia, y os la ofrezco, aunque no querreis honrarla entrando en ella.

—Entonces conoceréis á un hombre que se alberga por aquí, que siempre vá montado en un jumento negro....

—¿El Brujo?

—Sí.

—Ave María, replicó el labriego santiguándose con espanto.

—No hay que hacer aspavientos, que el Brujo es un hombre como vos.

—Decís eso, porque no lo conocéis: es un hijo de Satanás, y tengo pruebas de ello.

—Bien, no importa: lo que deseamos saber es dónde tiene la madriguera para darle caza.

—Dios os bendiga si tal haceis, pero es imposible.

—¿Dónde se recoge?

—Solo sabré deciros que se le vé allá arriba, sobre aquel pico, ó atravesando por aquí sobre su maldita jumento, cien veces maldito, porque se seca cuanto pisa y cuanto huele.

—¿Pero por dónde sube allí?

—¿Quién lo sabe? No hay ninguna vereda; y el que intentase trepar esos montes, ó caeria en el fondo de un precipicio, ó quedaria enterrado en nieve. Aseguran que ese demonio se remonta por los aires con su asno, y que lo mismo hace para bajar. Yo no lo he visto, ni quiera Dios que lo vea, pero otros sí, y es cosa cierta, pues no podria subirse de otro modo.

—¿Pero no lo habeis seguido nunca cuando vuelve de sus expediciones?

—¡Seguirlo!... Pues á fé, señor, que es fácil cosa seguir al maldito jumento; y además, nadie hay que se haya atrevido á tanto.

—¿Cuándo lo habeis visto la última vez?

—Ayer al ponerse el sol, que se alejaba con su asno.

—¿Y ha vuelto?

—Lo ignoro; pero hace algun tiempo que sale á la misma hora y vuelve al amanecer.

—¿Quién podria darnos mas noticias de ese hombre?

—Nadie mas que yo, porque es raro el dia que no lo veo; pero os repito que nada conseguireis si intentais descubrir cómo sube á la montaña.

—Pues ¡vive Dios! que ha de caer en nuestro poder.

—No tendréis mas medio que acechar para cogerlo cuando vaya ó venga, y acometerle; pero encomendaos antes á Dios, y no dejéis de llevar alguna bendita reliquia.

—¡Cobardes villanos! exclamó el infante, que hasta entonces habia permanecido silencioso. ¿Y no habeis tenido valor para acometerle, siquiera reuniéndoos diez ó doce?

—Por vosotros lo vereis: sois cuatro con la ayuda de otros tantos escuderos que, segun sus trazas, no deben ser cobardes; pero si Dios no os ayuda, se burlará de vosotros.

—Pues yo os juro, replicó Rodrigo, que si el Brujo pasase ahora por aquí, le aplastaria el cráneo con esta piedra, como se aplasta á un bicho venenoso.

Y al decir esto levantó una enorme piedra que ningun hombre hubiese podido mover, y luego la arrojó á bastante distancia.

El campesino retrocedió mientras miraba con sorpresa y espanto á Rodrigo.

—No lo dudo, dijo, y creo que será el Brujo el que haya de pedir ayuda á Satanás.

—Es posible que necesitemos mas noticias, y entonces iremos á buscaros.

—Os serviré en cuanto pueda, nobles señores.

—Dejadnos.

El labriego se alejó, no sin ciertos temores de que fuese otro pariente de Satanás Rodrigo; y los cuatro caballeros, despues de conferenciar breve rato, determina-

ron explorar los alrededores de la montaña por si descubrieran algún sitio accesible.

Cabalaron nuevamente, y seguidos de sus escuderos, vagaron de un lado para otro cerca de media hora, hasta que llegaron al vallecillo desde donde arrancaba la cortadura perpendicular de que hemos hecho mención.

—Por aquí, dijo Rodrigo, debería bajar ó subir el Brujo para probarnos que vuela.

Todos levantaron la mirada con curiosidad, y todos á la vez, despues de un momento de duda, dijeron:

—Allí hay una persona.

Y miraron con mas cuidado y afan.

—Es una mujer, repuso don Juan Alfonso, cuyo rostro palideció.

—Es vuestra hija, don Juan, añadió el bastardo, cuya perspicaz mirada alcanzaba mas que ninguna otra.

—¡Mi hija! exclamó el infante. Mi hija.... sí... es ella.... vestida de brocado azul, como estaba en el torneo....

—¡Subamos! gritó el doncel.

—¿Por dónde? replicó Rodrigo.

—¿Hemos de abandonarla? dijo el infante.

—Mas calma, don Juan, que este es lance en que se requiere mas habilidad que fuerza.

—¡Vive Dios!

—Procuremos llamarle la atención....

—Ya nos ha visto.... mirad....

Efectivamente, Sol, á quien dejamos cerca de la cortadura, permanecia inmóvil allí, y habia visto á los caba-

llos, aunque al pronto no pudo reconocerlos; pero después de fijarse detenidamente y al ver que le hacían señas como llamándola, se convenció de que solo su padre y su amante y algún amigo podían ser aquellos ginetes. Entonces sacó un pañuelo blanco que por casualidad conservaba y lo agitó repetidas veces.

Estas señales no dejaron duda á los caballeros de que habían encontrado á Sol; pero la imposibilidad de llegar hasta ella desesperólos, especialmente al infante y al doncel, que con palabras y ademanes desahogaron la ira que los atormentaba, mientras que don Alonso y Rodrigo permanecían silenciosos y meditabundos.

—Y estais con esa calma, ¡vive Dios! exclamó don Juan. ¿No la veis, no estais convencidos de que es ella?

—¿Y qué hemos de hacer ahora? replicó el bastardo. Decidlo, y os obedeceremos. ¿Quereis subir? Subamos, ¿pero por dónde?

—Pues ello es preciso, aunque perdamos la vida, dijo don Juan Alfonso.

—Lo preciso es salvar á doña Sol, pues con nuestra muerte se completaría su desgracia.

—¡Mi hija, mi hija! gritó el infante fuera de sí. ¡Oh!... ¡Hija mia!...

—Sosegaos, don Juan; nada adelantaremos con desesperarnos.

—Pero algo hemos de hacer, porque menos adelantaremos con mirarla desde aquí.

—Dejad, repuso don Alonso, que medite don Rodrigo, y tal vez le ocurra un medio para salir del apuro. Tre-

par esa montaña, es una locura, porque nos quedaremos enterrados en la nieve y vuestra hija mas desamparada que nunca.

—Es indudable, dijo entonces Rodrigo, que hay una subida practicable, puesto que llega hasta allí el Brujo, y lo que debemos hacer es procurar conocerla. Tal vez doña Sol pudiera darnos noticias importantes sobre este punto, pero la dificultad es preguntarle sin el peligro de agravar su situacion. Ella creerá que nosotros conocemos la subida, y quizás por eso no se apresura á decirnos....

—¡A decirnos! interrumpió el infante. ¿Pero cómo ha de decirnos?...

—No le faltará medio, ni á mí de hacerle la pregunta; y así lo hubiese yo ejecutado si no temiese, repito, agravar su situacion.

—¡Preguntarle vos! replicó admirado el doncel.

—Muy fácilmente, pero no os diré cómo, porque en vuestro arrebató haríais cualquiera locura.

—¡Esplicaos, amigo mio!... ¡Esplicaos, por Dios!...

—Sí, esplicaos, dijo el infante; se trata de mi hija, y tengo derecho á saber....

—Os he prometido salvar á doña Sol.

—Pensad que se helará entre la nieve antes de que podamos socorrerla.

—El Brujo cuidará de su vida.

—Me desespera vuestra calma.

—Por ahora, don Juan, nos contentaremos con hacerle señas para ver si nos comprende, repuso el bastardo.

Y sin esperar, hizo á Sol con ademanes claras señas, preguntándole por dónde se subia, á las cuales contestó ella con otras, estendiendo un brazo hácia la izquierda.

—¡Por allí! exclamó el doncel. Vamos....

—Esperad, que no es bastante, replicó Rodrigo. Por algun lado ha de ser, pero se necesitan mas detalles.

Y volvió á hacer nuevas señas, diciendo á Sol que escribiese.

La doncella significó con un ademan que le era imposible hacerlo, pero despues meditó algunos instantes y del mismo modo dijo á los caballeros que esperasen allí.

Entonces el infante y don Juan Alfonso dejaron escapar un grito de alegría, y Guzman y el bastardo permanecieron silenciosos y pensativos.

Sol desapareció de la cumbre, y pasados algunos momentos dijo Rodrigo:

—Por donde ha asomado doña Sol puede asomar el Brujo y vernos, lo cual trastornaria nuestros planes; y para evitar que así suceda, me parece prudente que nos ocultemos entre esos olivos, desde donde podremos observar lo que sucede en la montaña, sin riesgo de que nos descubran desde arriba.

Pareció bien el consejo, y volviendo la rienda se metieron en un olivar, dispuestos á no moverse hasta que asomase otra vez la doncella.

## CAPITULO LIII.

De cómo la doncella demostró ser bastante ingeniosa.

Cuando Sol dijo á los caballeros que esperasen, se dirigió á la cueva resueltamente, y entrando llegó al aposento donde el Brujo tenia clavados los corazones. Entonces fué cuando la doncella sintió su falta de fuerzas y comprendió que le seria imposible sostenerse por muchas horas. La falta de alimento, el terror y las emociones violentas que habia sentido, eran mas de lo que podia resistir una mujer delicada. Sin embargo, un rayo de esperanza le daba aliento; su padre la habia visto, y tal vez podria salvarla; pero era preciso dominarse, hacerse superior á todo para conseguirlo por medio de la astucia, porque la fuerza de nada serviría.

La doncella miró á todos lados, y no viendo al Brujo, se sentó en el monton de paja que habia cerca del

hogar, donde ardian algunos leños, cuyo calor reanimó los miembros ateridos de la infeliz.

Entonces pudo meditar.

Segun habia comprendido, á sus salvadores les hacia falta alguna seña por la cual pudiesen venir en conocimiento del camino que habia para subir hasta allí. Ella, que habia vuelto de su desmayo antes de llegar á la montaña, podia dar alguna noticia, que aunque muy vaga, era muy importante. ¿Pero cómo hacerlo? No habia mas medio que escribir, y esto era imposible, porque como se comprende fácilmente, en la caverna del Brujo no habia ni tinta, ni plumas, ni pergaminos. A poco que reflexionó, convenciósese de que era preciso ganar tiempo; pero era preciso para esto que no se abandonase á su dolor, que procurase no perder las fuerzas, y aun mas, que entretuviese al asesino por algunos dias para dar tiempo al infante y á sus amigos á que pudiesen salvarla.

Se dice vulgarmente que las circunstancias hacen á las personas, y esto es una verdad, porque la doncella, con un valor y una fuerza de voluntad que nadie le hubiera supuesto, de que ella misma nunca se creyó capaz, dominóse y resueltamente se dispuso á llevar á cabo sus planes.

Le faltaba, sin embargo, encontrar el medio de comunicarse con su padre; y aprovechando aquellos momentos de soledad, puso en tortura su ingenio para obligarle á inventar lo que parecia un imposible.

Largo rato pasó sin que la doncella se moviese; y al

fin, levantando la cabeza y mientras que su frente se dilataba, murmuró:

—Dios me ayude.

El Brujo apareció en aquel instante.

El rostro de Sol cambió repentinamente, y al pronto no pudo dominar la repugnancia que sentía.

—Veo, dijo el asesino, que mis razones te van convenciendo: has hecho muy bien en venirte aquí, porque fuera te hubieses helado. ¡Oh! si llegas á comprender mi pasión, y sin mirar mi horrible aspecto, atiendes solamente á lo que encierra mi pecho, serás feliz, porque ningún hombre te ha consagrado un amor como el mío.

—¿Aun insistes?...

—Ha terminado el plazo, replicó el asesino acercándose á la doncella y poniendo á sus piés un canastillo que llevaba. Aquí tienes para comer un hermoso pedazo de ternera que he robado; pero el robo en mí no es un crimen, porque los hombres me disputan y me roban el terreno que piso, no dejándome un palmo de él donde reposar. Si persistes en tu idea de morir, de nada me habrá servido esponer la vida para traerte este alimento delicado; pero si te has convencido á mis palabras, si has comprendido que por librarte de mí cometerás un crimen quitándote la vida, entonces comerás, vivirás, y...

—¡Dios mío! exclamó la doncella cubriéndose el rostro con las manos.

—Piénsalo bien: el plazo ha concluido....

—¡Esto es horrible!... O la eterna condenacion si me doy la muerte, ó entregarme á tí.... ¡Ah! prosiguió Sol

mientras lloraba. Tendrás compasion, sí; mis ruegos conmoverán tu corazon endurecido....

—Nó, mi corazon no se conmoverá, porque antes habia de apagarse la llama del amor que lo consume, y esto es imposible. Pronuncia tu sentencia, decídetes....

—Aléjate.

—Nó.

—Apenas tengo fuerzas para sostenerme; mi cabeza está trastornada....

—Haré otro sacrificio; te dejaré para que recuperes las fuerzas con el alimento y para que descanses.

—Pero vete lejos, muy lejos, porque de otro modo no estaré tranquila, me será imposible reposar.

—Saldré del palacio, y así podrás dormir.

—¿Y quién me dice que no volverás á sorprenderme en mi sueño?

El Brujo meditó algunos instantes.

—Cualquiera tentativa, dijo, que hagas para escaparte, será inútil, porque ni podrias salir de aquí, y aun cuando salieses, perecerias entre los escollos de la montaña.

—Lo sé.

—Por consiguiente, nada me importa que conozcas la salida del palacio, ni decirte cómo puede franquearse. Si quieres puedes dormir junto á la puerta, de modo que yo no podré entrar sin que despiertes.

—¿Cuándo volverás?

—A la noche: así tendrás tiempo sobrado para dormir. Pero te lo repito, no intentes huir, piensa en lo que

te conviene, come, repara tus fuerzas, ó quítate la vida. Este nuevo plazo me cuesta un sacrificio que no comprendes; pero lo hago á trueque de que seas mia por tu voluntad, aunque no me ames.

—Déjame.

—Ven conmigo.

—¿Para qué?

—¿No he de enseñarte la salida y hacerte ver que si duermes allí no podré entrar sin despertarte?

—¿No abusarás de mí si te sigo?

—Aquí puedo hacerlo: ¿para qué llevarte á otro sitio? Pero antes, come, no tendrás fuerzas para andar.

La doncella se levantó, pero advirtiendo que las fuerzas la abandonaban, volvió á sentarse.

—Ya lo ves, repuso el asesino. Te esperaré.

Y tambien se sentó, y sus centellantes ojos fijaron en la doncella una mirada ardiente, y que por sí sola era bastante á revelar su violenta pasion.

Sol hizo un esfuerzo, porque comprendió que su salvacion dependia de su valor; y dominando su repugnancia se puso á comer.

—Quiero agua, dijo despues de haber consumido parte de la carne.

El Brujo se levantó y le llevó un cántaro pequeño lleno de agua cristalina y fresca.

—No la tendrás mejor en tu casa.

La doncella bebió con avidez, porque la fiebre le habia producido una sed abrasadora.

Luego se puso de pié: había recobrado parte de sus fuerzas y su serenidad.

—Vamos, dijo.

El Brujo siguió el camino que ya conocen nuestros lectores, llegó á la entrada de la caverna, y despues que hizo girar el peñon que la guardaba, dijo á Sol:

—Ya ves, moverse esta piedra, chocará contra tí si estás acostada en este sitio. Pero si tú intentas salir te quedarás burlada, porque además de que no tienes fuerzas suficientes para abrir, pondré un estorbo por la parte de afuera.

—Me encontrarás aquí cuando vuelvas.

—Lo sé; muerta ó viva he de encontrarte, porque ni por aquí ni por la salida de la montaña podrias escapar.

—Vete.

—Voy á esponer otra vez la vida para buscarte la cena.

El asesino salió.

La piedra volvió á girar, y Sol quedó sola en medio de un silencio pavoroso.

—Tengo miedo, murmuró á la vez que se estremecía.

Pero haciendo un esfuerzo, emprendió otra vez la caminata, hasta que llegó al aposento de los corazones.

—No debo perder un momento, dijo.

Y sus manos agitadas asieron el cántaro; derramó en el suelo una poca agua, arrancó de la pared del hogar un puñado de hollin, y poniéndolo en el agua, lo agitó con una ramita seca y formó un líquido que podia servirle de tinta.

Entonces brillaron sus azules ojos con una alegría indescriptible.

—¡Gracias, Dios mio! exclamó.

Luego extendió su blanco pañuelo, y haciendo uso de la ramita como de una pluma, logró escribir lo siguiente :

«Rodead la montaña hácia la derecha, hasta llegar á un sitio lleno de zarzas. Internaos por allí, luego volved á la izquierda, y seguid hasta que encontreis una reducida esplanada, donde hay un peñon arrimado á la roca. Haced girar este peñon, y vereis una abertura: entrad, seguid la galería tortuosa que se os presentará, y me encontrareis. Venid pronto: hasta ahora he podido liberarme de la deshonra, pero mañana será quizás tarde. El Brujo no volverá hasta la noche.»

Terminado este escrito, envolvió en el pañuelo una piedra, que fácilmente encontró, y de éste modo le dió el peso suficiente para que el aire no le hiciese variar de direccion.

—Dios me ayuda, dijo.

Y se encaminó á la cumbre y situó sobre la cortadura, mirando al sitio donde habian estado los caballeros.

Pero si hemos de seguir con orden, tenemos que dejar á la doncella y bajar á la llanura para saber lo que sucedió.

Entonces brillaron sus azules ojos con una alegría indescriptible.

— ¡Gracias, Dios mío! exclamó.

Luego estendió su blanco pañuelo, y haciendo uso de la tamiña como de una pluma, logró escribir lo siguiente:

«Haced la montaña hacia la derecha, hasta llegar á un sitio lleno de araxas. Internaos por allí, luego volved á la izquierda, y seguid hasta que descubriais una redondeada espalmada, donde hay un peñon arrimado á la roca. Haced girar este peñon, y vereis una abertura; entrad, seguid la galería tortuosa que se os presentará, y me encontraréis. Venid pronto; hasta ahora he podido libertarme de la deshonra; pero mañana seré quinta tarde. El Brujo no volverá hasta la noche.»

Terminado este escrito, enviólo en el pañuelo una piedra, que fácilmente encontró, y de este modo le dió el peso suficiente para que el aire no le hiciese variar

de dirección.

— Dios me ayude, dijo.

Y se encaminó á la cumbre, y alzó sobre la cumbre, mirando al sitio donde habían estado los otros

Pero si hemos de seguir con orden, tentamos no dejar á la derecha y bajar á la izquierda para ir á

que sucedió...

no nos harán ver nuevos inconvenientes? Pero dejemos para después este punto y observemos.

Todas las miradas se fijaron en la doncella, en tanto que palpitaban los corazones con mas fuerza que de costumbre.

### CAPITULO LIV.

Sol levantó el brazo derecho, enseñó por un instante el pañuelo, y en seguida lo lanzó al espacio con todas sus fuerzas.

Allí allí la sendeñina de vida ó muerte del camorato manchado. **Cómo llegó el escrito á manos de los caballeros.** de Rodrigo, y no es posible que pintemos el afán con que sus miradas seguían el descenso rápido del escrito.

Un grito se escapó de los labios de nuestros amigos al ver á sus pies el pañuelo.

Desde el olivar, á cuya sombra descansaban, vieron nuestros amigos aparecer en la cumbre á Sol, cesando su impaciencia porque les parecia que ya tardaba demasiado y que tal vez le habria sucedido alguna nueva desgracia.

—¡Allí está! gritó al verla Rodrigo, cuya vista era la mas perspicaz.

Levantáronse todos, y sin detenerse un instante, corrieron hasta el pié de la cortadura. El afán y el temor se pintaba en sus semblantes.

—¡La salvaremos! exclamó el hijo de Guzman con acento de júbilo.

—Dios mediante, le replicó el bastardo. No hay que concebir esperanzas locas. ¿Quién os asegura que las noticias de doña Sol, si es que algunas puede darnos,

no nos harán ver nuevos inconvenientes? Pero dejemos para despues este punto y observemos.

Todas las miradas se fijaron en la doncella, en tanto que palpitaban los corazones con mas fuerza que de costumbre.

Sol levantó el brazo derecho, enseñó por un instante el pañuelo, y en seguida lo lanzó al espacio con todas sus fuerzas.

Iba allí la sentencia de vida ó muerte del enamorado mancebo y del infante, la tranquilidad de don Alonso y de Rodrigo, y no es posible que pintemos el afan con que sus miradas seguian el descenso rápido del escrito.

Un grito se escapó de los lábios de nuestros amigos al ver á sus piés el pañuelo.

Don Juan Alfonso, mas ligero que ninguno, lo recogió; pero el infante, impulsado por su paternal deseo, sin poder contenerse se lo arrebató de las manos, lo desató, y estendiéndolo, fijó en las desiguales letras su anhelante mirada. Los otros tres caballeros lo rodearon, y todos á la vez, con voz trémula por la emoción, leyeron y exhalaron un segundo grito de inesplicable júbilo.

—¡Sin mancha todavía! exclamaron el infante y don Juan Alfonso.

—Y sin mancha la véreis en vuestros brazos, ó he de perder la vida en la demanda; dijo Rodrigo.

—A caballo, señores, replicó don Alonso Pérez de Guzman.

—¡A caballo!

—¡Aquí, escuderos!

Estos llegaron con los corceles.

Nuestros amigos cabalaron sin esperar á que les tuviesen el estribo, y partieron velozmente, rodeando la montaña.

—¡Vive Dios! exclamó el infante. ¡He de arrancar con mis propias manos el corazon vil á ese asesino!

—¡Y será mia, y ya nada se opondrá á nuestra union! murmuraba el doncel. ¡Cuánta felicidad!... Mas aprisa, don Juan; mas aprisa, padre mio!... Vamos, don Rodrigo, no os quedeis atrás; llevais un potro duro y corredor.

Y don Juan Alfonso heria sin cesar los ijares de su yegua y caminaba delante de todos.

—Poco á poco, mancebo, decia el bastardo; mas calma, que tal vez necesitemos correr luego, y si nuestras cabalgaduras están cansadas, nos arrepentiremos de haber corrido ahora.

—Acordaos de vuestra promesa y seguid adelante, le replicó el doncel.

—Sí, la salvaremos, os la devolveré pura; pero si antes muero!...

—¿Quién ha de mataros?

—El Brujo.

—¡A vos, que podeis aplastarlo!

—Ya sabeis, don Juan Alfonso, que las espadas se rompen en su pecho.

—Es verdad, pero vos no necesitais espada; os sobra con vuestros puños.

Sobre diez minutos correrian, cuando al llegar á un sitio lleno de maleza, detuvieron los caballos.

—Aquí será. —Esploremos. —Id prevenidos, porque es fácil que ese demonio se oculte entre los abrojos y asesine al que tenga más cerca antes de dejarse ver.

Descabalaron, y desenvainando los puñales, que en aquel sitio eran mejor defensa que las espadas, se metieron en la espesura, después de dar algunas órdenes á sus escuderos, que debían esperarlos allí. Pero apenas habian adelantado muy trabajosamente cuatro ó cinco pasos, dijo Rodrigo:

—No debe ser este el camino. —¿Por qué? —Ya veis que es impracticable.

—Y lo mismo para el Brujo y su jumento. —Ya sabéis que no se parece á ningun otro hombre, repuso el infante.

—¿Vos tambien, don Juan, sois de los que creen que vuela el asesino?

—Creo que por donde nosotros no podamos pasar, pasará él.

—Reparad estos espinos, y comprendereis que si cualquiera anduviese sobre ellos, los quebrantaria, como ha sucedido con los que dejamos atrás.

—Es verdad, pero las señas.... —¿No habrá mas que un sitio lleno de abrojos? Además, no podremos seguir, porque estos zarzales son muy crecidos y espesos.

Efectivamente, el sitio donde se encontraban era

de todo punto intransitable, según era la espesura de los abrojos: además, el piso se presentaba mas blando cada vez, y era de esperar que llegase un momento en que los atrevidos exploradores se hundiesen en la tierra hasta las rodillas. Sus manos estaban ya ensangrentadas, y apenas podian resguardar sus rostros de los agudos espinos. Empero nada les hacia retroceder: ayudados de sus puñales, con los que iban cortando algunas ramas para abrirse paso, seguian adelante mientras pisaban y maldecian.

—No es este el camino, ¡vive Dios! gritó el bastardo apretando los puños con rabiósa ira.

—¡Y hemos de volvernos atrás! dijo el infante. ¡Por el infierno, que antes he de perder la vida!

—Imposible. Mirad adelante.

—¡Por Satanás!

—¡Vive el cielo!

—¿No veis que á diez pasos de nosotros se levanta esa roca, que nos impedirá el paso?

A corta distancia terminaba la espesura en una roca, que se levantaba casi perpendicularmente.

La desesperacion se pintó en sus semblantes, y de sus lábios salieron con acento terrible maldiciones y amenazas.

Los ojos del infante brillaron como los de un tigre, rechinaron sus dientes, y ciego por la cólera, gritó:

—¡Adelante, aunque el infierno se oponga á mi paso!

Luego, sin escuchar á sus amigos, se lanzó á través de la maleza como un loco.

—¿Qué haceis? le dijo el bastardo.  
 Pero el infante, sin contestar mas que un rugido, como el del leon hambriento, se internó mas, llegó al pie de la roca, volvió á la izquierda, y quedó repentinamente parado.

—¡Volveos, don Juan!  
 —¡Que el infierno me trague! gritó el infante, á la vez que se arrancaba desesperadamente mechones de su barba y hacia esfuerzos inauditos.

Sus piernas se habian hundido hasta las rodillas, y no podia moverse; pero los otros caballeros pensaron que la desesperacion de don Juan era por tener que volverse, y le gritaron otra vez, diciendo:

—¡Venid, probaremos por otro lado!

En aquel instante llegó hasta ellos el eco de una voz ronca, lejana, que parecia partir desde el cielo, y que decia:

—¡Infante don Juan!

Los cuatro caballeros levantaron la cabeza y no pudieron contener un grito de espanto.

Sobre la roca, colocado á su borde, estaba el Brujo con el cuerpo inclinado hácia adelante y los brazos levantados, sosteniendo por encima de su cabeza un enorme peñon, como si se dispusiese á arrojarlo sobre sus perseguidores. El rostro del asesino estaba descompuesto, pero no con la espresion de la ira, sino con la de un júbilo satánico, que lo hacia mas horrible, mas repugnante aun. Sus cabellos estaban mas erizados que de costumbre, chispeantes sus ojos como dos carbones encendidos,

y la sonrisa infernal, de criminal triunfo, que dilataba su boca, dejaba ver sus afilados y blanquísimos dientes, que castañeteaban como los del chacal cuando van á teñirse con la sangre de su víctima.

Ni una palabra acertaron á pronunciar los caballeros: permanecieron mudos, inmóviles y con la mirada, de espanto llena, fija en el asesino, que amenazaba aplastarlos con solo hacer un leve movimiento.

La situación no podía ser mas crítica: no tenían tiempo para huir, no había medio de evitar el golpe.

—¡Bastardo! volvió á gritar el Brujo. ¡Aquí de tus fuerzas!

Don Alonso Perez de Guzman, olvidándose de Sol y del peligro que él corría, se lanzó sobre su hijo y lo cubrió con su cuerpo á la vez que lo abrazaba; pero el doncel se separó, diciendo:

—¡Huíd, padre mio!

—¡Don Juan Alfonso! prosiguió el Brujo. ¡Apuesto mancebo, luego bajaré para arrancarte el corazón!

—¡Huyamos! gritó Rodrigo.

Y lo mismo que don Alonso y su hijo, impulsados los tres por el instinto de conservación, retrocedieron, lanzándose á través de los abrojos.

Cada cual huyó con cuanta velocidad le fué posible, creyendo que los demás hacían lo mismo, y sin advertir que el infante no pudo moverse del sitio donde estaba clavado.

El Brujo dejó escapar una carcajada estridente, espantable, que se repitió en la montaña como el tableteo

del trueno, y clavando su mirada encendida en el infante don Juan, estiró los brazos cuanto pudo para arrojar con mas fuerza el peñon....

El infante exhaló un grito de espanto y se cubrió la cabeza con sus crispadas manos, como si pudiese resguardar con ellas el terrible golpe....

Movió el Brujo el peñon para darle direccion segura....



levantado sobre el valeroso infante don Juan, en guisa de aplastarlo, etc., etc. » Esto diremos, pero no lo demos shorts, sino que siguiendo á los otros tres caballeros, de quienes el asesino pareció no hacer caso, sin duda porque tenía segura la victoria entre las malexas y acabar á su placer con ellas, diremos la determinacion que tomaron cuando al salir de la espesura se pararon de nuevo al infante.

Valerosos en extremo eran los tres, y muchas pruebas donde no quedará satisfecha la curiosidad del lector, si alguna tiene, la pesura, cada cual por su lado, y no al mismo tiempo, estaban hábilidos como cabaleros, y en sus miradas y en lo descompuesto de sus facciones se pintaba el espanto. Medio ahogado de fatiga sin aliento apenas, no pudo

Así como en el capítulo VIII del *Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*, quedó el andante caballero con la espada en alto sobre la cabeza del escudero vizcaino, y con determinacion de abrirle por medio, así tambien en el capítulo anterior hemos dejado al Brujo con el peñon en alto sobre el infante y con determinacion de aplastarlo. La causa es la misma: Cervantes dice que el autor de aquella historia deja pendiente en tal punto la estupenda batalla; y las crónicas y apuntes que tenemos á la vista sobre el infante don Juan, dejan en tal punto el peligroso suceso, aunque por algunas indicaciones que en ellos se hacen no desesperamos de encontrar el fin de tan espantable situacion; y entonces, á imitacion de Cervantes, diremos: « Dejamos en el capítulo LIV de esta historia al famoso Brujo con el peñon

levantado sobre el valeroso infante don Juan, en guisa de aplastarlo, etc., etc.» Esto diremos, pero no lo decimos ahora, sino que siguiendo á los otros tres caballeros, de quienes el asesino pareció no hacer caso, sin duda porque tenia seguridad de alcanzarlos entre las malezas y acabar á su placer con ellos, diremos la determinacion que tomaron cuando al salir de la espesura echaron de menos al infante.

Valerosos en extremo eran los tres, y muchas pruebas de ello tenian dadas; pero cuando salieron de la espesura, cada cual por su lado, y no al mismo tiempo, estaban pálidos como cadáveres, y en sus miradas y en lo descompuesto de sus facciones se pintaba el espanto. Medio ahogados de fatiga, sin aliento apenas, no pudieron articular una sílaba. Sus megillas y sus manos estaban teñidas de sangre y hechos girones sus vestidos.

Rodrigo fué el primero que salió, algunos minutos despues el mancebo, y luego don Alonso, que al ver á su hijo en salvo, abrazólo poseido de la mas tierna alegría.

Acudieron presurosamente los escuderos, que al ver llegar desalentados y con tal aspecto á sus señores, no dudaron de que alguna desgracia les habia sucedido.

—Sosegaos, pero estad prevenidos á todo, les dijo el bastardo.

Y luego, mientras limpiaba la sangre que corria por sus megillas, añadió dirigiéndose á Guzman: —¡Vive Dios, don Alonso, que ya es caso el presente de morir ó esterminar á ese infame asesino!

—¡Juro, exclamó arrebatadamente el doncel, no entrar bajo techado hasta salvar á Sol y castigar á ese miserable!

—¿Y don Juan? dijo entonces don Alonso.

—Debe salir después, porque estaba mas lejos.

—¿Habrà perecido?

Miráronse los tres caballeros sin atreverse á contestar.

—Espéremos, dijo al fin el bastardo, y si tarda en salir....

—Creo que no debemos esperar, replicó el mancebo; quizás necesite nuestra ayuda.

—Nuestra ayuda.... ¡oh!... ¡vive el cielo!... ¿Qué ayuda puede prestarse contra un enemigo que solo con hacer un movimiento puede aplastarnos?

—¿Y hemos de abandonar por eso á nuestro amigo, á un padre desdichado?...

—No tengo miedo, don Juan Alfonso, interrumpió Rodrigo.

—Lo sé, pero...!

—Si ha muerto el infante, no nos queda que hacer mas que buscar su cadáver para darle sepultura y vengarlo; y si el terrible golpe que amenazaba nuestras vidas no le ha alcanzado, lo cual dudo, nada tiene que temer, porque el asesino no puede perseguirle. Espéremos, pues, y si tarda en salir, iremos, como os digo, á buscar el cadáver de don Juan, esponiéndonos á ser tambien aplastados, porque casi seguro el asesino esperará nuestra vuelta. Yo iré delante, pero seremos mas pre-

cavidos ; llevaremos nuestras hachas para abrirnos paso.

— ¡Muerto ! se exclamó el doncel con desesperación.  
¡Muerto el padre de Sol!... ¡Esto es horrible!...

Y apretó los puños y con centellantes ojos miró á su alrededor, como si buscase en quién desahogar su ira.

— No esperemos mucho tiempo, añadió: ya sé que ninguna ayuda puede prestársele, que vamos á arriesgar locamente nuestras vidas; pero saldremos de dudas, cesará esta incertidumbre, que es peor que la misma muerte.

— Sosegaos, don Juan Alfonso, replicó Guzman: sentaos y recobrad vuestras fuerzas, limpiad la sangre de vuestro rostro y obremos segun la opinion de don Rodrigo, que tengo por la mas razonable.

Sentáronse los caballeros en las partes salientes de la roca, y escucharon con atencion por si algun ruido les anunciaba la llegada del infante, pero trascurrió largo rato sin que nada se percibiese; y pudiendo en ellos mas la ansiedad que la prudencia, levantáronse y determinaron volver á entrar en la espesura.

— Nuestras hachas, dijo Rodrigo á los escuderos.

— ¿Pero no os acompañamos, señores?

— No, porque es preciso que guardéis esta entrada: ¿quién puede asegurar que ese demonio no nos atacará ahora por la espalda?

Los caballeros tomaron las hachas y con ánimo resuelto comenzaron á abrirse camino y á seguir adelante.

De vez en cuando se paraban, escuchaban, y como

ningun ruido les anunciase que don Juan andaba por allí, seguían avanzando.

—Lo llamaremos, dijo Rodrigo: tal vez conteste.

—Teneis razon, repuso el mancebo, en tanto que limpiaba el sudor copioso que por su frente corria, producido por el cansancio.

—¡Don Juan! gritó Rodrigo con prolongado acento y sonora voz.

Pero el eco solamenté respondió al perderse, mientras se repetía en las concavidades de los elevados riscos.

Don Juan Alfonso se estremeció.

—¡Vive Dios! añadió el bastardo, mientras emprendia nuevamente su faena.

Don Alonso palideció y siguió silencioso.

Pocos momentos despues y cuando se disponia Rodrigo á repetir su llamamiento, estendióse de repente una viva claridad delante de los caballeros, y en seguida una columna de negro humo se elevó, perdiéndose en las nubes.

—¿Qué es esto? dijo el doncel temblando, como si le hubiese acometido una convulsion.

—¡Fuego! exclamó Guzman.

—¡Dios de Dios! gritó Rodrigo, cuyos ojos brillaron mas que las llamas que en aquel momento se levantaron sobre la maleza.

—¡Quemado!...

—¡Ni aun su cadáver podremos librar!...

—¡Venganza, Dios mio, venganza! gritó el mancebo con el acento de un loco.

—¡Venganza! repitió Rodrigo. ¡Salgamos de aquí, corramos sin descanso en busca de ese miserable y que vaya con nosotros al esterminio!

—¡Corramos!

Aquellos tres hombres, ciegos de ira, trastornados por la mas rabiosa desesperacion, y á la vez poseidos del mayor espanto, volvieron á salir de la espesura gritando venganza, jurando, maldiciendo y aun blasfemando. Sus ojos centellantes, sus miradas torvas, sus frentes contraidas y la agitacion de sus pechos abrasados por la sed de sangre, les daban un aspecto horrible, aterrador, y que hubiese hecho temblar al mismo Brujo.

De los tres, el que mas sufría era el mancebo, porque la desastrosa muerte del infante era un golpe terrible para Sol, para la desdichada Sol, que harto debía sufrir sin aquella nueva desgracia; y si la infeliz habia sido víctima tambien de la brutalidad feroz del asesino, entonces.... ¡ah!... entonces, ¿qué le quedaba al doncel sino la desesperacion y la muerte?

No podia ser mas horrible la situacion para el enamorado mancebo.

Las llamas se estendieron con rapidez, haciendo cruzar las secas zarzas y despidiendo nubes de humo, que por algunos momentos anublaron la luz del sol.

Al cabo de media hora no se vieron mas que cenizas y algunos trozos de roca calcinada.

El Brujo habia desaparecido.

Nuestros amigos comprendieron que seria en vano

buscar el cuerpo del infante, porque estaria tambien convertido en cenizas.

Sin descansar un instante, sin dar tiempo á que se tranquilizasen sus ánimos, cabalgaron otra vez los caballeros, y seguidos de sus sirvientes, continuaron su marcha tan triste y fatalmente interrumpida, dando vuelta á la montaña en busca de otro camino que los llevase á mas feliz término.



bucar el cuerpo del infante, porque estaba también con-  
vertido en cenizas.

Sin descansar un instante, sin dar tiempo á que se  
traspulvisasen sus ánimos, cabalgaron otra vez los cabal-  
leros, y seguidos de sus sirvientes, continuaron su mar-  
cha tan triste y fatalmente interrumpida, dando vuelta á  
la montaña en busca de otro camino que los llevase á  
mas feliz término.

Después de haber estado un tiempo buscando el camino  
que les condujese á la ciudad, y habiendo ya perdido el  
camino, se vieron obligados á volver á la montaña, y á  
buscar otro camino que los llevase á la ciudad.

Después de haber estado un tiempo buscando el camino  
que les condujese á la ciudad, y habiendo ya perdido el  
camino, se vieron obligados á volver á la montaña, y á  
buscar otro camino que los llevase á la ciudad.

Después de haber estado un tiempo buscando el camino  
que les condujese á la ciudad, y habiendo ya perdido el  
camino, se vieron obligados á volver á la montaña, y á  
buscar otro camino que los llevase á la ciudad.

Después de haber estado un tiempo buscando el camino  
que les condujese á la ciudad, y habiendo ya perdido el  
camino, se vieron obligados á volver á la montaña, y á  
buscar otro camino que los llevase á la ciudad.

Después de haber estado un tiempo buscando el camino  
que les condujese á la ciudad, y habiendo ya perdido el  
camino, se vieron obligados á volver á la montaña, y á  
buscar otro camino que los llevase á la ciudad.

Después de haber estado un tiempo buscando el camino  
que les condujese á la ciudad, y habiendo ya perdido el  
camino, se vieron obligados á volver á la montaña, y á  
buscar otro camino que los llevase á la ciudad.

Después de haber estado un tiempo buscando el camino  
que les condujese á la ciudad, y habiendo ya perdido el  
camino, se vieron obligados á volver á la montaña, y á  
buscar otro camino que los llevase á la ciudad.

Después de haber estado un tiempo buscando el camino  
que les condujese á la ciudad, y habiendo ya perdido el  
camino, se vieron obligados á volver á la montaña, y á  
buscar otro camino que los llevase á la ciudad.

Después de haber estado un tiempo buscando el camino  
que les condujese á la ciudad, y habiendo ya perdido el  
camino, se vieron obligados á volver á la montaña, y á  
buscar otro camino que los llevase á la ciudad.

Después de haber estado un tiempo buscando el camino  
que les condujese á la ciudad, y habiendo ya perdido el  
camino, se vieron obligados á volver á la montaña, y á  
buscar otro camino que los llevase á la ciudad.

podría espalar guisa áquel nuevo crimen en favor de sus miras con respecto á la doncella.

Convenido pues, de que esto le era mas convenien- te, dejó el peñon; y mientras los caballeros huían, hacien- do un peduño rodeo, que él solo conocia,

## CAPITULO LVI.

bajo de la montaña y llegó en pocos momentos adonde estaba el infante, que aun—peraba recibir el terrible golpe.

—¡Misericordia! exclamó don Juan al ver delante de sí al Brujo y haciendo vanos esfuerzos para sacar los pies de la tierra.

Donde se dirá lo que habia sucedido al infante.

—Soségate, le dijo el asesino, porque nada adelanta- rás con gritos y demuestras. Ni siquiera puedes mo- verte....

—¡Cobarde, mal nacido!... Venias para gozarte mas

Dejamos al Brujo con el peñon levantado y dispuesto á descargarlo sobre el infante don Juan, que se cubria la cabeza con las manos, como si de este modo pudiera evitar el golpe que le amenazaba.

Ya dijimos que don Juan se habia separado de sus amigos y que el terreno en aquella parte era pantanoso, lo cual hizo comprender al asesino que de un solo golpe no podia herir á los cuatro caballeros, porque despues de aplastar al uno, el peñon se clavaria en la tierra y no rodaria para alcanzar á los otros. Sin embargo, dispues- to estaba á matar al padre de Sol, pero en los momen- tos en que iba á ejecutarlo así, pensó que nada adelan- taria con ello, porque quedaban los demás enemigos, y que una vez que solo pudiese quitar la vida al infante,

podría esplotar quizás aquel nuevo crimen en favor de sus miras con respecto á la doncella.

Convencido, pues, de que esto le era mas conveniente, dejó el peñon; y mientras los caballeros huian, haciendo un pequeño rodeo, y por yeredas que él solo conocia, bajó de la montaña y llegó en pocos momentos adonde estaba el infante, que aun esperaba recibir el terrible golpe.

—¡Miserable! exclamó don Juan al ver delante de sí al Brujo y haciendo vanos esfuerzos para sacar los piés de la tierra.

—Sosiégate, le dijo el asesino, porque nada adelantará con gritos y denuestos. Ni siquiera puedes moverte....

—¡Cobarde, mal nacido!... ¿Vienes para gozarte mas de cerca en mi agonía?

—Vengo para salvarte la vida, que perderías aquí sin necesidad de que yo te la quitase.

—¿Y mi hija? ¿Qué has hecho de mi hija?

—Está en mi palacio como una reina.

—¡Mónstruo!...

—No tenemos mucho que echarnos en cara: tú has asesinado como yo, mas cobardemente aun; has sido siempre un traidor; y yo no tengo que acusarme de ello, porque nunca he llamado á nadie amigo ni reconocido la autoridad de ningun señor. Ya ves, que habiendo entre nosotros tan poca diferencia, bien podemos tratar de nuestros asuntos, sin que por ella te rebajes. Valgo lo bastante para que me escuchés: soy el rey del mundo,

no un rey como el tuyo, esclavo de sus vasallos; soy un hombre libre, no un vasallo como tú, esclavo de tu rey.

El infante, ahogado por la ira, no pudo contestar.

—Vengo á salvarte la vida, á llevarte donde está tu hija....

—¡Mi hija!... ¿Qué has hecho de ella?

—Ya te he dicho que en mi palacio te espera....

—¡Oh!... Toma mi vida, pero respeta la suya.

—¿No quieres verla?

—Sí, vamos, aunque allí me espere la muerte....

—Vendrás, infante, pero dejarás que te sujete los brazos....

—Te juro....

—Eres un traidor, que no has respetado nunca tus juramentos.

—¡Miserable!...

El Brujo dejó escapar una carcajada.

—Pará mí todas las palabras tienen el mismo valor, dijo, y ninguna me ofende. ¿Has pensado que tengo vanidad? Nó, porque entonces sería esclavo de ella. Lo mismo me importa que me llames miserable, que noble, que villano, ó como quieras.

—Acaba; tu presencia me ofende....

—Sí, es preciso acabar pronto, porque tus amigos volverán. ¿Quieres dejarte atar los brazos y venir conmigo?

—¿Qué te propones?

—Llévate adonde está tu hija.

—Tienes algún infame proyecto?

—No será el de asesinarte, porque puedo hacerlo ahora mismo. ¿Tienes miedo?

—¡Miedo el infante don Juan!...

—Sé que eres valiente, pero yo soy mas fuerte que tú.

—¡Y no puedo moverme!... ¡Oh!...

—¿Qué decides?

—Si has robado á mi hija para poner precio á su persona, y ahora intentas hacer lo mismo conmigo, dímelo, te daré oro, mucho oro, todo el que poseo.

—He robado tu hija, porque la amo.

—¡Mientes!...

—Te convencerás de ello.... ¿Quieres venir?

—¿Y si no te sigo?

—Te mataré, porque no me gusta dejar enemigos á la espalda.

El infante pensó que nada adelantaria con dejarse matar, y que cualquiera que fuere el plan del Brujo, daría por lo menos tiempo para obrar á los tres caballeros que habían logrado salvarse. Además, podía ver á su hija, y esta idea lo decidió.

—Sujétame los brazos, dijo.

El Brujo, colocándose sobre una piedra que habia junto al infante, le ató con su cinturón los brazos, y luego le ayudó á salir.

—No intentes huir, le dijo, porque será tu perdición.

Luego sacó eslabon y pedernal, y á los pocos instantes logró prender fuego á los espinos.

—¿Qué haces? preguntó don Juan.

—Evitar que nos sigan tus amigos, y si aun están por aquí, asarlos. No perdamos tiempo; sígueme.

El infante, casi sin saber lo que hacia, siguió al Brujo, y muy trabajosamente, fué trepando la montaña.

—Seguro estoy, decía el asesino, que ha sido del bastardo la idea de venir aquí á buscar á tu hija. ¡ Oh!... es el único hombre á quien tengo miedo, porque mis fuerzas son nada comparadas con las suyas. ¡ Y sin embargo, es un esclavo como tú!... Pero morirá despeñado en estos sitios, ó aplastado por mí. Ya tuve que huir de él en otra ocasion y dejar á tu hija, que llevaba en mis brazos dormida profundamente..... ¡ Qué noche aquella!

Los ojos del asesino brillaron, y calló repentinamente, continuando silencioso la fatigosa marcha.

Mas de una vez estuvo el infante á punto de rodar á un precipicio por no seguir con exactitud los pasos del Brujo.

Largo rato caminaron sin volver á pronunciar una palabra, hasta que llegaron á la entrada de la cueva.

—Prometí á tu hija, dijo entonces el asesino, no volver hasta la noche, pero el encuentro que he tenido contigo no me permite cumplirle la palabra.

Don Juan no quiso responder, ni hubiera podido hacerlo, porque el coraje le embargaba la lengua. ¡ Cuánto sufría su orgullo al verse á merced de aquel miserable, teniendo que obedecerle, y tal vez que suplicarle despues! Casi estaba arrepentido de haberse dejado conducir de tal suerte, pues era preferible morir á semejan-

te humillacion ; pero iba á ver á su hija, quizás podria salvarla de la deshonra ó de la muerte, y esta idea daba al infante nuevas fuerzas para resignarse y esperar el momento oportuno de tomar venganza.

El Brujo hizo girar el peñon, y entró en la caverna seguido de don Juan.

—Este es mi palacio, dijo. Ya comprenderás que tus amigos se cansarán en balde para llegar hasta aquí.

En aquel momento resonó el prolongado rebuzno del asno, que segun su costumbre, al apercibirse de la llegada de su dueño, dióle aquella muestra de respeto y cariño.

—¿Oyes cómo me saluda mi *Satanás*? No tienes un escudero que valga tanto como él.

Llegaron al aposento de los corazones.

—¿Y mi hija? preguntó el infante.

—Habrá salido á la montaña, ó dormirá : voy á buscarla.... Pero nó, antes es preciso ponerme á cubierto de tus malos procederes. Siéntate junto al fuego, que tendrás frio.

Y el asesino buscó una cuerda y se llegó á don Juan, que estaba en tal estado de aturdimiento, que apenas podia darse cuenta de lo que le sucedia.

—¿Qué intentas hacer?... ¡Apártate, menguado ; no me toques ! gritó el infante al ver que el Brujo se disponia á ligarle los piés.

—Si no quieres que te sujete, te mataré.

—¡Déjame ver á mi hija!

—La verás, pero sin que puedas moverte. Escoge, pues, entre morir ó verla....

—Acaba pronto, pronto.... ¡Oh!... Ya llegará la hora de la venganza, y entonces... ¡guárdate de mí!

—Ya ves cómo lo hago desde ahora por si acaso intentas engañarme.

—Sujétame pronto....

—No te impacientes.

El Brujo ató los pies al infante, que se dejó caer en el monton de paja con el abatimiento que era consiguiente á la lucha que su espíritu habia sostenido y al cansancio natural del cuerpo.

Salió el Brujo, oyóse fuera un agudo grito, y pocos instantes despues, Sol entraba en el aposento y palpitante de alegría corrió para abrazar á su padre.

—Nó, dijo entonces el asesino deteniéndola.

—¡Hija mia! exclamó el infante, cuyos ojos se llenaron de lágrimas.

—Déjame abrazar á mi padre, dijo la doncella pugnando por desasirse del asesino. ¿Por qué me estorbas que me acerque?... Déjame...

—Nó.

—¡Por compasion, por ese amor que dices me profesas!... ¿No quieres que yo sea feliz?

—Abrazarás á tu padre, pero no ahora, sino despues que hablemos despacio.

—Me desgarras el alma.... ¡Por compasion! exclamó la doncella dejándose caer de rodillas y juntando las manos con ademan suplicante.

—¡Doña Sol! gritó el infante clavando en su hija una mirada terrible.

—Perdonad, padre mio, replicó la jóven, á la vez que se levantaba. He sido débil por un momento, débil porque os amo mucho....

—Has doblado la frente ante ese miserable....

—Tú la doblarás tambien, dijo el Brujo con sarcástico acento: la doblarás, infante de Castilla, y te arrastrarás á mis piés, porque está en mis manos la honra de tu hija... Niña vanidosa y altanera, prosiguió dirigiéndose á Sol, es preciso que lo sepas de una vez; he traído á tu padre para decirte: ahí lo tienes, ó su vida, ó tu amor. Si me rechazas, me valdré de la fuerza para conseguir mi deseo, y luego mataré á tu padre.

El infante dejó escapar un rugido espantoso, y la desdichada jóven exhaló un grito de terror; y aprovechando aquel momento en que no la sujetaba el asesino, se lanzó sobre su padre, lo abrazó y quedó inmóvil y sin conocimiento.

—¡Ven á arrancarla de mis brazos! dijo el infante ciego de ira. ¡Ven, cobarde!...

Pero una carcajada del Brujo lo interrumpió.

—¡Te ciega el orgullo hasta hacerte olvidar que no puedes moverte!... ¡Pobre esclavo!

Don Juan se inclinó sobre el rostro de su hija, lo cubrió de besos y de lágrimas, y quedó inmóvil.

—¡Hija mia! murmuró con lánguido y triste acento.

El asesino avivó el fuego del hogar, que despidió rojizos y vacilantes resplandores, y luego se sentó mientras decía:

—Descansaré, comeré, y luego acabaremos este enredo.

—Miremos ante todo si hay señales de que alguien ha pasado por aquí, repuso Rodrigo, pues si no en mi opinión de que el Brujo y su jumento deben dejar alguna huella de sus pasos.

CAPÍTULO LVII.

Algunas veces dió á conocer á los caballeros que efectivamente por allí había pasado alguien. Observaron entonces con mas cuidado, avanzaron algunos pasos, y vieron que donde la tierra estaba algo reblandecida, había dejado el jumento

Nuevas tentativas de los tres caballeros para dar caza al Brujo.

—Este es el camino, exclamó aporrazado el doncel. ¡Abelante!

—Poco á poco, que no es razón que por inadvertidos nos sueda otro camino.

Dejamos á don Alonso, á su hijo y al bastardo, siguiendo la vuelta de la montaña, y sin pensar en otra cosa que en vengar al infante.

Avanzaba la tarde y temian que se ocultase el sol sin que hubiesen encontrado el sitio que buscaban, lo cual hacia crecer su impaciencia. La fortuna no les fué, sin embargo, tan adversa, pues despues de media hora de camino, vieron sobre la izquierda un espeso y crecido zarzal que se estendia hácia el interior de la montaña por una garganta estrecha.

—Aquí debe ser, dijo el mancebo refrenando su cabalgadura.

—Tal creo, contestó el bastardo.

—Pues manos á la obra sin perder un instante, añadió don Alonso.

—Miremos ante todo si hay señales de que alguien ha pasado por aquí, repuso Rodrigo, pues sigo en mi opinion de que el Brujo y su jumento deben dejar alguna huella de sus pasos.

Algunas zarzas rotas, siguiendo la misma direccion, dió á conocer á los caballeros que efectivamente por allí habia pasado alguien. Observaron entonces con mas cuidado, arrancaron algunos abrojos, y vieron que donde la tierra estaba algo reblandecida, habia dejado el jumento la huella de sus patas.

—¡Este es el camino! exclamó alborozado el doncel.  
¡Adelante!

—Poco á poco, que no es razon que por inadvertidos nos suceda otro chasco.

—¿Qué pensais hacer?

—Que dos de nuestros escuderos se queden con los caballos y guarden esta entrada, y los otros vayan delante abriendo camino.

—Decís bien.

—Así no podrán sorprendernos.

Inmediatamente, dos de los escuderos comenzaron á abrir camino con sus hachas, y los tres caballeros, con los puñales desnudos, los siguieron paso á paso.

Ninguno de ellos pronunciaba una palabra: sus ojos se movian con rapidez, dirigiendo á todos lados miradas escudriñadoras, porque temian ser sorprendidos á cada instante.

Empero avanzaban muy lentamente: los espinos se presentaban cada vez mas espesos, y perdian mucho

tiempo en la operacion de separar los que cortaban. Al fin los caballeros tuvieron que ayudar á sus sirvientes, pues con tal lentitud, si el camino era largo no hubiesen concluido en todo el dia ni en la siguiente noche.

—¿Por qué no hemos de pasar como pasa el Brujo, sin arrancar las zarzas? dijo el mancebo, cuya impaciencia crecia por instantes.

—Si nouviésemos que temer una emboscada, lo haríamos así; pero ¿quién nos asegura que á dos pasos de nosotros no está escondido ese Satanás? Ya sabeis lo que nos ha sucedido hace poco, y que nuestra falta de precaucion ha costado la vida á don Juan.

—Ciertamente, pero esto es interminable.

—Otro inconveniente vamos á encontrar.

—¿Por el cielo! que no presagiais sino desventuras.

—¿Y cuál es ese inconveniente?

—Doña Sol decia que siguiésemos hácia el interior de la montaña, y que luego volviésemos á la izquierda.

—Ciertamente.

—¿Y qué duda os ocurre para hacerlo así?

—Que no sabemos cuándo ha de volverse, si despues de llegar al término de la espesura, ó antes.

—Teneis razon, dijo entonces don Alonso, que quedó pensativo.

—Nos lo indicarán las huellas de las pisadas.

—Sí, mientras sea de dia, replicó el bastardo; pero cuando cierre la noche, lo cual no tardará en suceder, entonces no tendremos medio alguno de reconocer las señales que ahora nos sirven de guia.

—¡Dios de Dios! exclamó el mancebo, apretando los puños con desesperación.

—Ya veis que el sol está muy cerca de aquella cumbre, y que pronto se ocultará.

—¡Y no puedo detenerlo!

—Una idea me ha ocurrido, pero despues de meditar encuentro un segundo inconveniente.

—¿Cuál? preguntó afanosamente don Juan Alfonso.

—Prender fuego á estas zarzas, y así quedará el terreno despejado.

—Es el medio mejor.

—Pero no sabemos el tiempo que tardarán en quemarse.

—Pronto se reducirán á cenizas.

—¿Y si se estienden muy adentro de la montaña?

—Todo será perder la noche, y eso habrá de suceder. Además, agotaremos nuestras fuerzas en esta penosa operación, y al fin tendremos que ir en busca de gente que nos ayude, sin contar con que, según habéis observado, es muy difícil acertar con el sitio desde donde debemos volver á la izquierda.

—Por primera vez, don Juan Alfonso, el amor os permite discurrir con acierto sobre nuestra situación.

—¿Qué opináis vos, padre mio? preguntó el doncel á don Alonso.

—Que se quemén estas malditas zarzas.

—Entonces, cuanto antes mejor.

—Aquí se presenta un camino, gritó á este tiempo uno de los escuderos que iban delante.

Una exclamacion de sorpresa y de alegría se escapó de las bocas de los tres caballeros, y sin cuidarse de los espinos, se lanzaron al sitio donde estaban los sirvientes.

En efecto, una estrecha senda se abria entre los zarzales y en direccion á la izquierda, pero que á poca distancia se perdia nuevamente entre la espesura.

—Este es el camino, dijo el bastardo.

—Sí, sí; mirad las pisadas del jumento, repuso don Juan Alfonso.

—¡Por aquí! gritó don Alonso á los escuderos!

—¡Dios nos proteja!

—¡Llegó la hora de la justa venganza!

—¡Sol! exclamaba el mancebo. ¡Voy á verte, á vengar á tu padre, á llevarte al lado de tu cariñosa madre!

Y con la impetuosidad de su ardiente pasion, lanzóse delante de todos, mientras que el bastardo y don Alonso reconocian el camino con la mas escrupulosa atencion, y veian con placer que seguian las huellas de las pisadas del asno.

La alegría que en los tres caballeros produjo el encuentro feliz de aquella senda, pareció hacerles olvidar por un momento la desgracia del infante; pero luego, calmado aquel primer arrebató de júbilo, la ira y la sed de venganza volvió á hervir en sus pechos, y taciturnos y silenciosos siguieron adelante.

Comenzó el sol á ocultar sus ráyos y á crecer la ansiedad de los atrevidos perseguidores, que después de caminar algunos minutos, volvieron á encontrar obstruido el paso por los espinos.

—No sé, dijo entonces el bastardo, si hemos hecho bien en abandonar nuestro proyecto de quema.

—Concluye el día...

—Cuando más necesitamos su luz. Otra vez las zarzas, y aunque consigamos vencer pronto este nuevo obstáculo, si nos quedamos á oscuras, no podremos reconocer la piedra que oculta la entrada de la caverna.

—¡Vive Dios!... Esto es para desesperarse.

—Ya no es tiempo de retroceder.

—¡Adelante!

—¡Adelante, y que el cielo nos guie!

Los escuderos volvieron á descargar las hachas sobre los espinos, redoblando sus esfuerzos.

Aun no habia trascurrido media hora, cuando el sol desapareció, y solo la claridad ténue de los crepúsculos sirvió de guia á nuestros caballeros, que empezaron á desconfiar y aun á temer alguna segunda desgracia. ¿Qué seria de ellos si los acechaba el Brujo y les acometia traidoramente en aquel sitio y en medio de las tinieblas de la noche? Seguramente sucumbirían, sin que les sirviese de nada todo su arrojo ni su valor. La situación no podia ser mas apurada.

Los tres pensaban esto mismo, y los tres callaban por no amenguarse mutuamente los alientos.

No podian volverse para esperar el nuevo dia, porque en la oscuridad de la noche no hubiesen acertado con la salida, esponiéndose á estraviarse mas de lo que estaban.

De vez en cuando, con todo el afan de su peligrosa

situacion, miraban á Occidente, y cuando veian palidecer los reflejos del crepúsculo, debilitarse y prontos á extinguirse, palidecian tambien sus rostros y se contraian sus frentes, mientras que palpitaban con mas violencia sus corazones.

Al fin cerró la noche, pero tan oscura, que los caballeros apenas pudieron verse los unos á los otros; y si sabian que estaban cerca sus escuderos, era por el ruido que estos hacian con las hachas.

La luna no quiso asomar, ni de nada hubiese servido, pues sus resplandores no hubiesen podido llegar hasta aquel sitio, rodeado de altísimas rocas.

—Don Alonso, don Juan, dijo el bastardo, la prudencia nos aconseja detenernos y esperar el dia, reunidos, despiertos y preparados á todo.

—¡Dios mio, un rayo de luz! gritó el doncel con acento de la mas rabiosa desesperacion.

Alba Rodrigo á dar orden para que se detuviesen á los escuderos, cuando uno de estos dijo:

—Se acabaron las zarzas.

Otro grito de alegría resonó, y caminando á tientas, los caballeros se encontraron en un sitio ancho y llano; pero no podian ver su estension, y aunque allí estuviese la entrada de la cueva, les era imposible encontrarla á oscuras, porque no podian ver el peñon que la cerraba.

—A lo que parece, dijo el bastardo, hemos llegado al término de nuestro camino; pero no podemos explorar el terreno.

—¿Y hemos de estar tan cerca de Sol y esperar toda la noche?

—Un solo medio me ocurre, aunque no confío que nos dé buenos resultados.

—Cualquiera es mejor que esperar sin hacer nada.

—Esplicaos, don Rodrigo.

—Todos reunidos, para no perdernos, buscaremos el límite de esta esplanada ó camino por cualquier lado, y tentado la roca, empujaremos cuantas piedras se nos vengán á las manos, á ver si la casualidad nos favorece y encontramos así la entrada de la caverna.

—Sí, sí.

—Pero mucho silencio y mucha atención á cualquier ruido, por si nos acecha el Brujo. Tal vez nos esté escuchando.

Esta observación hizo estremecer á don Alonso y á su hijo; y no era extraño, porque la oscuridad de la noche y el lugar en que se encontraban infundía pavor, y solo un hombre como Rodrigo podía encontrarse allí sin temblar.

Reuniéronse caballeros y escuderos, y cogidos los unos á los otros, comenzaron á poner en práctica su atrevido plan.

Y como las tinieblas no nos permiten verlos, ni su silencio oírlos, escusáremos ir en su compañía, porque nada es lo mas agradable en aquel sitio y en la oscuridad de la noche. Empero antes de retirarnos diremos que el aullido de los lobos resonó cerca de allí; circunstancia que hizo temblar y erizar los cabellos, lo mismo á los amos que á los criados.

volviera la cabeza, como si su inmovilidad hubiese podido salvarla.

Al fin el Brujo, después de contemplar un momento á sus víctimas, se levantó. Sus ojos brillaron como dos áscuas estrafaloras.

### CAPITULO LVIII.

con una sonrisa horrible de infernal alegría.

— ¡No te acorras! esclama don Juan.

Pero el asesino, sin atender á estas palabras, llegó á la doncella, la cogió entre sus brazos y la separó brusca-

mente del infante. Sol, que está en el momento de haberse desgarrado el pecho y arrojado el alma, y se

empujó el rostro con las manos.

— ¡Maldito! ¡horrosa mía! dijo el asesino mientras se

la dejaba en el suelo. Después de acoplarse y escuchame

á las vacilantes y rojizas llamas del hogar esparcían un resplandor siniestro en el aposento de los corazones,

y hacían aparecer mas pálidos los rostros del infante don Juan y de su hija.

Habia terminado el Brujo su cena en medio de un silencio sepulcral, pues aun cuando Sol habia recobrado

el uso de sus sentidos, el terror de que estaba poseída no le permitia pronunciar una palabra; y el infante, tras-

tornado por la ira y por el dolor, no hablaba tampoco, sino que miraba alternativamente á su hija y al asesino, temiendo el instante en que este se decidiera á ejecutar sus criminales designios.

Es imposible describir la agitación de la doncella, que abrazada fuertemente á su padre, no se atrevía á

volver la cabeza, como si su inmovilidad hubiese podido salvarla.

Al fin el Brujo, despues de contemplar un momento á sus víctimas, se levantó. Sus ojos brillaron como dos áscuas, estremeciése ligeramente, y su rostro se dilató con una sonrisa horrible de infernal alegría.

— ¡No te acerques! exclamó don Juan.

Pero el asesino, sin atender á estas palabras, llegó á la doncella, la cogió entre sus brazos y la separó brusca-mente del infante.

Sol dejó escapar un grito de espanto, que pareció haberle desgarrado el pecho y arrancado el alma, y se cubrió el rostro con las manos.

— Cálmate, hermosa mia, le dijo el asesino mientras la dejaba en el suelo. Descubre el semblante y escúchame con sosiego, porque te importa mucho lo que voy á decir.

— ¡Mátame! exclamó la infeliz jóven.

— No haré tal, porque te quiero demasiado; ya lo sabes.

— ¡Mónstruo!

— Silencio, prosiguió el asesino. Escuchadme, hablaré poco, pero os repito que os importa mucho.

— Escusa tus palabras, replicó el infante. No puedo defenderme, quitame la vida y asesina á mi hija también.

— Escúchame, don Juan, repuso el Brujo Soy dueño de tu vida, y el quitártela me costará poco trabajo.

— ¡Padre mio! exclamó Sol.

—¿Amas mucho á tu padre? dijo el asesino. Puedes salvarlo con una palabra; dime que serás mia, que me amarás ó fingirás amarme, y lo verás libre.

—¡Jamás!

—Pues bien, mataré á tu padre; y luego, como soy mas fuerte que tú...

—¡Oh!... ¡Calla!...

—¿Qué intentas, miserable? gritó don Juan.

—Amo á tu hija con locura, ya te lo he dicho; cien veces he arriesgado mi vida por ella, y no he de perder el fruto de tantos afanes. Si se obstina en no corresponder á mi pasion, sucumbirá al fin á mi poder; lo cual, bien meditado, no dá lugar á duda, pues si ha de ser mia de todas maneras, mas le vale salvarte la vida. El momento ha llegado y las circunstancias no dan ocasion á mas treguas; bien entendido, que si una sola vez dice que nó, me verá hundir en tu pecho mi cuchillo y arrancarte el corazon, que clavaré junto á esos otros.

—¡Cien veces la muerte! exclamó la doncella.

—¿La muerte de tu padre? dijo el asesino.

—Sí, la mia, replicó don Juan. La mia, porque tal prefiero á la deshonra de mi hija.

—Advierte que no la evitas así.

—Y no puedo ahogarte entre mis manos! ¡Dios mio!

—Esé Dios á quien invocas, repuso el Brujo, ha querido que pagues lo que debes, colocándote en la misma situacion en que tú pusiste á don Alonso Perez de Guzmán en Tarifa.

—¡Ah!... —  
 —Le pediste su honor ó la vida de su hijo, y yo te pido tu vida ó la honra de tu hija.

—Pero ella es inocente....

—Tambien lo era el hijo de don Alonso, y lo sacrificaste á tu crueldad. Ya te he dicho que nos parecemos en muchas cosas, aunque yo soy mas que tú; y como rey del mundo, no me cambiaria por un infante. No intento vengarme al de San Lúcar, pero no está demás que sepas lo que él debió sufrir. Ahora sois amigos, te ha perdonado, y yo tengo esperanza de que tambien me perdonés algun dia, y aun de que seamos amigos, porque puedes necesitarme.

El infante bajó la cabeza sin contestar una palabra, y como avergonzado. Entonces comprendió toda la nobleza de don Alonso Perez de Guzman, y los remordimientos lo atormentaron horriblemente.

Sol, entretanto, permaneció inmóvil y sin descubrirse el rostro.

—Descubre el semblante, habla, que yo te vea sonreír una sola vez, prosiguió el Brujo acercándose á la jóven.

—¿No hay en tu alma ni un rayo de compasion? esclamó la doncella.

—No hay mas que amor, y tan ardiente, que me ciega hasta tal punto, que ni tus ruegos ni tus lágrimas podrán ablandarme para renunciar á ti. A todo estoy resuelto, ya te lo he dicho, y te lo juro, si es que un juramento mio tiene algun valor. ¿Crees que no puedo tra-

tarte con tanta dulzura como don Juan Alfonso? Soy un tigre, pero me verás arrastrarme á tus piés, débil, impotente, sumiso, y como esclavo sin voluntad. ¡Cuánto te amo!... ¡Oh!... ¿Qué te importa mi rudeza, mi aspecto horrible? ¿No te ofrezco mi corazón, que solo por tí late? ¡Qué hermosa eres! prosiguió el asesino, intentando dulcificar su voz. ¡Si supieras cuánto he sufrido por tí, qué grandes, qué atormentadores han sido los esfuerzos que he tenido que hacer para respetarte cuando te he tenido en mis brazos!... No puedes comprenderlo.... ¡Y me pides compasion!... ¿Quién la ha tenido de mí? Los hombres todos me han perseguido como á una fiera, escitando mi desesperacion, en vez de enseñarme el camino de esas virtudes que yo desconozco; me han hecho aborrecer á la humanidad, en vez de enseñarme á amarla. ¿Qué derecho tiene nadie para implorar mi compasion? Yo no pertenezco á la sociedad, porque no me ha querido en su seno: no estoy obligado á prestar ayuda á nadie, porque de nadie la espero tampoco. No conozco mas ley que la fuerza, y si con ella podéis vencerme, me resignaré; pero hasta el presente, es mia la victoria.

—¡Dios mio! exclamó la doncella levantando los brazos y mirando al cielo. ¡Salvad á mi padre, salvad mi pureza, y tomad mi vida!

—En vano clamás, dijo el Brujo. Cada momento me pareces mas hermosa.

Y los ojos del asesino brillaron mas que antes, y á los resplandores del hogar se vió su rostro desfigurado.

—Llegó el momento, prosiguió mientras sacaba su

ensangrentado cuchillo. Decide de tu suerte y de la de tu padre.

—Yo te maldigo, si eres débil, gritó el infante á su hija. Déjame morir y quitate la vida para probar á este miserable que tu corazon es mas grande que el suyo.

El asesino se acercó á don Juan, levantó el cuchillo y exclamó:

—¡Vas á morir!

—¡Detente! dijo Sol levantándose y corriendo hácia el Brujo.

Pero este la detuvo sin permitirle acercarse, y replicó:

—Apártate, si no quieres que mi crueldad sea mayor.

—¿Qué mas puedes hacer? Ya nada temo, dijo Sol. Hierre á mi padre, pero habrás de atravesarme antes el pecho.

—¡Qué mas puedo hacer!... ¡Oh!... exclamó el Brujo, cuyo pecho estaba tan agitado, que apenas podia hablar. Vas á verlo, niña orgullosa. Tu padre morirá despues que hayas sido mia, y así su tormento será mayor.

Y arrojando el cuchillo, estendió los brazos hácia la doncella.

Esta dió un grito de espanto, y mientras que sus ojos parecian querer salirse de sus órbitas y á su trastornada cabeza afluia toda su sangre, intentó correr hácia la puerta que daba salida á la montaña, con ánimo resuelto de quitarse la vida. Empero el asesino se lanzó tras ella con todo el ímpetu de la locura de su pasion, y estrechándola entre sus brazos de hierro, exclamó:—

—¡Te amo, y serás mía!

El infante dejó escapar un rugido de cólera, y en vano hizo esfuerzos inauditos para romper las ligaduras que lo sujetaban.

—¡Socorro! gritó Sol.

Y á este grito, otro de terrible amenaza resonó en la puerta de la caverna.

El Brujo clavó su mirada en aquella parte, y vió á don Alonso, al bastardo y al doncel, y dejando á Sol, dió un brinco y recogió su cuchillo.

La doncella volvió á arrojarle en los brazos de su padre, exclamando:

—¡Padre mio!... ¡Nos hemos salvado!...

Se preparaba una escena terrible, sangrienta, y cuyos resultados eran aun dudosos, porque el asesino, aunque solo para cuatro hombres, tenia en aquel sitio muchos medios de defensa y de ataque contra sus perseguidores, sin contar con que en último caso podía huir, y el seguirlo hubiera sido muy peligroso en medio de la noche y de los precipicios de la montaña.



—Te amo, y serás mi esposa...  
 El instante dejó escapar un rugido de cólera, y en  
 vano hizo esfuerzos inauditos para romper las ligaduras  
 que lo sujetaban...  
 —¡Socorro! gritó Sol, cuando notó que se desvanecía.  
 Y á este grito, otro de terrible amenaza resonó en la  
 puerta de la caverna.  
 El trujo clavó su mirada en aquella parte, y vió á  
 don Alonso, al bastardo y al doncel, y dejando á Sol, dió  
 un brinco y recogió su cuchillo.  
 La doncella volvió á arrojarse en los brazos de su  
 padre, exclamando:

—¡Padre mío! ¡Nos hemos salvado!  
 La preparación una escena terrible, sangrienta, y  
 cuyos resultados eran aun dudosos, porque el asesino,  
 aunque solo para cuatro hombres, tenía en aquel sitio  
 muchas medidas de defensa y de alacranes contra sus per-  
 seguidores, sin contar con que en último caso podía huir,  
 y el segundo hubiera sido muy peligroso en medio de la  
 noche y de los precipicios de la montaña.



Pararonse á un mismo tiempo, y entonces dijo el infante:

—A mi me toca castigarlo... Quitadme estas ligaduras, vive Dios... ¡Dejadlo!... se trata de mi hija.

—No lo consentiré... CAPITULO LIX. es sagrada para mí, y si aunquidiérais...

—Ni el uno ni el otro, dijo entonces Rodrigo. Yo pro- meti salvar á doña Sol y castigar á este miserable, y de- beis respetar mi compromiso. Don Alonso no puede es-

De cómo la llegada de los tres caballeros puso en mayor peligro á Sol. antes por su padre; si aunquid don Juan Alonso, la leli- cidad de doña Sol no será completa, ó mejor dicho, se convertirá en desdicha; y si perecéis vos, infante, vuestra hija maldiceirá el día en que su amante le ha salvado la

Muy ligeramente habia pensado la doncella al decir que se habian salvado, pues segun indicamos en el capitulo anterior, el Brujo tenia muchos medios de burlar á sus perseguidores, y no habia de dejar de ponerlos en práctica en aquella situacion en que iba á perder, no solo la vida, sino el logro de sus amorosos deseos.

Como los tres caballeros vieran que el infante y su hija estaban vivos, solo pensaron en castigar al Brujo, y acércáronse á él con las espadas desnudas y los ojos chispeantes de rabia; pero el asesino, que solo queria ganar tiempo, los detuvo con solo pronunciar algunas palabras.

—¡Cobardes! gritó. ¡Tres para mí!

—¡Deteneos! esclamaron los tres caballeros á la vez y dirigiéndose los unos á los otros.

Paráronse á un mismo tiempo, y entonces dijo el infante:

—A mí me toca castigarlo.... Quitadme estas ligaduras, ¡vive Dios!... ¡Dejadlo!... se trata de mi hija.

—No lo consentiré, replicó el mancebo: vuestra vida es sagrada para mí, y si sucumbiéseis....

—Ni el uno ni el otro, dijo entonces Rodrigo. Yo prometí salvar á doña Sol y castigar á este miserable, y debéis respetar mi compromiso. Don Alonso no puede esponder la vida estando delante de su hijo, que debe morir antes por su padre; si sucumbe don Juan Alfonso, la felicidad de doña Sol no será completa, ó mejor dicho, se convertirá en desdicha; y si pereceis vos, infante, vuestra hija maldecirá el dia en que su amante le ha salvado la existencia y el honor. Dejadme, pues; yo he tomado á mi cargo esta empresa, y vosotros os conformásteis en seguirme para ayudarme; por consiguiente, me asistien el derecho y la razon, y respetareis mi deseo. Don Alonso, vos que habeis de ser el último que entreis en la lucha, quitar las ligaduras á don Juan y ocupaos en animar á doña Sol.

—Seré el último, contestó Guzman, y me avengo á ello, no porque el aliento me falte ni el deseo de castigar á ese asesino, sino porque á vos se os debe el haberlo encontrado, y es justo que sea de vos toda la gloria. El infante no querrá pagaros estorbando nuestro deseo, y mi hijo lo respetará tambien.

El mancebo cruzó los brazos con aire de forzada resignacion, y el infante dijo:

—Sea suya toda la gloria, porque digno es de ella.

Y libre de sus ligaduras, se puso de pié junto á su hija y don Alonso.

Durante la anterior disputa, el Brujo pareció no pensar en sus enemigos, porque con la cabeza inclinada sobre el pecho estuvo meditando. Luego miró cómo estaban colocados, reflexionó un instante y sonrió con satánica alegría.

—Os disputais el honor de matarme, dijo: veo que valgo mucho. Tú, bastardo, tienes mas fuerzas que yo y confias en ellas; pero te advierto que por segunda vez quedarás burlado y que Sol será mia.

—Pide á Dios que te perdone tus crímenes, replicó Rodrigo, porque vas á morir.

—¿Has de matarme tú?

—Sí.

—¿Traidoramente?

—Cara á cara.

—Entonces correrá otra sangre antes que la mia.

—¡Ruega á Dios por tí, miserable! exclamó Rodrigo fuera de sí.

—Espera, replicó el asesino, cuyos ojos giraron rápidamente.

—¡Que espere!... Ni un solo momento: prepárate á defenderte.

—Espera, repitió el Brujo.

Y con increíble velocidad, dió un salto hácia don Juan Alfonso, mientras levantaba su cuchillo.

Los caballeros intentaron arrojarle sobre él; pero la

doncella, con mas ligereza que ninguno de ellos, exhaló un grito de espanto y se interpuso entre su amante y el asesino.

Este, que habia previsto el resultado de su falsa acometida, dejó escapar una de aquellas carcajadas estridentes que resonaban en el interior de su pecho; y antes de que nadie pudiese evitarlo, cogió entre sus brazos á Sol, y dando un segundo salto con la ligereza del tigre, desapareció por la puerta que conducia á la montaña, mientras que gritaba con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡El que me siga perecerá!

Todo esto fué cosa de un segundo no mas.

Dos exclamaciones de dolor, un rugido y una blasfemia se oyeron á la vez, repitiéndose en las concavidades de la caverna.

Don Juan Alfonso, su padre y el infante corrieron para alcanzar al asesino; pero el bastardo, mientras se acercaba al hogar y cogia un trozo de tea encendida, les gritó:

—¡Deteneos, ó nos perdemos todos!

—¡Detenernos, ¡vive Dios!

—Sí, replicó Rodrigo. Dejadme paso.... Ahora, seguidme.

Y alumbrándose con la tea, se internaron en la inmediata galería, la atravesaron velozmente, subieron la escalerilla y salieron á la cumbre.

—¡Allí está! dijo don Juan Alfonso.

Efectivamente, el Brujo estaba á poca distancia y al

borde del precipicio formado por la cortadura de la montaña, desde donde Sol habia visto á su padre y á sus amigos y les habia echado el pañuelo.

—Si dais un paso, dijo el asesino, muere Sol. Sin acercaros á mí, podeis asomaros y ver el abismo que tengo á mis piés. Un paso mas, os repito, y la arrojo.

La noche, como ya dijimos, estaba muy oscura; pero á la humeante y rojiza luz de la tea pudieron observar los tres caballeros que la nieve terminaba á los piés del Brujo, y comprendieron que mas allá debia haber un precipicio de mayor ó menor profundidad.

—¿Qué habian de hacer? Se detuvieron espantados y sin aliento al ver que el asesino suspendió á Sol sobre el abismo.

—La doncella habia perdido el conocimiento.

—¡No mates á mi hija! dijo el infante con acento ahogado y sin valor para amenazar.

—Soy tu rival, añadió el mancebo; toma mi vida y deja á Sol.

—No la matará, porque la ama, repuso el bastardo.

—¿Que no la mataré!... ¿De qué me serviria entregárosla y luego morir? Ya que no sea mia, tampoco de nadie. ¡Necio de mí que la he respetado!... Sé que voy á morir, y al menos quiero que no os gocéis, ni tú, infante, con tu hija, ni tú, don Juan Alfonso, con la mujer á quien tanto amas, ni tú, bastardo, con haberme vengido. Y aunque á trueque de entregaros á Sol me perdonáseis la vida y cumpliéseis vuestra promesa, ya no volveria á verla en mis brazos. Nó, antes matarla.

morir. Si quereis salvarle la vida, idos y dejádmela.  
 —¡Miserable! exclamó don Juan. ¿Piensas que he de comprar la vida de mi hija á costa de su honra?...  
 ¡Oh!... Antes prefiero que muera.

Si agitados y ciegos de ira estaban los caballeros, no menos trastornado se encontraba el Brujo, cuya razon estaba dominada por un vértigo febril.

—Pues bien, morirá. Ven por ella, bastardo, ven con tu brazo de hierro; pero antes ruega á Dios por ella, porque cuando llegues, su cuerpo estará hecho mil pedazos.

El rostro del asesino estaba horriblemente desfigurado, y su aspecto era mas sombrío y aterrador con los resplandores de la vacilante luz de la tea.

Rodrigo miró á todos lados, meditó algunos instantes, y luego dijo:

—Te perdonamos la vida si entregas á doña Sol.

—No quiero la vida, contestó el Brujo.

—Piénsalo bien.

—Te digo que nó.

—Ya cambiarás de resolucion. Esperaremos á que reflexiones, y luego decidirás. Entretanto, tomad, don Alonso, y alumbrad: voy á sentarme para recobrar las fuerzas, por lo que pueda suceder.

Sentóse Rodrigo detrás de los caballeros, que no acertaron á esplicarse aquella determinacion, pero que tampoco pidieron esplicaciones.

—Eres muy astuto, bastardo, dijo el asesino. Alguna mala traza quieres poner en juego.

—Es que el asunto requiere calma. —

—Esperas una ocasión. —

—No me hables, porque no te contestaré. —

—Ten presente que no me descuido. —

Hubo algunos momentos de silencio profundo, interrumpido solamente por la agitada respiracion de aquellos hombres, y por algún aullido de los lobos que solia resonar á lo lejos.

¡Cuánto sufrían los caballeros en aquellos instantes solemnes! Cuanto mas pensaban en su situacion, mas se convencian de la imposibilidad de salvar á la doncella. Cada segundo era un siglo de horribles tormentos para el infante. ¡Padre infeliz! ¿Era aquello un castigo providencial para hacerle espiar su inhumano crimen de Tarifa? Tal vez: y en verdad que si el señor de San Lúcar sintió desgarrársele el corazon cuando su inocente hijo fué sacrificado, no menor fué el tormento del infante al ver á su hija en los brazos del Brujo y suspendida sobre el abismo, mientras le decian como á Guzman: «ó su vida, ó la honra.»

El mancebo sufría tambien atrocemente, como quien ama con delirio; y no solamente le atormentaba el peligro de Sol, sino el ver que el casto y puro seno de esta se oprimiese contra el pecho de aquel mónstruo que tanto la amaba.

—¿Quieres oro? dijo al fin el infante. —

—No mas que á tu hija. —

—¡Oh!... —

—En vano esperas, don Juan. —

—¿Quieres verme humillado á tus piés, suplicándote?

—No tengo vanidad; y aun teniéndola, como vales menos que yo, no la halagarias humillándote á mí.—

—¡Dios mio! esclamó el mancebo. ¡No nos abandonés!... ¡Libradla de la deshonra, salvadle la vida, y aceptad el sacrificio de la mía!—  
—No llames á Dios, sino al infierno, que está abierto á mis piés.

—¡Y he de verla morir sin poder socorrerla!

—Y muy pronto, porque no quiero esperar, replicó el Brujo. A

—¡Piensa en Dios, teme su justicia! esclamó el infante.

—Como en Tarifa la temiste tú para hacerte

—¡Oh!—  
—Decídetes.

—No puedo.

—Un instante no mas te doy de tregua.

—¿He de pronunciar la sentencia de muerte de mi hija?

—Déjamelas.

—Oh!... Jamás!

—Pues bien, mira cómo desaparece en el abismo, replicó el Brujo.

Y volvió á levantar en sus brazos á la doncella.

—¡Espera! gritó don Alonso después de haber mirado disimuladamente atrás.

—¿Qué haceis? preguntó el infante.

—Vuestra hija no debe morir.

—Su pureza....

—Pensadlo bien, **infante**.

—¿Podeis dudar?

—Sí.

—¡Vos que todo lo habeis sacrificado al honor!...

—Pensadlo bien os digo.

—¡Don Alonso!

—¿Quereis que os dé un consejo?

—Decidme si estoy loco, replicó el infante, porque no acierto á comprender vuestra conducta.

—¡Ah!.... Mi razón debe estar tambien trastornada; dijo el mancebo. Padre mio, se trata del honor....

—Se trata de la vida de doña Sol, replicó Guzman. Hemos venido á salvarla, y no está bien dejarla morir sin pensar en lo que se hace.

—¡Don Alonso!...

—Esperad, repuso este.

Y dirigiéndose al Brujo, añadió:

—¿Quieres que estipulemos las condiciones con que doña Sol ha de quedar en tu poder?

—Sí; pero no os acerquéis.

—Escucha.

—Procura ser breve.

—Lo seré.

—Sospecho que me tiendes algun lazo.

—¿Qué podemos hacer desde aquí?

—Explicáte.

—Quiero saber si al quedarte con doña Sol la pierde su padre para siempre.

—No te comprendo.

—Digo que si no volverá á verla.

El asesino pareció meditar algunos instantes, y luego contestó :

—Sí, la verá, pero con ciertas precauciones.

—Sepamós cuáles han de ser.

—Primeramente, el infante irá á donde yo le diga.

—Bien.

—No se acercará á mí ni á su hija, que estará, como ahora, al borde de un precipicio.

—¿Podrá hablarle?

—Sí, pero desde lejos, á seis ú ocho pasos de distancia.

—Sen exageradas esas condiciones.

—No tengo otra fianza.

—¿Y la madre de Sol?

—Podrá tambien ver á su hija, pero del mismo modo.

—¿Y estará condenada á no recibir un beso de ella?

—Es imposible.

—Estás ofuscado, y no comprendes que si ahora te dejamos á doña Sol, el quitártela luego no remediaria su desgracia.

—Pero os vengaríais.

—¿Y si te prometemos no hacerlo?

—No os creeré.

—¿Es decir, que no quieres conceder nada?

—Nó.

—Reflexionemos, y despues, una sola palabra y todo queda concluido.

—Me canso de esperar.

—Solamente algunos momentos, repuso don Alonso, mientras que disimuladamente dirigia la vista á todos lados.

—¿Cuál es la opinion del bastardo? Que hable, dijo el asesino.

—Te ha dicho que no te contestará: él no transije, quiere que dejes á Sol sin condiciones.

El infante y don Juan Alfonso, sorprendidos por la estraña conducta del señor de San Lúcar, no acertaban á mezclarse en la conversacion, y seguian con las miradas fijas en el Brujo, que pareció meditar, y á quien tambien llamó la atencion el proceder de don Alonso.

Volvió á reinar un silencio pavoroso. La tea iba consumiéndose, y dentro de pocos instantes la oscuridad aumentaria el peligro.

El Brujo tenia á su derecha el precipicio, y á su izquierda á los caballeros; y como la negra y espantable figura de Satanás, se destacaba sobre la blanca nieve, y era mas brillante el fuego de sus ojos que la moribunda luz de la tea.

Trascurrieron algunos instantes de horrible agonía para el infante y el doncel, y de leve esperanza para don Alonso, único que se habia apercebido de que el bastardo, á favor de las tinieblas, habia desaparecido.

No comprendia el caballero lo que intentaba el intrépido Rodrigo, pero se persuadió de que este tenia algun plan, aunque no lo adivinaba, y esperó con ansia su resultado.

En una de las oscilaciones de la luz, cuyos resplandores llegaron hasta mas allá del Brujo, vió á los piés de este arrastrarse un bulto.

—¡Es éll pensó Guzman.

Y su corazón palpitó con violencia.

—¿Estais decididos? gritó el Brujo entonces.

—Espera, le contestó don Alonso.

—Basta; algun lazo me tendeis.

—Aguarda....

—Nó: el momento ha llegado, dijo el asesino.

Y volvió á levantar á la doncella sobre el abismo; mientras que llegó hasta él por detrás el bulto que se arrastraba.

Don Alonso comprendió que debía ganarse tiempo, y en conseguirlo así puso todo su cuidado.

—¡Un instante no mas! exclamó.

—No quiero, contestó el Brujo.

El bulto fué enderezándose lenta y silenciosamente, hasta quedar casi tocando á la espalda del asesino, y entonces se apercibieron de él don Juan y el mancebo. Ambos dejaron escapar un grito de sorpresa y de horror.

—A la una, gritó el Brujo; á las dos....

Empero en aquel instante, mas veloz que el pensamiento, Rodrigo abrió los brazos, estrechó en ellos al asesino y á Sol á la vez, y se dejó caer de espaldas, arrastrándolos sobre sí y separándolos, aunque poco, del precipicio.

—¡Maldicion! exclamó el Brujo.

Los tres caballeros dejaron escapar un grito.

—¡Quitadla de aquí! dijo el bastardo.  
 No era menester que tal advertencia hiciese, por-  
 que el infante y don Juan Alfonso habían cogido ya á  
 la doncella y la habían separado del Brujo.

Rodrigo hizo un esfuerzo, revolvióse, y quitándose  
 de encima á su enemigo, se puso de pie.

El asesino lo imitó.

—¡No os acerqueis, me pertenece! dijo el bastardo.  
 Ciudad de doña Sol.

Efectivamente, el infante y el doncel permanecieron  
 junto á la doncella, que en aquellos momentos empezó á  
 dar señales de vida, y don Alonso continuó inmóvil, con  
 la misma sangre fría que había aparentado desde que  
 salió de Valladolid.

Rodrigo y el Brujo se contemplaron por algunos mo-  
 mentos sin acercarse el uno al otro: sus ojos relucían  
 como los del tigre.

—Moriremos los dos, ó ninguno, dijo el asesino.

Y dando un paso se colocó en el mismo borde de la  
 cortadura.

—No te escaparás por ahí, replicó el bastardo.

—Dices que te pertenezco, y esto me prueba que no  
 quereis asesinar me, sino vencerme luchando; pues bien,  
 aquí ha de ser, y si tu agilidad y tus fuerzas logran arro-  
 jarme á ese abismo, te arrastraré en mi caída, como tú  
 me arrastrarás en la tuya si yo soy vencedor. La muer-  
 te, no mas que la muerte nos queda; si tienes un cora-  
 zon tan grande, si tu valor y tu arrojo son como la fama  
 los pinta, acepta el reto.

—¡Cobarde, miserable! exclamó Rodrigo. No es el valor, sino la desesperación, la que te aconseja. Sabes que no puedes salvar la vida, y al menos te regocijas con la idea de que al morir tú moriré contigo! No mereces tanto honor....

—¡Tienes miedo! replicó el Brujo con sarcástico acento. Bastardo eres al fin....

—Mira, interrumpió el invencible caballero. —

Y sacó la espada y la arrojó al abismo, haciendo luego lo mismo con su puñal.

—Me basta mi brazo para aniquilarte, repuso.

—Valgo tanto como tú, replicó el asesino. Mira. — Y también arrojó su cuchillo.

El bastardo se colocó también al borde de la cortadura.

—¿Qué haceis? le dijo don Alonso. Eso no es valor, sino loca temeridad....

—Dejadme.

—Por Dios!... Esa es una muerte cierta, añadió el mancebo con espanto.

—Don Rodrigo, no consentiré tal locura, dijo á su vez el infante. Mi hija se ha salvado, y no hay para qué sacrifiqueis vuestra vida.

—Dejadme, os repito, dejadme, replicó secamente el bastardo. El que se acerque ó me ayude será mi enemigo.

—¡Cómo te ciega la vanidad! dijo el Brujo.

—Calla y prepárate á morir! Afirma los piés, porque si resbalas un poco eres perdido!